

cuadernos de

ruedo ibérico

17

febrero
marzo
1968





c u a d e r n o s d e

Revista bimestral

Redactores-jefe

RAMON BULNES
JOSE MARTINEZ
JORGE SEMPRUN

ruedo ibérico

Directeur Gérant de la publication :
FRANÇOIS MASPERO

© Editions Ruedo ibérico

Tous droits de reproduction et de traduction
réservés pour tous pays.

Administration, diffusion et ventes :

5, rue Aubriot, Paris 4.
C. C. P. Paris 16.586-34

Imprimé par A. Cary. Colombes (Hauts-de-Seine)

número

17

Ayuntamiento de Madrid

febrero-marzo 1968

sumario

Juan Carlos Curutchet : Luis Martín Santos, el fundador. I 3

Ruy Mauro Marini : Dialéctica del desarrollo capitalista
en el Brasil 19

Vuelta al pasado 19

El compromiso político de 1937 20

La base objetiva del compromiso de 1937 22

La naturaleza de la comprometerse 24

La naturaleza de la comprometerse 26

HEMEROTECA 54 **Cartón núm.** 27

Tomos 16 ¿Tiene modelo? 31

Preparador A. A. 33

Observaciones: 35

Observaciones: 37

FEBRERO-NOVIEMBRE I Orfeo negro 41

1968 43

47

Manuel Maldonado-Denis : Puerto Rico : modelo de
colonialismo y el colonialismo como modelo 53

I. Las primeras tres décadas de dominación imperialista (1898-1930) 53

II. Echando nuestra suerte (1939-1940) 57

III. ¿La suerte está echada...? (1940-1967) 59

Vicente Aleixandre : Estación última 69

Samuel Feijóo : El soldado Eloy 71

Herbert R. Southworth : Su hombre en Madrid 81

Dibujos de Posada

Condiciones de suscripción en la página 2

Ayuntamiento de Madrid

Juan Carlos Curutchet : Luis Martín Santos, el fundador. I 3

Ruy Mauro Marini : Dialéctica del desarrollo capitalista
en el Brasil 19

Vuelta al pasado 19

El compromiso político de 1937 20

La base objetiva del compromiso de 1937 22

La ruptura de la complementaridad 24

La embestida imperialista 26

El mito del desarrollo autónomo 27

Imperialismo y burguesía nacional 29

La lucha de clases 31

La integración imperialista 33

La emergencia del subimperialismo 35

Revolución y lucha de clases 37

René Depestre : Jean Price-Mars, el mito del Orfeo negro
o las aventuras de la negritud 41

La negritud en el poder en Haití 43

Las aventuras de la negritud 47

Manuel Maldonado-Denis : Puerto Rico : modelo de
colonialismo y el colonialismo como modelo 53

I. Las primeras tres décadas de dominación imperialista (1898-1930) 53

II. Echando nuestra suerte (1939-1940) 57

III. ¿La suerte está echada... ? (1940-1967) 59

Vicente Aleixandre : Estación última 69

Samuel Feijóo : El soldado Eloy 71

Herbert R. Southworth : Su hombre en Madrid 81

Dibujos de Posada

Condiciones de suscripción en la página 2

Pedidos y suscripciones a Ediciones Ruedo ibérico

5, rue Aubriot, Paris 4

C.C.P. 16.586-34 Paris

Precio de venta : Cuaderno ordinario 7,— F ; cuadernos atrasados 14,— F

Condiciones de suscripción :	6 cuadernos ordinarios	6 cuadernos ordinarios y suplemento anual *
Francia	30,— F	50,— F
América latina (correo ordinario)	7,— \$ US	12,— \$ US
América latina (correo aéreo)	16,— \$ US	24,— \$ US
Otros países (correo ordinario)	7,— \$ US	12,— \$ US

* El primer suplemento anual de Cuadernos de Ruedo ibérico es *Horizonte español* 1966, tomo I : 288 p., 6 planchas fuera de texto ; tomo II : 436 p., 10 planchas fuera de texto. Precio de los dos volúmenes : 51 F. Para poder adquirir la obra al precio de 20 F es necesario ser suscriptor de *Cuadernos de Ruedo ibérico*, al menos a partir del número 4 inclusive. Los suscriptores que han abonado 50 F recibirán automáticamente el suplemento. Aquellos suscriptores que sólo han abonado 30 F deberán enviarnos 20 F. Para los no suscriptores será aplicado el precio de librería. Respecto al suplemento anual 1967, *Cuba : una revolución en marcha*, la suscripción mínima para tener derecho al suplemento cuenta sólo antes del nº 10. La tercera serie (números 13 a 18) comportará también un suplemento anual (1968), cuyo tema todavía no está decidido. La suscripción a *Cuadernos de Ruedo ibérico* da derecho automáticamente al 20 % de descuento en la compra de los libros pertenecientes al fondo editorial de Ediciones Ruedo ibérico, o de aquellas editoriales que representamos (Era, Cuadernos americanos, Joaquín Mortiz, Siglo XXI, Sur, Jorge Alvarez, Siglo Ilustrado, Austral, Prensa latinoamericana, Moncloa, etc.). Pídase catálogo.

Algunos libros distribuidos por Editions Ruedo ibérico

Cuba

Antología	España canta a Cuba	(Ruedo ibérico)	7,50 F
Carlos Franqui	Cuba. El libro de los 12	(Era)	15,— F
E. Lieuwen	Armas y política en América latina	(Sur)	12,— F
Huberman y Sweezy	Cuba. Anatomía de una revolución	(Palestra)	18,— F
Ernesto « Che » Guevara	Condiciones para el desarrollo económico de América latina	(Palestra)	12,— F
—	Obra revolucionaria	(Era)	42,— F
E. Martínez Estrada	Mi experiencia cubana	(Siglo ilustrado)	7,50 F
Leland H. Jenks	Nuestra colonia de Cuba	(Palestra)	18,— F
R. Freeman Smith	Estados Unidos y Cuba	(Palestra)	12,— F
E. Martínez Estrada	Martí : el héroe y su acción revolucionaria	(Siglo XXI)	12,— F

Juan Carlos Curutchet

Luis Martín Santos, el fundador

1 Un análisis de la obra de Luis Martín Santos exige, como paso previo, el planteamiento de una cuestión fundamental, puesto que ella adquiere una importancia especial dentro del panorama de la narrativa española al significar la incorporación de experiencias que, como la joyceana, pese a su relativa longevidad, no habían encontrado aún en la península cultivadores o continuadores bien dotados. Al encarar el análisis de **Tiempo de silencio**, pues, debe discriminarse lo que hay en ella de genuina obra de arte y lo que constituye su importancia, su **necesidad** histórica, y que, por añadidura, resultó ser el factor preponderante de su extraordinaria repercusión. Como es el caso de todos los renovadores de las letras, la renovación estilística marcha en Luis Martín Santos de la mano con una pareja reestructuración de los supuestos ideológicos y morales de que se nutre la obra narrativa. Pero el lector puede concretamente preguntarse: ¿a qué escala se verifica esa renovación? ¿Cuál es la real importancia de sus valores literarios? ¿Renueva la novela a escala española o europea? Porque bien pudiera resultar que quien en España cumplió un papel similar al de Joyce en el seno de la literatura inglesa y europea, a escala europea no fuera más que un epígono secundario de una gloria por todos reverenciada pero, también, hace ya tiempo asimilada y en algunos casos incluso superada. Estas notas, en consecuencia, se orientan en el sentido señalado, apuntan a dilucidar esta básica confusión.

Puede inicialmente advertirse cómo la más obvia cualidad de **Tiempo de silencio** —la cual es, a la vez, como se verá, factor de aciertos y motivo de fracasos —radica en su condición de **summa**, en la vastedad de los procedimientos que incorpora y en la diversidad de las influencias que refleja. Es probablemente esta cualidad fáustica, de permanente insatisfacción, lo que induce ocasionalmente al autor a saquear el arsenal de recursos de la narrativa europea. Así, no cuesta verificar cómo fue en Kafka donde el novelista aprendió que el conflicto de todo ser humano consume sus instancias definitorias en una desolación de raíz metafísica, y cómo fue en Joyce donde aprendió a contrastar la cotidianeidad sobre el fondo del mito. Pero esto es así porque el de Luis Martín Santos es un realismo profundo a fuerza de ser contradictorio, de querer penetrarlo todo, de pretender no agotar su brio imaginativo en la representación de aspectos parcializados de la realidad. Es ésta también la razón por la cual, en numerosos pasajes (como en aquella reflexión del comienzo sobre la vida de la urbe madrileña), Luis Martín Santos se vale de un procedi-

miento bastante cercano a aquel, tan característico de la poesía moderna, que Leo Spitzer llamó **enumeración caótica**. El hecho es significativo, puesto que esto no es ya mera descripción, ni tampoco —por supuesto— caos. Es descripción en la medida en que rescata con nitidez la imagen de la cosa verbalmente representada. Es caos en la medida en que las más dispares observaciones son barajadas en vertiginosa sucesión. Pero es, también, **interpretación**, una lúcida interpretación en la medida en que estas caóticas impresiones se articulan en una imagen de conjunto de impresionante nitidez. La maestría del novelista se revela por su capacidad de dar como descripción lo que es, en el fondo, una interpretación, su capacidad de plasmar en descripciones de incuestionable validez objetiva su particular comprensión de los hechos. Aquí ya se ha superado la tradicional antítesis objetividad-subjetividad. Estamos en el plano de la lúcida conciencia creadora, que continuamente remite a los hechos y los rescata con asombrosa fidelidad porque nunca agota el impulso creador en la descripción periférica de los mismos. Este tipo de descripción-interpretación por supuesto no es nuevo, aun en las letras españolas. Lo usaron —con diversa fortuna— Valle, Quevedo, Cervantes, Goya, pero sólo la conciencia moderna ha sido capaz de comprender su real valor como recurso expresivo empleándolo de un modo enteramente lúcido y sistemático. Tal vez el más directo antecedente de esto, en la tradición del realismo español, esté en la que, junto con **Fortunata y Jacinta** de Galdós, puede ser considerada la obra cumbre del siglo XIX: **La Regenta** de Clarín, obra que Luis Martín Santos seguramente no conoció.

Toda esta presentación de la ciudad e introducción del lector en el ámbito en que se desarrollará la acción marca un punto capital de las letras españolas: de repente éstas han encontrado —como las inglesas encontraron en Joyce— un novelista capaz de escribir novelas **densas como una ciudad**, según la afortunada definición de Edmund Wilson. En Galdós todavía persistían prejuicios moralizantes, la ciudad estaba como filtrada por una concepción ligeramente pedagógica e idealizadora, aunque en sus mejores momentos —y tal vez sin proponérselo— Galdós sobrepasara esta natural propensión que parcialmente limitaba sus mejores aciertos. En Valle quedaban resabios estetizantes; en última instancia, siempre era su sensibilidad el factor reordenador de la ciudad traspuesta a sus novelas, aunque en ellas ya se adviertan los progresos de una conciencia crítica. Con Baroja ya estamos en el umbral de la nueva novela, aunque su prodigiosa intuición se disuelva por momentos en el sarcasmo, la piedad o la impertérrita voluntad de rebelarse contra todo en procura de un rescate puramente individual. En Cela (el Cela de **La colmena**) hay ya un creador de acusado temperamento crítico, pero maleado la mayoría de las veces por un cinismo deliberadamente achulapado, por una banal propensión tremendista. En Martín Santos, finalmente, se realizan todas estas posibilidades contenidas en la narrativa anterior, por primera vez la ciudad como protagonista adquiere una contextura y un relieve resueltamente dialécticos. Por primera vez la voluntad no estorba a la dialéctica,

ni la intuición a la lucidez, ni la formación intelectual a la capacidad creadora, ni la deliberación a la sorprendente frescura de sus páginas. Por primera vez, en una palabra, la conciencia crítica se convierte en soporte integral de la experiencia estética. Con Martín Santos irrumpe en la novela española una hasta entonces desconocida entidad para la cual el propio novelista acuña una feliz denominación: realismo dialéctico. («De este modo podremos llegar a comprender que un hombre es la imagen de una ciudad y una ciudad las vísceras puestas al revés de un hombre, que un hombre encuentra en su ciudad no sólo su determinación como persona y su razón de ser, sino también los impedimentos múltiples y los obstáculos invencibles que le impiden llegar a ser...» etc.) Con Martín Santos, en definitiva, se da la primera tentativa española de dotar a la novela de un genuino sentido antropológico. La novela, entidad bifronte, deviene simultáneamente medio y fin. Medio de reinvención de una nueva conciencia histórica que se revela y asume a través de la autoverificación de su existencia en la obra de arte.

Una pauta para la comprensión de su modo de connotar sólo por medio de elusivas y complejas estructuras metafóricas la situación políticosocial de España, la suministra la existencia de una rígida censura y la experiencia del propio Luis Martín Santos, militante socialista, privado, en varias oportunidades, de la libertad por fidelidad a sus convicciones. Para un escritor español, y sobre todo para aquellos que escribieron durante la década del 50, la censura debía necesariamente traducirse en cálculo previo de posibilidades expresivas. Esto trajo aparejadas graves limitaciones. Por un lado, hubo quienes escogieron el procedimiento de la autocensura como recurso viable para evadir las tijeras del censor, lo cual determinó una castración no por voluntaria menos esterilizadora. Esta literatura perdió vigor, peso específico, compulsividad. Por otra parte hubo quienes escogieron cultivar un tipo de objetivismo naturalista que, al reflejar una situación de vacancia espiritual, de tedio o absoluta vaciedad, se suponía habría de resultar una muda acusación contra los responsables de ese estado de cosas. Desde un libro fundacional, *El Jarama* de Rafael Sánchez Ferlosio, esta segunda variante fue penosamente degradándose hasta concluir, al iniciarse la década del 60, en las desafortunadas empresas de escritores como Juan García Hortelano. Hubo por último quienes prefirieron romper a escribir no haciendo abstracción de esta desdichada situación, pero sí al menos con total desenfado y desentendiéndose de las consecuencias de su atrevida actitud. Su literatura, obviamente, trasuntaba una comprensible cautela, que se traducía en connotaciones elusivas, pero a diferencia de ciertos equivocados pioneros, no escribieron para una hipotética mayoría (que hoy por hoy, en cualquiera de los casos, y al menos en España, no tiene acceso a la cultura), sino que, sin renegar de su condición de hombre de letras, de herederos de todas las conquistas de la narrativa moderna, escribieron desde los supuestos de la cultura, consiguiendo de este modo neutralizar y superar esa pauperización estética promovida por los excesos de los anteriormente mencio-

nados. Fue en este sentido que, como ya se ha señalado¹, correspondió a Caballero Bonald cumplir una función rectificadora, casi inaugural, pero recién con **Tiempo de silencio** esta renovación quedaría inscrita como hecho capital e irreversible, y la necesidad de un total replanteamiento de supuestos tanto éticos como estéticos cobraría dimensión de imperativo categórico. Luis Martín Santos descubre la posibilidad de una cierta modalidad transaccional. No calla nada, ataca y destruye los tabúes, las últimas inhibiciones de su generación, pero simultáneamente somete la lengua a tan intensas metamorfosis, despliega una tan poderosa inventiva, que su ataque se consume ya descargado de trivialidades y alusiones directas, se manifiesta como cualidad del estilo, y sólo incidentalmente como deliberación del concepto².

La trama argumental (las actividades de un joven investigador, Pedro, quien por una sucesión de vertiginosos azares se verá envuelto en las peripecias de un aborto criminal) no es más que un ocasional pretexto para el despliegue de una intrincada visión de una España sórdida y terrible, de una época, de unas clases en descomposición, de un mundo en decadencia, de unas ideas estratificadas que a veces se comportan como reflejos y de unos reflejos que por momentos semejan ideas. Lo primero que sorprende aquí es ya la grandeza, la amplitud de la concepción, el ambicioso proyecto de recrear en la novela una sociedad —un país y una época— en sus múltiples implicaciones, y de someter a revisión todos los mitos que secularmente han regulado su existencia. Una concepción, en suma, que remite a la mejor de las tradiciones europeas, la de James Joyce o Carlo Emilio Gadda, puesto que aquí, y a diferencia de lo que ocurría con sus compañeros de generación, la realidad está, como en los dos novelistas apuntados, recreada en una materia que básicamente es la del lenguaje. En segundo lugar, sorprende la naturaleza de su talento, eminentemente verbal, la textura de su prosa, maciza y restallante, organizada a partir de una integración de diversos niveles expresivos sobre la base de un contrapunto semántico de vocablos del argot madrileño con otros de las más especializadas jergas científicas. Un lenguaje que, en su inextinguible vitalidad paródica, se define por igual como reacción frente al codificado estilo académino y a la inanidad de ciertos estereotipados y fáciles vanguardismos —para el patriarca de Pombo reserva Luis Martín Santos uno de sus más acerados sarcasmos: « Para llegar hasta allá [para alcanzar la libertad del lenguaje] era preciso atravesar el caos sonoro, las rimas, los restos de todos los fenecidos ultraísmos, las palabras vacías de Ramón y su fantasma greguerizándose todavía a chorros en el urinario

1. Juan C. Curutchet: *Caballero Bonald; un solitario precursor* (en curso de publicación).

2. Algo similar puntualiza Carlos Martínez Moreno (téngase presente que su nota está referida al texto censurado de la primera edición): « La censura pudo cortar un párrafo (supongo, por mi cuenta, que ubicada a página 135 del libro), pero no podía impedir la inferencia que se alza de toda esa particular fantasmagoría satírica que hace la novela, que la anima, que la distorsiona, que la torna preferentemente tragicómica, permanentemente acusatoria de lo que dice y apunta, infalible en su hermosa condición de libelo. » *Número*, N° 3-4, Montevideo, mayo de 1964, p. 179.

de los actores maricas»³. Una prosa, en suma, como no había conocido la literatura peninsular desde el silencio del mejor Valle Inclán, prosa hecha de crispación y rebeldía, que se obstina en desconocer los límites de lo regulado y a través de la cual irá perfilando su contorno una atmósfera disoluta y esquizofrénica, en la cual la realidad, convertida ya en su propia pesadilla, se cargará de sordidez a la vez que de una intensa y paradójica luminosidad.

El protagonista, Pedro, es un joven investigador que trata de averiguar si en la herencia de las cepas de ratones cancerígenos hay una transmisión dominante o si la influencia mayor está dada por los factores ambientales. Estas cepas de ratones se identifican nada ambiguamente con el mismo país, y su cáncer es el símbolo de la enfermedad social y moral que corroe al Estado español. Valiéndose del procedimiento alegórico, Luis Martín Santos investiga las causas de la enfermedad, sean éstas congénitas —historia, pasado, tradición— o ambientales —estructuras políticosociales, etc.—, realizando para ello una autopsia del organismo (España) y exhibiendo descarnadamente los tejidos (estratos sociales) afectados por la descomposición. Toda la novela es un extenso y minucioso análisis de los síntomas que la enfermedad presenta en el cuerpo social español. Ningún nivel social, en consecuencia, escapa al incisivo e impenitente criticismo del autor. En las clases altas se introduce por medio de Matías, acaudalado amigo del joven investigador. En las clases medias a través de la familia y el ambiente de la casa de pensión donde éste reside. Y en las clases bajas por medio de las visitas de Pedro al chabolerío donde vive el Muecas, quien le suministra las ratas para sus experiencias, o a través de fantasmagóricas incursiones, en compañía de Matías, a los prostíbulos madrileños, etc. Fiel al procedimiento escogido, el alegórico, toda esta línea central de la novela podría definirse como un intento de eludir la representación directa de la realidad, sustituyéndola por otra que indirectamente la evoque, pero ya nítida, realzada, con especial intensidad estética. A la vez, esta representación alegórica permite otra interpretación, ésta ya de carácter estrictamente literal, conectando la precariedad de recursos en que Pedro debe desarrollar su investigación al problema de la carencia en España de una cultura verdaderamente científica. Es esta yuxtaposición de distintos niveles de significación lo que ocasionalmente pudo provocar la incertidumbre de algún crítico en torno del sentido real de esta experiencia de laboratorio⁴.

3. En realidad la meta propuesta es el fondo del Gijón, célebre café literario madrileño en el que varias generaciones oficiaban cotidianamente el rito de exhumación de los más diversos fantasmas de las letras. En la imaginación de Luis Martín Santos, esta trivial incursión de su personaje asume el carácter de un mítico periplo a través de una enmohecida tradición.

4. Félix Grande: «Renunciamos por el momento a estudiar la simbología que el autor puede haber querido utilizar imponiendo esta tarea a su personaje. Apuntemoslo, no obstante: esa ocupación sobre la investigación del cáncer (¿totalmente hereditario o
(Sigue en la página siguiente)

En una oportunidad, empero, el novelista suministra explícitamente una clave que revela la conexión entre los diversos planos significativos: el alegórico y el literal. Es cuando al introducirse en un café literario, en una obvia referencia a Cervantes y Lope (e indirectamente al propio Luis Martín Santos), el protagonista « comprende que está equivocado, que venir a este café era precisamente lo que no le apetecía, que él preferiría haber seguido evocando fantasmas de hombres que derramaron sus propios cánceres sobre papeles blancos ». Ambas interpretaciones, sin embargo, como ya he señalado, son complementarias, y es esta constante ambivalencia semántica lo que permite a Luis Martín Santos atacar su sociedad por medio de construcciones simbólicas y elusivas que de ningún modo atentan contra el rigor estético de la obra. Estos ataques, generalmente, se producen bajo la forma de la ironía. Para Pedro, el dilema central de su investigación estriba en su imposibilidad de determinar la naturaleza del mal: gene o virus. Si se trata de un gene, la enfermedad es incurable; si se tratara de un virus, en cambio... Pero hasta tanto se demuestre lo contrario, la enfermedad continuará siendo un mal incurable. Aparentemente, en este punto, ambos planos, el literal y el alegórico, se distancian entre sí, puesto que el lector intuye que para el novelista el de España no es en absoluto un mal enteramente incurable. Sin embargo, esto no es más que una ilusión que se destruye en cuanto analizamos la particular estructura de la ironía en la novela. Para no traicionar la coherencia de su personaje, el novelista debe adoptar la perspectiva nihilista de la aceptación del mal como tara incurable, aunque él sepa perfectamente que no lo es. Su forma de obtener un distanciamiento de su personaje, de contrapesar el nihilismo de su concepción negativa de pequeño burgués desarraigado, se producirá bajo la forma de la ironía.

Convendrá recordar, en este sentido, que la nota satírica es un rasgo dominante de una de las más sólidas tradiciones artísticas españolas. Esta actitud pesimista entronca con la picaresca, con Cervantes y con Quevedo, con toda una tendencia de literatura criticista gestada en el seno de la corrupta y decadente sociedad española de la segunda mitad del siglo XVI y principios del XVII. Se continúa a través de Goya y Feijóo en el XVIII para cristalizar, en Larra y Leopoldo Alas (« Clarín »), ya en el siglo XIX, en una postura contradictoria de escepticismo, desengaño y denuncia ante una

parcialmente ambiental?) remite a consideraciones de tipo sociológico y económico. ¿Quién no siente la tentación de definir el resultado de la situación sociológica secular con ese, a un tiempo, irónico y severo sustantivo científico? ». (« Tres fichas para una aproximación a la actual narrativa española », en la revista *Margen*, N° 2, diciembre de 1966, París, p. 50.) Y aquí corresponde una aclaración: estas notas sobre Luis Martín Santos están en deuda con el trabajo de Félix Grande ya citado; también con dos notas inéditas de José Ortega, desaparecidas y discutibles, pero llenas de observaciones atinadas y sagaces, y fundamentalmente con un comentario excepcional del novelista uruguayo Carlos Martínez Moreno, también ya mencionado. Conviene de paso señalar que la crítica no ha hecho ni por asomo con su obra la justicia que ésta se merece. Irregular y turbulenta, pero siempre henchida de avasalladora vitalidad, ella basta para ubicar su nombre entre ese grupo de narradores que promovieron —y sostienen— el espectacular desarrollo actual de la novela latinoamericana.

España petrificada y vuelta ya de espaldas al progreso europeo. Esta postura ante la tragicomedia del vivir español alcanza una de sus culminaciones en el esperpento valleinclinanesco (la estética de los espejos deformantes) y en el arte narrativo barojiano, y a través del primer Cela va a desembocar en la obra de un gran poeta, Jaime Gil de Biedma, y un gran novelista, Luis Martín Santos. Toda esta longeva tradición encuentra resonantes ecos en **Tiempo de silencio**. Entre los antecedentes citados, uno reviste especial importancia en el presente caso. Me refiero a Goya, a quien el novelista evoca repetidas veces al analizar una de sus mejores pinturas, a la que denomina « Le Grand Bouc ».

Como se recordará, en la terminología psicoanalítica **buco emisario** es el nombre de uno de los dos complejos que dominan la agresividad. Como Igor A. Carusso ha observado en su **Psicoanálisis para la persona**, el neurótico se castiga por el delito de deseo, pero como no lo hace con conocimiento de causa, esto no le provoca arrepentimiento sino, a lo sumo, remordimiento, lo que el propio Carusso ha llamado la « enfermedad de la mala conciencia ». El Superyó exige del Yo la represión de los impulsos peligrosos en el inconsciente. « El Yo, habiendo reprimido el impulso, seguirá actuando como si no hubiera existido un impulso peligroso en la intimidad de la persona. El Yo se encuentra ciegamente a las órdenes del Superyó. La angustia de la conciencia moral, el **remordimiento**, diferente del **arrepentimiento**, deberá ser racionalizado, explicado ; ahora bien, como el impulso peligroso se ha hecho inconsciente, **la angustia será explicada principalmente por razones exteriores al individuo.** »

« El **complejo del ángel** es inseparable del de **buco emisario**. El primero representa la inserción completa del Superyó en el Yo racionalista y la represión completa de los impulsos que lo amenazan. El Dr. Charles Badouin ha hablado de angelismo neurótico ; este excelente término podría aplicarse a una tendencia consciente ; ahora bien, el Yo se identifica plenamente y se cree angélico de una manera inconsciente. Ejemplo simplista : el señor Tal, solterón empedernido, hijo único, consagra a su anciana madre todo su tiempo libre, todos sus pensamientos y todo su esfuerzo. El explica este género de vida, poco agradable, por los deberes filiales, de buen hijo ; renuncia a todas las alegrías y a todas las comodidades de la existencia para procurárselas a su anciana madre. En realidad, a causa de fijaciones inconscientes, pero que corresponden a mecanismos infantiles de su vida libidinal, el señor Tal nunca ha podido decidirse a ser una persona libre y a dejar de ser un niño ; para preservarse de la vida, y al renunciar a sus peligros, renuncia también a sus alegrías. Se considera entonces lleno de renunciamento, se cree **angélico**, sin serlo verdaderamente. Este ejemplo es ciertamente muy simple, pero todas las neurosis participan de este mecanismo. El señor Tal... querrá explicarse su sufrimiento, y la racionalización lo llevará al complejo del **buco emisario**. En efecto, el señor Tal explicará sus fracasos por la mala voluntad de su jefe en la oficina, de las mujeres que no se han casado con él, y de los políticos en el poder... En fin, afirmará que si él hubiera querido... sólo

que él no ha querido ser un « egoísta » y un « ambicioso » como los demás : ha sido siempre un tímido, un idealista, una persona poco práctica... ¿Qué comprobamos en el señor Tal a partir de su complejo de ángel ? Comprobamos que busca bucos emisarios de su fracaso. Estos bucos emisarios los encuentra sobre todo a su alrededor, pero también en sí mismo », etc.⁵

Espero que el lector sabrá disculpar esta extensa cita en homenaje a su ilustrativa claridad. Luis Martín Santos era psicoanalista y con seguridad no desconoció este planteamiento de Carusso, al que incluso cita en sus trabajos científicos. A la luz de la cita precedente, el cuadro de Goya queda convertido en un símbolo de impresionante nitidez. Ahora el lector comprende cómo la intención de Luis Martín Santos fue psicoanalizar a su personaje, y a través de Pedro a cada español, e indirectamente al lector ; cómo **Tiempo de silencio** es una tentativa de psicoterapia en su sentido más estricto. En cuanto psicoanalista, Luis Martín Santos sabía, también, que un hombre alienado sólo a través de la conciencización de la alienación y del hacerse cargo responsable de la misma llega a ser un hombre nuevo. Su ataque se dirigirá, pues, bajo la forma de ironía, contra todos los buscadores de bucos emisarios del fracaso histórico español : implicará una tentativa de desmitificación a vasta escala, tan vasta que, puestos a rastrear un antecedente, incluso la imagen del Valle Inclán más vigente quedaría por momentos desdibujada ante nuestros ojos. Sus predecesores genuinos se llaman, sobre todo, Leopoldo Alas y Francisco de Quevedo, Francisco de Goya, Miguel de Cervantes o Mateo Alemán. Pero la misma vastedad de la empresa lo alertará sobre los riesgos y dificultades de la misma. De allí que su constante retorno sobre sí mismo, la circularidad de la conciencia que al retornar sobre sí misma se recrea en el estilo y se expresa a través de la ironía, hagan de ésta, simultáneamente, un arma de desmitificación y un instrumento de verificación de los inapelables límites.

Su ataque posee, así, destinatarios fijos. Más adelante habrá oportunidad de analizar sus despiadadas arremetidas contra Ortega, a quien empero nunca menciona por su nombre. Ahora interesa recordar una de ellas, que aunque incidentemente personifica en Ortega se refiere, en este párrafo, a toda una corriente oficial de pensamiento cuyas postulaciones podrían cómodamente ser resumidas en un terceto del **Canto personal** de Leopoldo Panero : « Porque España es así (y el ruso, ruso), [hoy preferimos el retraso en Cristo] a progresar en un espejo iluso ». La crítica contra este género de actitudes será uno de los motivos recurrentes de **Tiempo de silencio**, pero el novelista nunca incurrirá en el error de pretender refutar ensayísticamente a estos improvisados profetas que postulan la imposibilidad del hombre español para resolver sus conflictos, delegando, por el contrario, toda responsabilidad en la voluntad de Dios. Luis Martín Santos invalida estos postulados mediante su reducción al absurdo por el simple

5. Igor A. Carusso : **Psicoanálisis para la persona**, Barcelona, 1965, p. 139-140.

recurso de la ironía. He aquí su contundente réplica: « Oh... qué listo eres tú para un pueblo que tiene las frentes tan menguadas... puesto que víctimas de su sangre gótica de mala calidad y de bajo pueblo mediterráneo permanecerán adheridos a sus estructuras asiáticas y así miserablemente vegetarán vestidos únicamente de gracia y no de la repulsiva técnica del noroeste ». Esta desmitificación de la España en que « el hombre se alimenta de espíritu y aire puro por los siglos de los siglos. Amén », es una de las constantes de la obra, y es seguramente en estos momentos, cuando la preocupación del autor se centra en su obsesivo propósito de testimoniar la conflictiva condición de « oprimiente-oprimido » del pueblo español, que la novela alcanza algunos de sus más sostenidos registros.

El pueblo es, paradójicamente, quizá el blanco predilecto al que se dirigen sus más demoledoras y punzantes ironías, y esto se debe, en primer término, a que Luis Martín Santos nunca lo idealiza. Sus ataques revisten la forma de una antológica recolección de todos los lugares comunes con que la Sensatez y la Capacidad de Iniciativa de la burguesía suelen verterse sobre aquél trasmutándolo en víctima propiciatoria de sus propios fracasos y enajenaciones. Pero estas persistentes andanadas están trasvasadas a una ironía sutil que, por el simple expediente de su estar-ahí, pulveriza las mismas afirmaciones mediante su reducción a la caricatura y una reversión de las mismas sobre la fuente de su procedencia. En Luis Martín Santos no hay propensiones miserabilistas, tendencias a liberar abstractamente al pueblo de atributos negativos cuya obvia verdad de algún modo lo define o caracteriza. Hay, en cambio, una preocupación por denunciar o testimoniar el carácter transitorio o temporal —histórico, para ser más preciso— de las mencionadas alienaciones. El pueblo se sobrevive en un fantasma de sí mismo, se realiza imaginariamente en la sublimación de sus fracasos y se solaza en los avatares de una equívoca liberación, porque hay una burguesía para infligir esas alienaciones y verificar la continuidad de los alienantes condicionamientos por ella misma establecidos. Al desnudar la dinámica de la sociedad, en consecuencia, la dialéctica de sus relaciones y la incidencia de ciertos mitos tradicionales —progreso, felicidad, etc.— en este mecanismo predispuesto a generar racionales siempre controlables o revertibles; al poner de manifiesto, en suma, la verdadera composición del tejido social —no importa por qué medios—, el novelista está simultáneamente formulando una protesta, ensayando un diagnóstico y allanando de algún modo el camino para la superación ulterior de ciertos males.

Como estudioso de la filosofía y el psicoanálisis, como hombre extraordinariamente versado en los secretos de la antropología, Luis Martín Santos no podía desconocer la función social del mito. El mito, en sí mismo, no es positivo o negativo. Ahora bien, sin una base comunal la sociedad urbana se desintegra a nivel de los sueños o frustraciones individuales, excepto cuando aquélla es suplantada por proyecciones colectivas. Donde hay comunidad, es necesaria la integración, y donde esta integración no se asienta en los fundamentos estables de la racionalidad, el mito

tiene reservada una importantísima función. El simbolismo de los toros (por no citar más que un ejemplo) congreja las dispersas conciencias individuales en un orden imaginativo e inviste lo inicuamente cotidiano de un relevante prestigio ceremonial. La burguesía es una fuerza engendradora de mitos que ahogan la racionalidad. El mito es, correlativamente, una expresión de las fuerzas conservadoras y una sublimación de la frustración comunal. Llegados a este punto, la tauromaquia revela su carácter de exorcismo colectivo. Al matar el toro, la tribu, previa y religiosamente unificada, está expulsando sus demonios; y en caso de alternativa contraria, encornamiento del torero, mejor aún: está incurriendo en esa variedad de suicidio, el autosacrificio, que no cercena la vida sino que corona ejemplarmente el desarrollo de un carácter, de una personalidad negativamente asumida. La historia se trueca en metafísica y la condición en cuestión de naturaleza. Sobre el cadáver de la racionalidad se instaura el reinado del Destino y la Fatalidad. «Aquí somos otra gente», «Spain is different», o como algunos sesudos historiadores dictaminan, la posibilidad del progreso murió con los comuneros de Castilla. Originaria válvula de escape, el mito taponaba ahora toda posible solución, ha devenido instrumento deparador de la emoción en **dosis necesarias y previsiblemente controlables**.

El novelista sabe, empero, que si España es como es, esto no es producto del azar. Sabe que la España hermética se consolidó cuando Europa la distanció en saberes, en técnica, en desarrollo industrial. España soslayó en el siglo XIX el viraje de la revolución industrial como ya en el siglo anterior había soslayado el de la ciencia experimental, y en esta situación de aislamiento se gestó esa peculiaridad del español (tan arquetípicamente representada en el terceto citado de Panero) que en él se solaza porque supuestamente «estimula el ingenio y obliga a inventar fórmulas inéditas», y porque así torna a primar en su mente lo propio, lo «indígena», lo celtibérico. En todos sus niveles, pues, **Tiempo de silencio** es una necesaria respuesta a toda una tradición de negativismo español, una respuesta a las distintas variantes de la leyenda negra. Así como la obra de Joyce supuso una adecuada contrapartida a la prematura lamentación de Yeats (**Romantic Ireland's dead and gone, / It's with O'Leary in the grave**), esta novela supone una superación de otra diagnosis similar (Valle Inclán había escrito: «La miseria del pueblo español, la gran miseria moral, se encuentra en su sensibilidad vulgar hacia los enigmas de la vida y de la muerte... Este pueblo miserable transforma todas las grandes cosas en una historia de beatas»; recuérdese que para Valle la España «romántica» había muerto con el carlismo, y que tanto en Valle como en Yeats este calificativo, **romántico**, debe entenderse en su acepción de **vital y capaz de metamorfosis que atestigüen su vigor**). Esta actitud tiene, por lo demás, su correlato en un poema del ya mencionado Jaime Gil de Biedma, que conviene reproducir aquí por sus ilustrativas conexiones no sólo con la actitud sino también con el enfoque de **Tiempo de silencio** (desmitificación a través de la ironía). He aquí el poema en cuestión:

Apología y petición

¿Y qué decir de nuestra madre España,
este país de todos los demonios
en donde el mal gobierno, la pobreza
no son, sin más, pobreza y mal gobierno
sino un estado místico del hombre,
la absolución final de nuestra historia?

De todas las historias de la Historia
sin duda la más triste es la de España,
porque termina mal. Como si el hombre,
harto ya de luchar con sus demonios,
decidiese encargarles el gobierno
y la administración de su pobreza.

Nuestra famosa inmemorial pobreza,
cuyo origen se pierde en las historias
que dicen que no es culpa del gobierno
sino terrible maldición de España,
triste precio pagado a los demonios
con hambre y con trabajo de sus hombres.

A menudo he pensado en esos hombres,
a menudo he pensado en la pobreza
de este país de todos los demonios.
Y a menudo he pensado en otra historia
distinta y menos simple, en otra España
en donde si que importa un mal gobierno.

Quiero creer que nuestro mal gobierno
es un vulgar negocio de los hombres
y no una metafísica, que España
debe y puede salir de la pobreza,
que es tiempo aún para cambiar su historia
antes que se la lleven los demonios.

Porque quiero creer que no hay demonios.
Son hombres los que pagan al gobierno,
los empresarios de la falsa historia,
son hombres quienes han vendido al hombre,
los que le han convertido a la pobreza
y secuestrado la salud de España.

**Pido que España expulse a esos demonios.
Que la pobreza suba hasta el gobierno.
Que sea el hombre el dueño de su historia.**

(Moralidades, México, 1966)

Consecuentemente, la ironía (que aquí ya es sarcasmo) del novelista se proyecta, como en el poema citado, sobre los « empresarios de la falsa historia », los responsables de esta inicua tergiversación. Una de las motivaciones centrales de la obra, en efecto, se encontrará en los despiadados ataques del autor contra la inanidad de la presunta « cultura filosófica » española. Dos ilustrativos ejemplos de esto se hallarán en su antológica descripción de la tertulia del café Gijón y también (el cual resulta, por ahora, de un mayor interés) en la visita de Pedro a casa de Matías que culminará con la contemplación de una reproducción de Goya en el cuarto de éste, « Scène de sorcellerie : Le Grand Bouc », ya mencionado, y que a todas luces es la célebre pintura negra « Aquelarre » que lleva el número 761 en la sala LVI del Museo del Prado. Congregadas por el macho cabrío en hábito frailuno, han acudido las brujas con sus tarros y ungüentos para escuchar los consejos de su abracadabrante inspirador, y como un toque de inocencia, u orfandad, que es en sí mismo un reproche mudo, una niña contempla el cuadro alucinante desde un costado. Insensiblemente, la poderosa imaginación del autor promueve en esta escena una curiosa metamorfosis. El cuadro deviene representación de una conferencia de Ortega disertando sobre la quiddidad de la manzana. Pero el cuadro no es solamente ataque solapado contra « el gran buco en el esplendor de su gloria, en el que el cuerno no es cuerno ominoso sino signo de glorioso dominio fálico, en el que tener dos cuernos no es sino reduplicación de la potencia » (o sea contra Ortega, a quien por lo demás nunca se menciona por su nombre, aunque las alusiones resulten cristalinas), sino simultáneamente crítica de Ortega y el orteguismo, su inanidad en el campo filosófico, la inanidad de un público compuesto de burguesas matronas de sexualidad insatisfecha e impugnación de toda una corriente seudofilosófica crecida al amparo de una especulación gratuita, mecanista y de importación. Dicho con palabras de Luis Martín Santos : « Todo esto conoces buco, con penetración muy seria, y entonces indicas como triaca magna y terapéutica que a la gran Germania nutricia, Harzhessen de brujas y de bucos hay que fenomenológicamente incorporar. Y tus carolinas espirituales serán nuestras prisiones temporales... Por eso te vistes con ese disfraz que no es tuyo, pero que divierte a los que admirativamente te contemplan ». Y es llegado este punto cuando la blanca presencia infantil del costado asume su rol patéticamente acusador : « Por eso te haces aficionado y afionas a la gente bien tiernamente a la filosofía, como chico de la blusa tan espontáneo, tan grácil, con tan sublime estilo, con tan adornada pluma, con la certera metáfora develadora que te perdonarán los niños muertos que no dijeras de qué estaban muriendo y (no mirando tu

máscara sino tu ojo) pasaremos por alto los dos cuernos y te llevaremos a la tumba cantando un gorigori que parecerá casi como triste». Esta escena del cuadro cobrará todo su sentido, sin embargo, sólo a la luz del pasaje siguiente, en que se describe esta vez sí una real conferencia del propio Ortega.

En el cuadro de Goya, todavía se trataba del gran capro hispánico recibiendo de las mujeres de la sierra el ofrecimiento de los cadáveres o semicadáveres de sus hijos (obvia referencia al aborto como práctica generalizada), ofrenda mediante la cual intentaban simultáneamente la resurrección de la carne extinta y la expiación de los propios pecados. Goya se vale del tema para exponer su crítica violenta de la degradación de un pueblo rindiendo homenaje al símbolo de la fuerza viril, del sexo. Poco más adelante, el buco se ha convertido en Ortega, y las miserables mujeres de la sierra en encopetadas señoras de la alta sociedad española ofrendando su sexualidad insatisfecha o su deseo de realización de tantos sueños naufragados al « gran matón de la metafísica ». Aquí ya lo que se reverencia es el poder purificador del intelecto, y lo que el novelista satiriza es el rastacuerismo de esta alienación en la inocua verborrea, la dictadura del « corifeo dilettante », a la vez que impugna por su ineficacia este género de divertimientos consagrados a recrear el ocio de un restringido grupo social. He aquí la descripción de la conferencia: « Pero ya el gran Maestro aparecía... hierático, consciente de sí mismo, dispuesto a abajarse hasta el nivel necesario, envuelto en la suma gracia, con ochenta años de idealismo europeo a sus espaldas, dotado de una metafísica original, dotado de simpatías en el gran mundo, dotado de una gran cabeza, amante de la vida, retórico, inventor de un nuevo estilo de metáfora, catador de la historia, reverenciado en las universidades alemanas de provincia, oráculo, periodista, ensayista, hablista, el-que-lo-había-dicho-ya-antes-que-Heidegger, comenzó a hablar, haciéndolo poco más o menos de este modo: « Señoras (pausa), señores (pausa), esto (pausa) que yo tengo en mi mano (pausa) es una manzana (gran pausa). Ustedes (pausa) la están viendo (gran pausa). Pero (pausa) la ven desde ahí (pausa), desde donde están ustedes (gran pausa). Yo (gran pausa) veo la misma manzana (pausa), pero desde aquí, desde donde estoy yo (pausa muy larga). La manzana que ven ustedes (pausa) es distinta (pausa), muy distinta (pausa) de la manzana que yo veo (pausa). Sin embargo (pausa), es la misma manzana (sensación) ». Apenas repuesto su público del efecto de la revelación, condescendiente, siguió hablando con pausa para suministrar la clave del enigma: « Lo que ocurre (pausa), es que ustedes y yo (gran pausa) la vemos con distinta perspectiva (tableau) ».

Para completar el cuadro restaría agregar dos cosas. En primer lugar, que la conferencia tiene lugar en un cine de barrio, el sótano del cual está ocupado en el momento de la conferencia por un baile de criadas. La dispar concurrencia de ambos eventos (criadas, toreros, chulos, etc., por un lado, y damas menopáusicas, estudiantes de filosofía, poetas de varios sexos, etc., por el otro) y la intencionada correlación espacial y temporal de los

mismos dan lugar a insidiosos comentarios del autor. Así, por ejemplo, escribe: « Los condenados del sótano no tenían noticia de lo que —tres metros sobre su cabeza— estaba ocurriendo y a causa de ello no presumían que la más aguda conciencia celtibérica se iba a ocupar, de modo deliberado, de elevar el nivel intelectual de la sociedad a la que (indignos, es verdad), ellos también pertenecían. Pero era posible observar la reciprocidad y perfecta simetría del fenómeno, pues tampoco la muchedumbre de la esfera intermedia y quién sabe si ni siquiera el poderoso Maestro tenía la menor noticia de la interesante realidad que bajo sus plantas se establecía con la simultaneidad ya antes indicada... Pero las cosas son como son, vuelto sobre sí mismo el pueblo ignoraba al filósofo y la profusión de lujosos automóviles a la puerta de un cine de baja estofa, sólo le hacía experimentar las nuevas dificultades para el cruce de la calzada y no extraía de ellas ninguna valoración eficaz del momento histórico ». Pero la saña antiorteguiana del autor deparará todavía un último sarcasmo. En la página 150, cuando luego del fracasado aborto de Florita, Pedro, prófugo, se ha refugiado en el burdel de Doña Luisa, el novelista dice de ésta que « tomó un tomate y lo levantó haciendo que el sol golpease con dureza sobre la pequeña esfera roja. Ella miraba el tomate por un lado. Pedro lo miraba por el otro. Ambos lo veían desde diferente perspectiva ». La crueldad de las páginas que Luis Martín Santos consagra a Ortega, al Gijón y a la función de los intelectuales madrileños prácticamente carece de parangón en la moderna narrativa española. Pero incluso esta alusión al orteguismo empírico de la propiedad del burdel soslaya lo meramente grosero, a diferencia de lo que luego ocurrirá con Marsé, puesto que la ironía de Luis Martín Santos no tiene nada de gratuito, está regulada por una conciencia histórica y artística en constante vigilancia. Toda su violencia verbal no es, en tal sentido, más que una tentativa de dinamitar el conformismo de su cultura y su sociedad, pero lo que a nivel de la palabra es ejercicio de la violencia a nivel del intelecto es incisiva y cauta reflexión⁶.

Sobre este propósito criticista de Luis Martín Santos informan, pues, no pocos rasgos de la novela. Su propósito, empero, no es meramente criticista, ni mucho menos nihilista, como algún crítico apresurado ha podido observar. Su novela implica no sólo una crítica del estilo de vida español (del folklorismo del « Spain is different » potenciado a categoría metafísica), sino fundamentalmente una **reflexión** sobre el mismo, una genuina tentativa de dilucidación de algunos cruciales interrogantes a partir de su disección. Luis Martín Santos no está interesado en las meras exterioridades. Sabe que ellas, por sí mismas, no explican nada. Como explícitamente reconoce, « no debe bastar ser pobre, ni comer poco, ni presentar un cráneo de apariencia dolicocefálica, ni tener la piel delicadamente morena para quedar definido como ejemplar de cierto tipo de hombre al que inexorablemente pertenecemos y que tanto nos desagrada ». Indirecta-

6. No resulta tampoco ajeno a esta dualidad otro excepcional creador español con el que Luis Martín Santos poseyó numerosos puntos de contacto: el director de cine Luis Buñuel.

mente, más allá de banales determinismos, el novelista está sugiriendo la presencia de otras instancias ulteriores que conforman la peculiaridad del ser español. Su investigación toma así un cariz resueltamente antropológico, y consecuentemente su estilo denota una preocupación formal que, en el fondo, no es más que una resultante de su obsesión por dar con las claves instrumentales que le permitan simultáneamente explorar y expresar esta nueva dimensión de lo histórico y lo real. El novelista no incurre en ese característico fetichismo de la realidad «objetiva», no diviniza el mundo de las apariencias. Pero tampoco lo subestima. Lo relativiza, en suma, le restituye su verdadera significación como vía de acceso a otras realidades ya más complejas y contradictorias, menos mecanicistas. Reivindica la naturaleza dialéctica de la realidad y la realidad objetiva de la contradicción.

Consecuentemente el protagonista, Pedro, se define como tal en virtud de su extracción social, por su condición de individuo perteneciente a una cierta clase (pequeña burguesía) y a un determinado país (España) en un momento preciso de su historia (1949). Pero sólo parcialmente. Al fundar la autonomía provisional de su personaje frente a las habituales tipificaciones naturalistas, Luis Martín Santos está señalado, indirectamente, los aspectos metodológicos rescatables, en cuanto susceptibles de realización estética, de disciplinas como el psicoanálisis, la sociología empírica y la antropología cultural en la medida en que éstas contribuyen a realizar una tarea ante la cual la estética realista tradicional (cf. Lukács) ha padecido una de sus más acusadas inhibiciones: las determinaciones concretas de la vida humana. Su obra implica, de este modo, una suerte de realización estética de las postulaciones teóricas de uno de los investigadores marxistas más importantes de nuestra época: el profesor italiano Galvano Della Volpe. Su experiencia tiene sin embargo una filiación más directa y reconocible, entronca con el Sartre de la *Critique de la raison dialectique*, quien, en *Cuestiones de método*, con varios años de antelación respecto al ensayista italiano, ya había formulado los lineamientos centrales de la interpretación que más tarde éste, a su vez, se encargaría de desarrollar. Que Luis Martín Santos conoció a Sartre, e incluso profesó hacia él una admiración sin límites, lo prueban varios de sus trabajos científicos; que Sartre influyó de manera decisiva no sólo en su pensamiento filosófico sino también en su método de creación artística, lo prueba el siguiente párrafo, por ejemplo, en el que no resulta difícil reconocer la idea central del estudio sartriano ya mencionado: «Los realistas suburbanos tal vez hayan llevado demasiado lejos ciertos atisbos de la teoría literaria marxista, al atribuir en exclusiva a un tipo de sociedad unas contradicciones que hay que empezar buscando en el individuo... la narrativa española, al cargarse de ideas sustituyendo al hombre por su circunstancia, ha perdido peso específico y se ha alejado de la verdad artística»⁷. En contraste, pues, con ese proceso de equívoca socialización de la novela que había desembo-

7. Aquilino Duque: «Realismo pueblerino y realismo suburbano», *Índice*, N° 185, junio de 1964, p. 9.

cado, en el caso de García Hortelano, por ejemplo, en la abolición del personaje, en su reemplazo por tipos más o menos estereotipados que pretendían ser la representación arquetípica de todo un grupo social, en Luis Martín Santos se prolonga y acentúa el movimiento de reacción iniciado por Caballero Bonald y estudiado en una nota anterior. Como aquél, Luis Martín Santos destaca el carácter social de su protagonista, pero éste es un mero punto de partida para acceder a una totalización concreta en la cual aquel carácter queda incluido a la vez que trascendido. Del hombre social, pues, al ser existencial. Con toda razón pudo el novelista uruguayo Mario Benedetti celebrar la publicación de **Tiempo de silencio** como una « nueva y exitosa invasión del personaje en el ámbito de la novela contemporánea »⁸.

Continuará en el número 18 de **Cuadernos de Ruedo ibérico**.

8. Cf. **La mañana**, 9 de febrero de 1964, Montevideo.

Ruy Mauro Marini

Dialéctica del desarrollo capitalista en el Brasil*

Las luchas políticas brasileñas de los últimos quince años fueron la expresión de una crisis más amplia, de carácter social y económico, que parecía no dejar al país otra salida que la de una revolución. Sin embargo, una vez implantada la dictadura militar, en abril de 1964, las fuerzas de izquierda se han visto obligadas a revisar sus concepciones sobre el carácter de la crisis brasileña, como punto de partida para la definición de una estrategia de lucha contra la situación que al final prevaleció. En un diálogo a veces lleno de amargura, los intelectuales y líderes políticos vinculados al movimiento popular plantean hoy dos cuestiones fundamentales: ¿Qué es la revolución brasileña? ¿Qué representa en su contexto la dictadura militar?

Vuelta al pasado

Las respuestas orientan, por lo general, a lo largo de dos hilos conductores. La revolución brasileña es entendida, primero, como el proceso de modernización de las estructuras económicas del país, principalmente a través de la industrialización, proceso que se acompaña de una tendencia creciente de participación de las masas en la vida política¹. Identificada así con el propio desarrollo económico, la revolución brasileña tendría su fecha inicial en el movimiento de 1930, habiéndose extendido sin interrupción hasta el golpe de abril de 1964. Paralelamente, y en la medida que los factores primarios del subdesarrollo brasileño son la vinculación al imperialismo y la estructura agraria, que muchos consideran semifeudal, el contenido de la revolución brasileña sería ant imperialista y antifeudal. Esas dos direcciones conducen, pues, a un solo resultado —la caracterización de la revolución brasileña como una revolución democrático-burguesa— y descansan en dos premisas básicas: la primera consiste en

* Este trabajo es una versión revisada y ampliada del artículo publicado, bajo el mismo título, en *Cuadernos Americanos*, vol. CXLVI, n° 3, México, mayo-junio de 1966.

1. Véase, como expresión más acabada de esta tendencia, la obra de Celso Furtado: *A pré-revolução brasileira*, Río de Janeiro, 1962. También, del mismo autor: *Dialéctica del desarrollo*, México, 1965.

tomar al antagonismo nación-imperialismo como la contradicción principal del proceso brasileño; la segunda, en admitir un dualismo estructural en esa misma sociedad, que opondría el sector precapitalista al sector propiamente capitalista. Su implicación más importante es la idea de un frente único formado por las clases interesadas en el desarrollo, básicamente la burguesía y el proletariado, contra el imperialismo y el latifundio. Su aspecto más curioso es el de unir una noción antidialéctica, como la del dualismo estructural, a una noción paradialéctica, cual sería la de una revolución burguesa permanente, de lo que los acontecimientos políticos brasileños en los últimos 40 años no habrían sido más que episodios.

En esa perspectiva, el régimen militar implantado en 1964 aparece simultáneamente como una consecuencia y una interrupción. Así es que, interpretada como un gobierno impuesto desde fuera por el imperialismo norteamericano, la dictadura militar es considerada también como una interrupción y aún como un retroceso en el proceso de desarrollo, lo que se expresa en la depresión a la que fue llevada la economía brasileña². El espinoso problema planteado por la adhesión de la burguesía a la dictadura es solucionado cuando se admite que, temerosa por la radicalización ocurrida en el movimiento de masas en los últimos días del gobierno Goulart, esa clase, del mismo modo que la pequeña burguesía, apoyó el golpe de Estado articulado por el imperialismo y la reacción interna, pasando luego a ser víctima de su propia política, en virtud de la orientación antidesarrollista y desnacionalizante adoptada por el gobierno militar.

A partir de tal interpretación, la izquierda brasileña (nos referimos a su sector mayoritario, representado por el movimiento nacionalista y el Partido Comunista) toma por consigna la «redemocratización», destinada a restablecer las condiciones necesarias a la participación política de las masas y acelerar el proceso de desarrollo. En último término, trátase de crear de nuevo la base necesaria al restablecimiento del frente único obrero-burgués, que marcó el gobierno Goulart, es decir el diálogo político y la comunidad de propósitos entre las dos clases. Y es como, basada en concepción de la revolución brasileña, esa izquierda no llega hoy a otro resultado sino señalar, como salida para la crisis actual, una vuelta al pasado.

El compromiso político de 1937

Sería difícil verificar la exactitud de esa concepción sin examinar de cerca

2. Según la Fundación Getulio Vargas, entidad semioficial, el producto nacional bruto del Brasil presentó las siguientes variaciones: 1956-1961, 7%; 1962, 5,4%; 1963, 1,6% y 1964, -3%. La tasa de crecimiento demográfico del país es, actualmente, de 3,05%. En 1965, el PNB presentó sensible recuperación, aumentando de un 5%, pero la producción industrial propiamente dicha disminuyó casi en la misma proporción. Finalmente, en 1966, las estimaciones de la CEPAL indican que el crecimiento del PNB brasileño fue inferior al 3%.

el capitalismo brasileño, la manera como se ha desarrollado y su naturaleza actual. Por lo general, los estudios están de acuerdo en aceptar la fecha de 1930 como el momento decisivo que marcó el tránsito de una economía semicolonial, basada en la exportación de un solo producto y caracterizada por su actividad eminentemente agrícola, a una economía diversificada, animada por un fuerte proceso de industrialización. En efecto, si el inicio de la industrialización data de más de cien años y estuvo inclusive en la raíz del proceso político revolucionario que, victorioso en 1930, permitió su aceleración, y si la actividad fabril gana impulso en la década de 1920, no es posible negar que a partir de la revolución de 1930 la industrialización se afirma en el país y emprende el cambio global de la vieja sociedad³.

La crisis mundial de 1929 obró mucho en este sentido. Imposibilitado de colocar en el mercado internacional su producción y sufriendo el efecto de una demanda de bienes manufacturados que ya no podía satisfacer con importaciones, el país acelera la substitución de importaciones de bienes manufacturados, desarrollando un proceso que parte de la industria liviana y llega, hacia los años 1940, a la industria de base. Es la crisis de la economía cafetera y la presión de la nueva clase industrial para participar del poder lo que engendra, primariamente, el movimiento revolucionario de 1930, que obliga a la vieja oligarquía terrateniente a abrir la mano de su monopolio político e instala en el poder al equipo revolucionario encabezado por Getulio Vargas.

Durante algunos años, las fuerzas políticas se mantendrán en un equilibrio inestable, mientras intentan nuevas composiciones. La embestida fracasada de la oligarquía, en 1932, refuerza la posición de la pequeña burguesía, cuya ala radical, unida al proletariado, desea profundizar el cambio revolucionario, reclamando sobre todo una reforma agraria. La insurrección izquierdista de 1935 se concluye empero con la derrota de esa tendencia, lo que permite a la burguesía consolidar su posición. Aliándose a la oligarquía y al sector derechista de la pequeña burguesía (el cual será aplastado el año siguiente), la burguesía apoya, en 1937, la implantación de un régimen dictatorial, bajo el liderazgo de Vargas.

El « Estado Nôvo » de 1937, siendo un régimen bonapartista, está lejos de representar una opresión abierta de clase. Al contrario, a través de una legislación social avanzada, que se complementa con una organización sindical de tipo corporativo y un fuerte aparato policial y de propaganda, trata de encuadrar a las masas obreras. Paralelamente, instituyendo el concurso obligatorio para los cargos públicos de bajo y medio nivel, concede a la pequeña burguesía (única clase verdaderamente letrada) el monopolio de los mismos y le da, por tanto, una perspectiva de estabilidad económica.

3. La producción industrial, que no participaba en 1930 sino con la décima parte en la formación de la renta nacional, lo hizo con más de la mitad en 1950.

La base objetiva del compromiso de 1937

La cuestión fundamental está en comprender por qué la revolución de 1930 condujo a ese equilibrio político, y más exactamente por qué tal equilibrio se basó en un compromiso entre la burguesía y la antigua oligarquía terrateniente y mercantil. La izquierda brasileña, haciéndose eco de un Virginio Santa Rosa (intérprete de la pequeña burguesía radical en los años 30), tiende hoy a atribuir ese hecho a la ausencia de conciencia de clase, por parte de la burguesía, explicable por la circunstancia de haberse realizado la industrialización a costa de capitales originados de la agricultura, que no encontraban ya allí un campo de inversión. Indice, en nuestro entender, de un doble error.

Primero, el desplazamiento de capitales de la agricultura hacia la industria tiene muy poco que ver, en sí mismo, con la conciencia de clase. No son los capitales los que tienen tal conciencia, sino los hombres que los manejan. Y nada indica (al contrario, estudios recientes, como el que realiza la Escuela de Administración de Empresas de Sao Paulo, dicen lo inverso) que los latifundistas háyanse convertido ellos mismos en empresarios industriales. Lo que parece haber pasado ha sido un drenaje de los capitales de la agricultura hacia la industria mediante el sistema bancario, lo que, de paso, explica mucho del comportamiento político indefinido y aún doble de la banca brasileña.

El segundo error es el de creer que la burguesía industrial no ha luchado por imponer su política, siempre que sus intereses no coincidían con los de la oligarquía latifundista-mercantil. Toda la historia político-administrativa del país en los últimos cuarenta años ha sido, justamente, la historia de esa lucha, en el terreno del crédito, de los tributos, de la política cambiaria. Si el conflicto no fue ostensible, si no estalló en insurrecciones y guerras civiles, es precisamente porque se desenvolvió en el marco de un compromiso político, el de 1937. Los momentos en que ese compromiso ha sido puesto en jaque fueron aquellos en que la vida política del país se convulsionó: 1954, 1961, 1964.

Ahora bien, el compromiso de 1937 expresa de hecho una complementación entre los intereses económicos de la burguesía y de las antiguas clases dominantes; es en este marco en el que el drenaje de capitales tiene sentido, aunque no se pueda confundir tal drenaje con la complementación misma. Y es por haber reconocido la existencia de ésta y actuado en consecuencia por lo que se puede hablar de falta de conciencia de clase, por parte de la burguesía brasileña.

Uno de los elementos indicativos de esa complementación es, en efecto, el drenaje de capitales hacia la industria, por el cual la burguesía tuvo acceso a un excedente económico que no necesitaba expropiar, puesto que se le ponía espontáneamente a su disposición. No es, sin embargo, el único: mantener el precio externo del café, mientras se devaluaba internamente la moneda, interesaba a los dos sectores —a la oligarquía porque preservaba el nivel de sus ingresos, a la burguesía porque funcionaba como una

tarifa proteccionista. La demanda industrial interna era, por otra parte, sostenida exactamente por la oligarquía, necesitada de los bienes de consumo que ya no podía importar, y en condición de adquirirlos solamente en la medida en que se le garantizaba el nivel de sus ingresos.

Este será, sin duda, el punto esencial para comprender la complementariedad objetiva en que se basaba el compromiso de 1937. Se trata de ver que, sosteniendo la capacidad productiva del sistema agrario (mediante la compra y el almacenamiento o la quema de los productos inexportables), el Estado garantizaba a la burguesía un mercado inmediato, el único en realidad de que podía disponer en la coyuntura mundial de crisis. Por sus características rezagadas, el sistema agrario mantenía, por otra parte, su capacidad productiva a un nivel inferior a las necesidades de empleo de las masas rurales, forzando un desplazamiento constante de la mano de obra hacia las ciudades. Esta mano de obra migratoria no iba, tan sólo, a engrosar la clase obrera empleada en las actividades manufactureras, sino que crearía un excedente permanente de trabajo, es decir, un ejército industrial de reserva, que permitió a la burguesía rebajar los salarios e impulsar la acumulación de capital exigida por la industrialización. En consecuencia, una reforma agraria no habría hecho más que trastornar ese mecanismo, siendo inclusive susceptible de provocar el colapso de todo el sistema agrario, lo que hubiera liquidado el mercado para la producción industrial y engendrado el desempleo masivo en el campo y en la ciudad, deflagrando, pues, una crisis global en la economía brasileña.

Es por lo que no cabe hablar de una dualidad estructural de esa economía, tal como se suele entenderse, es decir, como una oposición entre dos sistemas económicos independientes y aún hostiles, sin que la cuestión quede seriamente confundida⁴. Al contrario, el punto fundamental está en reconocer que la agricultura de exportación fue la base misma sobre la cual se desarrolló el capitalismo industrial brasileño. Más que esto, y desde un punto de vista global, la industrialización fue la salida encontrada por el capitalismo brasileño, en el momento en que la crisis mundial, iniciada con la guerra de 1914, agravada por el crack de 1929 y llevada a su paroxismo con la guerra de 1939, trastornaba el mecanismo de los mercados internacionales.

Este razonamiento lleva también a desechar la tesis de una revolución permanente de la burguesía, puesto que se tiene que enmarcar su revolución en el periodo 1930-1937. El « Estado Novo » no sólo significa la consolidación de la burguesía en el poder : representa, también, la renuncia de esa clase a cualquier iniciativa revolucionaria, su alianza con las viejas clases dominantes en contra de las alas radicales de la pequeña burguesía, así como de las masas proletarias y campesinas, y el encauzamiento del

4. La refutación más radical de la tesis del dualismo estructural, la hizo André Gunther Frank, en su *Capitalism and underdevelopment in Latin America*, New York, 1967. Véase nº 4, septiembre de 1966, Bogotá. NDLR. Véase también el artículo de A. G. Frank publicado en el número 15 de *Cuadernos de Ruedo Ibérico*.

desarrollo capitalista nacional por la vía trazada por los intereses de la coalición dominante que él expresa.

La ruptura de la complementaridad

Alimentada con el excedente económico creado por la explotación de los campesinos y obreros, y teniendo a la estructura agraria como elemento regulador de la producción industrial y del mercado de trabajo, la industria nacional que se desarrolla entre los años 1930-1950 depende del mantenimiento de esa estructura, aunque se enfrente constantemente al latifundismo y al capital comercial en lo que atañe a la apropiación de las ganancias creadas por el sistema. Sin embargo, y en la medida que se procesa el desarrollo económico, el polo industrial de esa relación tiende a autonomizarse y entra en conflicto con el polo agrario. Es posible identificar tres factores, a raíz de ese antagonismo.

El primero se refiere a la crisis general de la economía de exportación, en Brasil, como un resultado de las nuevas tendencias que rigen en el mercado mundial de materias primas. Aplazada por la guerra de 1939 y por el conflicto coreano, esa crisis se volverá ostensible a partir de 1953. La incapacidad del principal mercado comprador de los productos brasileños —el norteamericano— para absorber las exportaciones tradicionales del país, la competencia de los países africanos y de los propios países industrializados, y la formación de zonas preferenciales, como el Mercado Común Europeo, la hacen irreversible.

Esa situación determinaba ya que la complementaridad, hasta entonces existente, entre la industria y la agricultura se viera puesta en cuestión. Amén de la acumulación de existencias invendibles que, debiendo ser financiadas por el gobierno, representaban una inmovilización de recursos retirados a la actividad industrial, la agricultura ya no ofrece a la industria el monto de divisas que ésta necesita, en escala creciente, para importar combustibles, material primas, equipos y bienes intermedios, sea para mantener en actividad el parque manufacturero existente, sea, principalmente, para propiciar la implantación de una industria pesada. Así es como a pesar de que las exportaciones mundiales aumentan, entre 1951 y 1960, en un 55 %, creciendo a la tasa media geométrica anual del 5,03 %, las exportaciones brasileñas disminuyen, en el mismo periodo, en un 38 %, bajando a la tasa media geométrica anual de 3,7 %⁵. Mientras tanto, las importaciones de materias primas, combustibles, bienes intermedios, equipos para atender a la depreciación y trigo representan el 70 % del total de las importaciones, lo que vuelve extremadamente rígida esa cuenta de la balanza comercial, ya que «cerca del 70 % del total de la importación está constituido por productos imprescindibles a la manu-

5. Datos proporcionados por la revista de la Confederación Nacional de la Industria del Brasil, **Desenvolvimento & Conjuntura**, Río, marzo de 1965, p. 111.

tención de la producción interna corriente y a la satisfacción de las necesidades básicas de la población »⁶.

Un segundo factor que estimula el antagonismo entre la industria y la agricultura resulta de la incapacidad de ésta para abastecer a los mercados urbanos del país, en franca expansión. Las carencias surgidas en el suministro de materias primas y géneros alimenticios a las ciudades provocan el alza de precios de unas y de otros. Consecuencia del carácter rezagado de la agricultura —que resulta a su vez de la concentración de la propiedad de la tierra— este hecho es puesto en evidencia por su repercusión en el nivel de vida de la clase obrera. La presión sindical en pro de mejoras salariales colmará esa tendencia, gravando pesadamente el costo de producción industrial y conduciendo a la larga a la depresión económica.

Un último factor que puede ser aislado, para fines del análisis, es la modernización tecnológica que acompañó al proceso de industrialización, principalmente después de la guerra de 1939. Reduciendo la participación del trabajo humano en la actividad manufacturera, en términos relativos, ello condujo a que se verificara un fuerte margen entre los excedentes de mano de obra, liberados de la agricultura, y las posibilidades de empleo creadas por la industria⁷. El problema no hubiera sido tan grave si la mano de obra excedente estuviera en condiciones de competir con la mano de obra empleada, pues la existencia de un mayor ejército industrial de reserva neutralizaría la presión sindical pro aumento de salarios, contrarrestando el efecto del alza de los precios agrícolas internos. Tal no se dio, ya que esa mano de obra no se puede emplear sino en ciertas actividades que exigen poca calificación del trabajo (la construcción civil, por ejemplo), aumentando su incapacidad profesional al mismo ritmo que avanza la modernización tecnológica. En consecuencia, los sectores clave de la economía, como la metalurgia, la industria mecánica, la industria química, no pudieron beneficiarse de un aumento real de la oferta de trabajo, en proporción de la migración interna de mano de obra.

En esas condiciones, las migraciones rurales representaron cada vez más un empeoramiento de los problemas sociales urbanos. Esos problemas se juntaron a los que surgían en el campo, donde cundía la lucha por la posesión de la tierra y se generaban movimientos como el de las Ligas Campesinas. Sin llegar jamás a determinar el sentido de la evolución de

6. Ministerio del Planeamiento y Coordinación Económica del Brasil: **Programa de Ação Econômica do Governo 1964-1966** (síntesis), noviembre de 1964, p. 120-121. A continuación, el documento señala explícitamente: « Si el país no lograr invertir en un futuro próximo la tendencia desfavorable de la capacidad para importar de los últimos años, será tal vez necesario racionar las importaciones más allá del mencionado margen de 30 %, con lo que se comprometería no solamente la tasa de desarrollo económico, sino también la de la producción corriente ».

7. Entre 1950 y 1960, mientras la población urbana creció a casi un 6 % anual y la producción manufacturera al 9 %, el empleo en la industria no presentó un incremento anual mayor de 2,8 %. Véase Celso Furtado: **Dialéctica del desarrollo**, p. 18-19.

la sociedad brasileña, el movimiento campesino, con sus conflictos sangrientos y sus consignas radicales, acabó por convertirse en el telón de fondo donde se proyectó la radicalización de la lucha de clases en las ciudades.

La ruptura de la complementaridad entre la industria y la agricultura, conduciendo al planteamiento de la necesidad de una reforma agraria, determinó, por parte de la burguesía, el deseo de revisión del compromiso de 1937, revisión intentada con el segundo gobierno Vargas (1951-1954), y con los gobiernos Quadros (1961) y Goulart (1963-1964). En realidad, lo que pasaba era que el desarrollo del capitalismo industrial brasileño chocaba con el límite que le imponía la estructura agraria. Al estrellarse contra el otro límite, representado por sus relaciones con el imperialismo, todo el sistema entraría en crisis, la cual no revelaría apenas su verdadera naturaleza, sino que lo impulsaría hacia una nueva etapa de su desenvolvimiento.

La embestida imperialista

En el periodo clave de su desarrollo, es decir entre 1930 y 1950, la industria brasileña se benefició de la crisis mundial del capitalismo, no solamente en virtud de la imposibilidad en que se encontró la economía nacional para satisfacer con importaciones la demanda interna de bienes manufacturados: se benefició, también, porque la crisis le permitió adquirir a bajo precio los equipos necesarios a su implantación y, principalmente, porque ella alivió considerablemente la presión de los capitales extranjeros sobre el campo de inversión representado por el Brasil. Esta situación es común para el conjunto de los países latinoamericanos. Las inversiones directas norteamericanas en América latina, que habían sido del orden de los 3 462 millones de dólares en 1929, bajaron a 2 705 millones en 1940; en 1946, todavía, el monto de esas inversiones es inferior al de 1929, mas, en 1950, alcanza ya un nivel superior, sumando 4 445 millones, para llegar, en 1952, a los 5 443 millones de dólares.

Este cambio de tendencia no se limita al monto de las inversiones, sino que afecta también su estructura. Así, mientras en 1929 solamente 231 millones (menos del 10 % del total) eran invertidos en la industria manufacturera, este sector atraía, en 1950, el 17,5 % (780 millones) y el 21,4 % en 1952 (1 166 millones de dólares). Si tomamos la relación entre la incidencia de las inversiones en el sector agrícola y en la minería, petróleo y manufactura, veremos que la distribución proporcional de 10 % y 45 %, respectivamente, que existía en 1929, pasa a ser, en 1952, de 10 % y de 60 % del total.

En la historia de las relaciones con el imperialismo norteamericano, los primeros años de la década de 1950 constituyen, pues, un *tournant*. Así también para el Brasil. Es cuando la crisis del sistema tradicional de exportación salta a la vista, como señalamos anteriormente. Pero, sobre todo, es cuando se intensifica la penetración directa del capital imperialista

en el sector manufacturero nacional, de tal manera que las inversiones norteamericanas, que habían sido allí de 46 millones de dólares en 1929, de 70 millones en 1940 y de 126 millones en 1946, llegan en 1950 a 284 millones y, en 1952, a 513 millones de dólares, mientras el monto global de esas inversiones, en todos los sectores, pasa de 194 millones en 1929 a 240 en 1940, a 323 millones en 1946, 644 millones en 1950 y 1 013 millones de dólares en 1952⁸.

Esa embestida de los capitales privados de los Estados Unidos es acompañada de un cambio en las relaciones entre el gobierno de ese país y el Brasil. Durante el periodo de la guerra, el gobierno brasileño logrará obtener la ayuda financiera pública norteamericana para proyectos industriales de importancia, como la planta siderúrgica de Volta Redonda, que ha permitido la afirmación efectiva de una industria básica en el país. En la postguerra, una misión norteamericana visita el Brasil, para realizar un levantamiento de sus posibilidades económicas e industriales, publicando su informe en 1949, mientras el gobierno brasileño elabora el Plan SALTE (salud, alimentación, transporte y energía), para el periodo 1949-1954. En 1950, todavía, es creada la Comisión mixta Brasil-Estados Unidos, siendo aprobado por los dos gobiernos un esquema de financiamiento público norteamericano del orden de 500 millones de dólares, para los proyectos destinados a superar los puntos de estrangulamiento en los sectores infraestructurales y de base.

La ejecución de ese esquema de financiamiento es obstaculizada, empero, por el gobierno norteamericano, quien (al suceder —1952— en la presidencia el republicano Eisenhower al demócrata Truman) acaba por negarse a reconocer la obligatoriedad del convenio de ayuda. La táctica era clara: tratábase de imposibilitar a la burguesía brasileña el acceso a recursos que le permitiesen superar con relativa autonomía los puntos de estrangulamiento surgidos en el proceso de industrialización, forzándola a aceptar la participación directa de los capitales privados norteamericanos —los cuales realizaban, como señalamos, una embestida sobre el Brasil. Esa táctica será adoptada, en adelante, de manera sistemática por los Estados Unidos, estando en la raíz del conflicto entre el gobierno Kubitschek y el Fondo Monetario Internacional, que estalla hacia 1958, y de la ulterior oposición entre los gobiernos de Quadros y Goulart y la administración norteamericana.

El mito del desarrollo autónomo

La burguesía brasileña intentará reaccionar contra la presión de los Estados Unidos en tres ocasiones distintas. La primera, en 1953-1954, con el brusco cambio de orientación que se opera en el gobierno de Vargas (quien, despuesto en 1945, regresará al poder como candidato vitorioso de

8. Los datos sobre las inversiones norteamericanas en Latinoamérica y en el Brasil fueron suministrados por el Departamento de Comercio de los Estados Unidos, en su publicación *U.S. Investments in the Latin American Economy*, 1957.

oposición, en 1951). Buscando reforzarse en el plan externo con una aproximación a la Argentina de Perón, Vargas altera su política interna, lanzando un programa desarrollista y nacionalista, que se expresa en el resucitamiento del Plan SALTE (que había quedado inaplicado y vuelve a la escena bajo el nombre de Plan Lafer), en la ley del monopolio estatal del petróleo y el encaminamiento al Congreso de un proyecto que instituía régimen idéntico para la energía eléctrica, en la creación del Fondo Nacional de Electrificación y la elaboración de un programa federal de construcción de carreteras. Una primera reglamentación de la exportación de utilidades del capital extranjero es elaborada, al mismo tiempo que se anuncia una reglamentación más rigurosa, y en que el gobierno envía al Congreso una ley tasando los beneficios extraordinarios. Paralelamente, en pláticas palaciegas, se ventila la intención gubernamental de atacar el problema del latifundio, proponiendo una reforma agraria basada en expropiaciones y el reparto de tierras. Para sostener su política, Vargas decide movilizar al proletariado urbano: el ministro del Trabajo, Joao Goulart, concede un aumento de 100 % sobre los niveles del salario mínimo y llama las organizaciones obreras a respaldar el gobierno.

La tentativa fracasa. Presionado por la derecha, hostilizado por el Partido Comunista y acosado por el imperialismo (principalmente gracias a maniobras bajistas sobre el precio del café, que desencadenan una crisis cambiaria), el exdictador acepta la dimisión de Goulart y, mediante varias concesiones, busca un arreglo con la derecha. Pero la lucha iba ya muy adelantada y el abandono de la política de movilización obrera, expresada por la sustitución de Goulart, sirve tan sólo para entregarlo indefenso a sus enemigos. El 24 de agosto de 1954, virtualmente depuesto, Vargas se suicida, de un tiro en el corazón.

La instrucción 113 de la Superintendencia de la Moneda y del Crédito (actual Banco Central), expedida por el gobierno interino de Café Filho y mantenida por Juscelino Kubitschek (quien asume la presidencia de la república en 1956), consagra la victoria del imperialismo. Creando facilidades excepcionales para el ingreso de los capitales extranjeros, ese instrumento jurídico corresponde a un compromiso entre la burguesía brasileña y los grupos económicos norteamericanos. El flujo de inversiones privadas procedentes de los Estados Unidos alcanzó en menos de 5 años cerca de 2,5 mil millones de dólares, impulsando el proceso de industrialización y aflojando la presión que el deterioro de las exportaciones tradicionales ejercía sobre la capacidad para importar. Observemos que esa penetración de capital imperialista presentó tres características principales: se dirigió, en su casi totalidad, a la industria manufacturera y de base; se procesó bajo la forma de introducción en el país de máquinas y equipos ya obsoletos en los Estados Unidos; y se realizó en gran parte a través de la asociación de compañías norteamericanas a empresas brasileñas.

Hacia 1960, el deterioro constante de las relaciones de intercambio comercial y la tendencia de inversiones extranjeras a declinar, agravados por los movimientos reivindicativos de la clase obrera (en virtud, principal-

mente, de la ya señalada alza de los precios agrícolas internos), agudizan nuevamente las tensiones entre la burguesía brasileña y los monopolios norteamericanos. Janio Quadros, quien sucede a Kubitschek en 1961, intentará evitar la crisis que se acerca. Expresando los intereses de la gran burguesía de Sao Paulo, Quadros practica una política económica de contención de los niveles salariales y de liberalismo, cuyo objetivo es crear de nuevos atractivos a las inversiones, inclusive las extranjeras, al mismo tiempo que plantea la necesidad de reformas de base, sobre todo en el campo. A ello agrega una orientación independiente en la política exterior, que se destina a ampliar el mercado brasileño para las exportaciones tradicionales, diversificar sus fuentes de abastecimiento en materias primas, equipos y créditos, y posibilitar la exportación de productos manufacturados para Africa y Latinoamérica. Basado en el poder de discusión que le daba esa diplomacia, y en una alianza con la Argentina de Frondizi (alianza concretada en el acuerdo de Uruguayana, firmado en abril de 1961), Quadros buscará, también, sin éxito, imponer condiciones en la conferencia de agosto de Punta del Este, en que se consagra el programa de la Alianza para el Progreso y que representa una revisión de la política interamericana.

Como Vargas, Quadros fracasa. La reacción de la derecha, la presión imperialista, la insubordinación militar lo llevan al gesto dramático de la renuncia. Goulart, que le sucede, después que se frustra una maniobra para —pre-nunciando lo que pasaría en 1964— someter el país a la tutela militar, dedicará todo el año de 1962 a restablecer la integridad de sus poderes, que la implantación del parlamentarismo, en 1961, limitara. Para ello, revive en la política nacional el frente único obrero-burgués, de inspiración varguista, respaldado ahora por el Partido Comunista.

Aunque los intentos para restablecer la alianza con la Argentina no produzcan resultados, ni los de substituir esa alianza por la aproximación a México y Chile, la política externa brasileña no sufre, con Goulart, cambios sensibles. Internamente, se agudiza la oposición entre la burguesía, sobre todo sus estratos inferiores, y el imperialismo, llevando a la concreción del monopolio estatal de la energía eléctrica, que Vargas planteara en 1953, y a la reglamentación de la exportación de utilidades de las empresas extranjeras. Sin embargo, en 1963, tras el plebiscito popular que restaura el presidencialismo, el gobierno tendrá que enfrentarse a una disyuntiva insuperable: obtener el respaldo obrero para la política externa y las reformas de base, de interés para la burguesía, y contener, al mismo tiempo, por exigencia de la burguesía, las reivindicaciones salariales. La imposibilidad de solucionar ese problema conduce el gobierno al inmovilismo, el cual acelera la crisis económica, agudiza la lucha de clases y abre, finalmente, las puertas a la intervención militar.

Imperialismo y burguesía nacional

Este examen superficial de las luchas políticas brasileñas en los últimos quince años parece dar razón a la concepción generalmente adoptada por

la corriente mayoritaria de izquierda, relativa a una burguesía desarrollista, antimperialista y antifeudal. La primera cuestión está, sin embargo, en saber lo que se entiende por burguesía nacional. Las vacilaciones de la política interna y, sobre todo, la conciliación con el imperialismo que puso en práctica en el periodo Kubitschek, llevaron a que se hablara de sectores de la burguesía comprometidos con el imperialismo, en oposición a la burguesía propiamente nacional. Para muchos, esta última se identificaría con la burguesía mediana y pequeña, siendo calificados dichos sectores comprometidos como burguesía monopolista, o gran burguesía.

La distinción tiene su razón de ser. Se puede en efecto considerar que las nacionalizaciones, las reformas de base, la política externa independiente han representado para la gran burguesía, es decir para sus sectores económicamente más fuertes, más un instrumento de chantaje, destinado a aumentar su poder de discusión frente al imperialismo, que una estrategia para lograr un desarrollo propiamente autónomo del capitalismo nacional. Inversamente, para la media y la pequeña burguesías (que predominan, sectorialmente, en la industria textil y la industria de refacciones automovilísticas, por ejemplo, y regionalmente en Río Grande del Sur), se trataba efectivamente de limitar, y aun excluir, la participación del imperialismo en la economía brasileña. A esos estratos burgueses más débiles, habría que agregar ciertos grupos industriales de gran dimensión, pero todavía en fase de implantación, favorables por tanto a una política proteccionista, como es el caso de la joven siderurgia de Minas Gerais, en la que se verifica, sin embargo, fuerte incidencia de capitales alemanes y japoneses.

La razón para esa diferencia de actitud entre la gran burguesía y sus estratos inferiores es evidente. Frente a la penetración de los capitales norteamericanos, la primera tenía una opción —la de asociarse a esos capitales— que, más que una opción, era una conveniencia. Es normal que el capital extranjero, ingresando al país principalmente bajo la forma de equipos y técnicas, buscara asociarse a grandes unidades de producción, capaces de absorber una tecnología que, por el hecho de estar obsoleta en los Estados Unidos, no dejaba de ser avanzada para el Brasil. Aceptando esa asociación, y beneficiándose de las fuentes de crédito y de la nueva tecnología que ella acarrea, las grandes empresas nacionales aumentan su plusvalía relativa y su capacidad competitiva en el mercado interno. En estas condiciones, la penetración de capitales norteamericanos significa la absorción y la quiebra de las unidades más débiles, traducéndose en una acelerada concentración de capital, que engendra estructuras de carácter cada vez más monopolístico.

Es lo que explica que hayan sido los estratos inferiores de la burguesía y los grandes grupos (no necesariamente nacionales), todavía incapaces de sostener la competencia con los capitales norteamericanos, los que movieron la verdadera oposición a la política económica liberal de Quadros, que beneficiaba a los monopolios nacionales y extranjeros, y los que impulsaron, en el periodo Goulart, la adopción de medidas restrictivas a

las inversiones externas, tales como la reglamentación de la exportación de utilidades —mientras la gran burguesía de Sao Paulo tendía hacia actitudes mucho más moderadas. Nada de ello impidió que la intensificación de las inversiones norteamericanas, en los años 1950, aumentase desproporcionadamente el peso del sector extranjero en la economía y en la vida política del Brasil. Además de acelerar la transferencia del comando de sectores básicos de producción a grupos norteamericanos y subordinar definitivamente el proceso tecnológico brasileño a los Estados Unidos, eso agrandó la influencia de los monopolios extranjeros en la elaboración de las decisiones políticas y atenuó la ruptura que se había producido entre la agricultura y la industria⁹.

La lucha de clases

Sin embargo, como los hechos demostraron, lo que estaba en juego, para todos los sectores de la burguesía, no era específicamente el desarrollo, ni el imperialismo, sino la tasa de beneficios. En el momento en que los movimientos de masa, pro elevación de los salarios, se acentuaron, la burguesía olvidó sus diferencias internas para hacer frente a la única cuestión que la preocupa de hecho —la reducción de sus ganancias. Eso fue tanto más verdadero cuanto no solamente el alza de los precios agrícolas, que había aparecido a los ojos de la burguesía como un elemento determinante en las reivindicaciones obreras, pasó a segundo plano, en virtud de la autonomía que ganaron tales reivindicaciones, sino también porque el carácter político que éstas asumieron puso en peligro la propia estructura de dominación vigente en el país. A partir del punto en que reivindicaciones populares más amplias se unieron a las demandas obreras, la burguesía —con los ojos puestos en la revolución cubana —abandonó totalmente la idea del frente único de clases y se volcó masivamente en las huestes de la reacción.

Esas reivindicaciones populares amplias, que mencionamos, resultaban en gran parte del dinamismo que ganara el movimiento campesino, mas se explicaban sobre todo por el agravamiento de los problemas de empleo de la población urbana, que acarrearía la modernización tecnológica. Esa modernización, de origen extranjero y exigiendo de la mano de obra una calificación que ésta no tenía, acabó por crear una situación paradójica: mientras aumentaba el desempleo de la mano de obra en general, el mercado de trabajo de la mano de obra calificada se agotaba, constituyéndose en un punto de estrangulamiento, que postulaba todo un programa de formación profesional, es decir tiempo y recursos, para ser superado. La fuerza adquirida por los sindicatos de esos sectores (meta-

9. Principalmente porque las empresas y accionistas extranjeros dependen de las divisas producidas por la exportación para remitir sus ganancias al exterior. Para una ampliación de este punto, véase mi artículo « Contradicciones y conflictos en el Brasil contemporáneo », *Foro Internacional*, México, vol. V, nº 4, abril-junio de 1965.

lurgia, petróleo, industrias mecánicas y químicas) compensó la desventaja que el desempleo creaba para los demás (construcción civil, industria textil), impulsando hacia el alza el conjunto de los salarios.

La solución inmediata al problema, por parte de la burguesía, implicaba la contención coercitiva de los movimientos reivindicatorios y una nueva ola de modernización tecnológica que, aumentando la productividad del trabajo, permitiese reducir la participación de la mano de obra en la producción y por tanto aflojar la presión que la oferta de empleos ejercía sobre el mercado de trabajo calificado. Para la contención salarial, la burguesía necesitaba crear condiciones que no derivaban, evidentemente, del frente obrero-burgués, que el gobierno y el Partido Comunista insistían en proponerle. Para renovar su tecnología, no podía contar con las parcas divisas suplidas por la exportación y, ahora, ni siquiera con el recurso a las inversiones extranjeras.

En efecto, desde 1961, se hace cada vez más sensible la resistencia de los sindicatos a la erosión inflacionaria de los salarios, y se verifica inclusive, por parte de éstos, una ligera tendencia a la recuperación, al mismo tiempo que se acelera, por mediación del mecanismo de los precios, y en virtud de la rigidez de la oferta agrícola, la transferencia de recursos de la industria hacia la agricultura. Los intentos de la burguesía para imponer una estabilización monetaria (1961 y 1963) fracasan. Sus tentativas para accionar en beneficio propio el proceso inflacionario, a través de alzas sucesivas de los precios industriales, apenas ponen ese proceso al galope, en virtud de las respuestas inmediatas que le dan el sector comercial agrícola y las clases asalariadas¹⁰. La elevación consecuente de los costos de producción provoca bajas sucesivas en la tasa de ganancias: las inversiones declinan, no solamente las nacionales, sino también las extranjeras.

Con la recesión de las inversiones extranjeras, cerrábase la puerta para las soluciones de compromiso que la burguesía había aplicado desde 1955, al fracasar su primera tentativa para promover el desarrollo capitalista autónomo del país. La situación que debía enfrentar ahora era aún más grave, puesto que, con el desenvolvimiento de la crisis de la balanza de pagos, el punto de estrangulamiento cambiario se agudizaba, y esto en el momento en que, terminado el plazo de maduración de las inversiones realizadas en la segunda mitad de los 50, los capitales extranjeros presionaban fuertemente para exportar sus utilidades. Así pues la crisis cambiaria se traducía en el deterioro de la capacidad para importar, el cual no solamente no podía ser sorteado mediante el recurso a los capitales extranjeros, sino que era agravado por la acción misma de esos capitales. La consecuencia de la presión de esas tenazas sobre la economía nacional era, por la primera vez desde los años 30, una verdadera crisis industrial.

En realidad, lo que se encontraba puesto en jaque era todo el sistema

10. Según indica el Ministerio del Planeamiento del Brasil, en la obra citada, la tasa de inflación se aceleró en 1959, pasando del promedio anual de 20 % que presentara entre 1951-1958 a 52 %. Después de atenuarse en 1960, aumentó progresivamente hasta alcanzar el 81 % en 1963.

capitalista brasileño. La burguesía —grande, mediana, pequeña— lo comprendió y, olvidando sus pretensiones autárquicas, así como la pretensión de mejorar su participación frente al socio mayor norteamericano, preocupó únicamente con salvar el propio sistema. Y fue como llegó al régimen militar, implantado en 1 de abril de 1964.

La integración imperialista

La dictadura militar aparece así como la consecuencia inevitable del desarrollo capitalista brasileño y como un intento desesperado para abrirle nuevas perspectivas de desenvolvimiento. Su aspecto más evidente ha sido la contención por la fuerza del movimiento reivindicativo de las masas. Interviniendo en los sindicatos y demás órganos de clase, disolviendo las agrupaciones políticas de izquierda y acallando su prensa, encarcelando y asesinando líderes obreros y campesinos, promulgando una ley de huelga que obstaculiza el ejercicio de ese derecho laboral, la dictadura logró promover, por el terror, un nuevo equilibrio entre las fuerzas productivas. Se bajaron normas fijando límites a los reajustes salariales y reglamentando rigidamente las negociaciones colectivas entre sindicatos y empresarios, que acarrearón una reducción sensible en el valor real de los salarios¹¹.

Para efectuar esa política antipopular, fue necesario reforzar la coalición de las clases dominantes. Desde este punto de vista, la dictadura correspondió a una ratificación del compromiso de 1937, entre la burguesía y la oligarquía latifundista-mercantil. Esto quedó claro al renunciar la burguesía a una reforma agraria efectiva, que hiriese el régimen actual de la propiedad de la tierra. La reforma agraria aprobada por el gobierno militar se ha limitado al intento de crear mejores condiciones para el desarrollo agrícola, mediante la concentración de las inversiones y la formación de fondos para la asistencia técnica, dejando las expropiaciones para los casos críticos de conflicto por la posesión de la tierra. Trátase, en suma, de intensificar en el campo el proceso de capitalización, lo que, además de exigir un plazo largo, no pudo realizarse en larga escala, en virtud de la recesión global de las inversiones.

Es necesario empero tener en vista que no fue la necesidad de respaldo político del latifundio la única causa de esta situación. La contención salarial resta, por un lado, el carácter agudo que tenía para la burguesía la alza de los precios agrícolas, puesto que éstos ya no pueden repercutir normalmente sobre el costo de la producción industrial. Por otra parte, la dictadura militar pasó a ejercer una estrecha vigilancia sobre el comportamiento de los precios agrícolas, manteniéndolos coercitivamente en un nivel tolerable para la industria. Finalmente, la razón determinante para el restable-

11. Tomando como base el índice oficial del costo de la vida, el Departamento Intersindical de Estadísticas y Estudios Socioeconómicos (DIEESE), de Sao Paulo, demostró que, en los dos primeros años del régimen militar, y frente a alzas del costo de la vida de 86 % y 45,5 % respectivamente, los salarios aumentaron sólo en 83 % en 1964 y 40 % en 1965. En este último año, la reducción del poder adquisitivo real del salario obrero fue del orden del 15,3 %.

cimiento integral de la alianza de 1937 es el desinterés relativo de la gran burguesía en cuanto a una dinamización efectiva del mercado interno brasileño. Volveremos luego a este punto.

Otro aspecto de la actuación desenvuelta por la dictadura militar consistió en la creación de estímulos y atractivos a las inversiones extranjeras, principalmente de los Estados Unidos. Mediante la revocación de limitaciones a la acción del capital extranjero, como las que se establecían en la ley de exportación de utilidades, la concesión de privilegios a ciertos grupos, como pasó con la Hanna Corporation, la firma de un acuerdo de garantías a las inversiones norteamericanas, se trató de atraer al país esos capitales. Simultáneamente, conteniendo el crédito a la producción (que lleva a las empresas a buscar el sostén del capital extranjero o ir a la quiebra, cuando no son compradas a bajo precio por los grupos internacionales); estimulando la llamada « democratización del capital » (lo que implica, en la fase de depresión, facilitar al único sector fuerte de la economía, el extranjero, el acceso a por lo menos parte del control de las empresas); creando fondos estatales o privados de financiamiento, basados en empréstitos externos; tributando fuertemente la hoja de salarios de las empresas (lo que las obliga a renovar su tecnología a fin de reducir la participación del trabajo y, pues, buscar la asociación con capitales extranjeros); el gobierno militar promueve la integración acelerada de la industria nacional a la norteamericana. El instrumento principal para alcanzar este objetivo fue el « plan de acción económica del gobierno », elaborado por Roberto Campos, exembajador en Wáshington y ministro del Plan del gobierno de Castelo Branco, para el periodo 1964-1966. Para atraer a los inversionistas extranjeros, sin embargo, el argumento principal que esgrimió el gobierno fue la baja de los costos de producción en el país, obtenida por la contención de las reivindicaciones de la clase obrera.

La política de integración al imperialismo tiene un doble efecto: aumentar la capacidad productiva de la industria, gracias al impulso que da a las inversiones y a la racionalización tecnológica; y, en virtud de esta última, acelerar el descompás existente entre el crecimiento industrial y la creación de empleos por la industria. No se trata, como vimos, apenas de reducir la oferta de empleos para los nuevos contingentes que llegan anualmente, en la proporción de un millón, al mercado de trabajo: implica también la reducción de la participación de la mano de obra ya en actividad, aumentando fuertemente la incidencia del desempleo.

La integración imperialista subraya, pues, la tendencia del capitalismo industrial brasileño a no crear mercados en la proporción de su desarrollo y, más aún, a restringir tales mercados, en términos relativos. Trátase de una agudización de la ley general de acumulación capitalista, es decir la absolutización de la tendencia al pauperismo, que lleva al estrangulamiento de la propia capacidad productiva del sistema, ya evidenciada por los altos índices de « capacidad ociosa » verificados en la industria brasileña aún en su fase de mayor expansión. La marcha de esa contradicción funda-

mental del capitalismo brasileño lo lleva a la más total irracionalidad, es decir expandir la producción, restringiendo cada vez más la posibilidad de crear para ella un mercado nacional, comprimiendo los niveles internos de consumo y aumentando constantemente el ejército industrial de reserva.

La emergencia del subimperialismo

Esta contradicción no es propia del capitalismo brasileño, sino que es común al capitalismo en general. En los países capitalistas centrales, sin embargo, su incidencia ha sido contrarrestada de dos maneras: por el ajuste de su proceso tecnológico a las condiciones propias de su mercado de trabajo¹² y por la incorporación de mercados externos (entre ellos, el mismo Brasil) a sus economías. La irracionalidad del desarrollo capitalista en Brasil deriva precisamente de la imposibilidad en que se encuentra para controlar su proceso tecnológico, ya que la tecnología es para él un producto de importación, estando su incorporación condicionada por factores aleatorios como la posición de la balanza comercial y los movimientos externos de capital; y de las circunstancias particulares que el país debe enfrentar para, repitiendo lo que hicieron los sistemas más antiguos, buscar en el exterior la solución para el problema del mercado.

Prácticamente, esto se traduce, en primer lugar, en el impulso de la economía brasileña hacia el exterior, en el afán de compensar con la conquista de mercados ya formados, principalmente en Latinoamérica, su incapacidad para ampliar el mercado interno¹³. Esta forma de imperialismo conduce, sin embargo, a un subimperialismo. En efecto, no es posible a la burguesía brasileña competir en mercados ya repartidos por los monopolios norteamericanos —y el fracaso de la política externa independiente, de Quadros y Goulart, lo demuestra. Por otra parte, esa burguesía depende para el desarrollo de su industria de una tecnología cuya elaboración es privativa de dichos monopolios. No le queda pues sino la alternativa de ofrecer a éstos una sociedad en el proceso mismo de producción en el Brasil, argumentando con las extraordinarias posibilidades de ganancias que la contención coercitiva del nivel salarial de la clase obrera contribuye a crear.

En el campo de la política exterior, el subimperialismo encontró su expresión ideológica en la doctrina de la « interdependencia continental » o de las « fronteras ideológicas », que sustituyó a partir de 1964 la orientación independiente que había asumido la diplomacia brasileña. Elaborada por el general Golberi do Couto e Silva, graduado por la Escuela norteameri-

12. Este tema, ampliamente desarrollado ya por Marx, recibe una exposición novedosa por parte de Celso Furtado, en la parte I de su *Dialéctica del desarrollo*.

13. Tomando 1962 como año base, los índices de exportación de productos manufacturados brasileños fueron de 102 en 1963, 152 en 1964, 317 en 1965 y 272 en 1966. Datos suministrados por *Desenvolvimento & Conjuntura*, Río, diciembre de 1966, p. 10. Se considera apenas, para el cálculo, el periodo enero-agosto.

cana de Fort Benning y jefe del Servicio Nacional de Informaciones (SNI), durante el gobierno de Castelo Branco, esa doctrina establece que, por razones geopolíticas, que lo vincularían estrechamente a los Estados Unidos, el Brasil « debe aceptar conscientemente la misión de asociarse a la política de los Estados Unidos en el Atlántico sur ». La contrapartida de esa « elección consciente » sería el reconocimiento norteamericano de que « el casi monopolio de dominio en aquella área debe de ser ejercido por el Brasil exclusivamente »¹⁴.

El capitalismo brasileño se ha orientado, así, hacia un desarrollo monstruoso, puesto que llega a la etapa imperialista antes de haber logrado el cambio global de la economía nacional (no completó siquiera su industrialización con la formación integral de una industria pesada) y en una situación de dependencia creciente frente al imperialismo internacional. La consecuencia más importante de este hecho es que, al revés de lo que pasa con las economías capitalistas centrales, el subimperialismo brasileño no puede convertir la expoliación, que pretende realizar en el exterior, en un factor de elevación del nivel de vida interno, capaz de amortiguar el ímpetu de la lucha de clases. Tiene, al contrario, por la necesidad que experimenta de proporcionar un sobrelucro a su socio mayor norteamericano, que agravar violentamente la explotación del trabajo en el marco de la economía nacional, en el esfuerzo para reducir sus costos de producción.

Trátase, en fin, de un sistema que ya no es capaz de atender a las aspiraciones de progreso material y de libertad política, que movilizan hoy a las masas brasileñas. Inversamente, tiende a subrayar sus aspectos más irracionales, encauzando cantidades crecientes del excedente económico hacia el sector improductivo de la industria bélica y aumentando, por la necesidad de absorber parte de la mano de obra desempleada, sus efectivos militares¹⁵. No crea, de esta manera, tan sólo las premisas para su expansión hacia el exterior: refuerza también internamente el militarismo, destinado a afianzar la dictadura abierta de clase que la burguesía se ha visto en la contingencia de implantar.

14. Golberi do Couto e Silva: **Aspectos geopolíticos do Brasil**, Río, 1957. Sobre la política exterior del régimen militar, véase mi artículo « Brazilian « Interdependence » and imperialist integration », en *Monthly Review*, New York, diciembre de 1965.

15. La decisión de fabricar armas de diversos tipos, municiones y vehículos de guerra, inclusive aviones, fue manifestada públicamente por el industrial Vitorio Ferraz, presidente de la Comisión de Movilización Industrial de las Industrias del Estado de Sao Paulo. Esas comisiones fueron creadas por el gobierno militar en las áreas más industrializadas del país (Sao Paulo, Guanabara y Minas Gerais), con asesoría directa de las Fuerzas Armadas. En declaraciones al periódico *Correio da Manhã* (9-1-1966), dijo Ferraz, quién regresaba de los Estados Unidos, donde mantuviera entrevistas con miembros de la industria norteamericana y del Pentágono, que la producción bélica brasileña se debía a que « las fábricas estadounidenses no están produciendo con su capacidad total, porque existen disposiciones legales que permiten únicamente la producción máxima de material bélico en caso de guerra declarada ». Y añadió: « Colaborando en el exterminio del Vietcong, [el Brasil] aprovechará la capacidad ociosa de sus fábricas y dará lugar a la creación de 180 000 nuevos empleos. Simultáneamente —concluyó— combatiremos al comunismo y nuestros problemas

Revolución y lucha de clases

En esta perspectiva se ha de determinar el verdadero carácter de la revolución brasileña. Por supuesto, nos referimos aquí a un proceso venidero, ya que hablar de él como de algo existente, en la fase contrarrevolucionaria que atraviesa el país, no tiene sentido. Identificar esa revolución con el desarrollo capitalista es una falacia, similar a la imagen de una burguesía antimperialista y antifeudal. El desarrollo industrial capitalista fue, en realidad, lo que prolongó en el Brasil la vida del viejo sistema semicolonial de exportación. Su desenvolvimiento, al revés de liberar el país del imperialismo, lo vinculó a éste aún más estrechamente, y acabó por conducirlo a la presente etapa subimperialista, que corresponde a la imposibilidad definitiva de un desarrollo capitalista autónomo en el Brasil.

La noción de una «burguesía nacional» de pequeño porte, capaz de realizar las tareas que la burguesía monopolista no llevó a cabo, no resiste a su vez al menor análisis. No se trata solamente de señalar que los intereses primarios de esos estratos burgueses son los de cualquier burguesía, es decir la preservación del sistema contra toda amenaza proletaria, como lo demostró su respaldo al golpe militar de 1964. Trátase, principalmente, de ver que la actuación política de la llamada «burguesía nacional» expresa su rezago económico y tecnológico y corresponde a una posición reaccionaria, aún en relación al desarrollo capitalista.

El motor de ese desarrollo está constituido, sin lugar a dudas, por la industria de bienes intermedios y de equipos, es decir aquel sector donde reina soberana la burguesía monopolista, asociada a los grupos extranjeros. Son las necesidades propias de tal sector las que impulsaron el capitalismo brasileño hacia la etapa subimperialista, único camino encontrado por el sistema para seguir con su desenvolvimiento. A esta alternativa, la «burguesía nacional» nada tiene a contraponer, sino una demagogia nacionalista y populista, que apenas encubre su incapacidad para hacer frente a los problemas planteados por el desarrollo económico.

La prueba de ello está en que, a pesar de la fuerza que los sectores medios y pequeños de la burguesía disfrutaron en el período Goulart, gracias a que sus representantes ideológicos ocupaban la mayoría de los

de desocupación». La información periodística enlistaba 6 industrias de telecomunicaciones (Telefunken, Delta, Motorola, Ar Eletrônica, Philips e Invelson) y 4 de municiones (Parque de Aeronáutica de Sao Paulo; Fabrica de Artillería de la Marina, en Río; Arsenal de la Marina, en Río; y la Compañía Brasileña de Cartuchos) como siendo las que deberían comenzar sus exportaciones en el plazo de 6 meses. Posteriormente, Brasil montó, con asistencia técnica norteamericana, una fábrica de aviones militares ligeros, en el Noreste del país. Y, recientemente, cuando se acusó al gobierno brasileño de integrarse a la corrida armamentista latinoamericana, el entonces canciller, Juracy Magalhaes, declaró a la prensa que eso era inverídico, por la razón sencilla de que el Brasil estaba desarrollando su propia industria bélica, para atender a sus necesidades y, si necesario, a las de otros países latinoamericanos.

puestos oficiales, no lograron encontrar una salida para la crisis económica que se avecinaba. Al contrario, a medida en que la marcha de la crisis se traducía en el incremento de las reivindicaciones populares y en la radicalización política, esos sectores se sumergieron en la perplejidad y el pánico, hasta el punto de entregar, sin resistencia, a la burguesía monopolista el liderazgo de que disponían.

La política subimperialista de la gran burguesía, tratando de compensar la caída de las ventas internas con la expansión exterior, no ha podido, sin embargo, aprovechar a la llamada « burguesía nacional », la cual, en medio de quiebras y falencias, se vio empujada a una situación desesperada. Aprovechándose de las dificultades encontradas para la ejecución de la política subimperialista (dificultades determinadas en gran parte por el esfuerzo de guerra norteamericano en Vietnam y la recesión argentina, agravada por el golpe militar de 1966), esta burguesía maniobra hoy para introducir modificaciones en la política económica del gobierno, que alivien su situación. Tales modificaciones se cifran, principalmente, en una liberalización en el crédito oficial, lo que, si se realizase sin una correspondiente liberalización de los salarios, agravaría aún más la explotación de la clase obrera; y, si se completara con la liberalización salarial, restauraría el **impasse** de 1963, que condujo a la implantación de la dictadura militar.

Es evidente, pues, que la búsqueda de soluciones intermedias, basadas en los intereses de los sectores burgueses más débiles, o resulta impracticable, o es susceptible de conducir, en plazo más o menos corto, la clase obrera y demás grupos asalariados a una situación peor que la en que se encuentran. Hay que recelar que esto no sería posible sin un endurecimiento todavía mayor de los aparatos de represión, y un agravamiento del carácter parasitario que tienden a asumir esos sectores burgueses en relación al Estado. En otras palabras, una política económica pequeña burguesa, en las condiciones vigentes en el Brasil, exigiría muy probablemente la implantación de un verdadero régimen fascista en el país.

En cualquier caso, sin embargo, no se estaría dando solución al problema del desarrollo económico, que no puede ser logrado, como pretende la « burguesía nacional », obstaculizando la incorporación del progreso tecnológico extranjero y estructurando la economía con base en unidades de baja capacidad productiva. Para las masas populares, el problema está, inversamente, en obtener una organización económica que no sólo admita la incorporación del progreso tecnológico y la concentración de las unidades productivas, sino que las aceleren, sin que ello implique agravar la explotación del trabajo en el marco nacional e internacional y subordinar definitivamente la economía brasileña al imperialismo. Todo está en lograr una organización de la producción que permita el pleno aprovechamiento del excedente creado, vale decir que aumente la capacidad de producción y de consumo, dentro del sistema, elevando los niveles de empleo y de salario. Como esto no es posible en el marco del sistema capitalista, no queda al pueblo brasileño sino un camino: el ejercicio de una política obrera, de lucha por el socialismo.

A los que niegan a la clase obrera del Brasil la madurez necesaria para ello, el análisis de la dialéctica del desarrollo capitalista en el país ofrece rotunda respuesta. Han sido, en efecto, las masas trabajadoras quienes, con su movimiento propio, e independiente de las consignas reformistas que recibían de sus directivas, hicieron las articulaciones del sistema y determinaron sus límites. Llevando en adelante sus reivindicaciones económicas, que repercutieron en los costos de producción industrial, y atrayéndose la solidaridad de las clases explotadas en un vasto movimiento político, el proletariado agudizó la contradicción surgida entre la burguesía y la oligarquía terrateniente-mercantil e impidió a la primera el recurso a las inversiones extranjeras, forzándola a buscar el camino del desarrollo autónomo. Si al final la política burguesa condujo a una capitulación y, más que eso, a la reacción, es porque, en verdad, ya no existe para la burguesía la posibilidad de conducir la sociedad brasileña hacia formas superiores de organización y de progreso material.

El verdadero estado de guerra civil implantado en el Brasil por las clases dominantes, del cual la dictadura militar es la expresión, no puede ser sorteado mediante fórmulas de compromiso con algunos estratos burgueses. La inanidad de esos compromisos, frente a la marcha implacable de las contradicciones que plantea el desarrollo del sistema, impulsa necesariamente la clase obrera a las trincheras de la revolución. Por otra parte, el carácter internacional que la burguesía subimperialista pretende imprimir a su explotación, identifica la lucha de clase del proletariado brasileño con la guerra antimperialista que se libra en el continente.

Más que una redemocratización y una renacionalización, el contenido de la sociedad que surgirá de ese proceso será el de una democracia y de una economía nuevas, abiertas a la participación de las masas y vueltas hacia la satisfacción de sus necesidades. En ese marco, los estratos inferiores de la burguesía, encontrarán, si quieren, y con carácter transitorio, un papel a desempeñar. Crear ese marco y dirigir su evolución es, sin embargo, una tarea que ningún reformismo podrá sustraer a la iniciativa de los trabajadores.

CUADERNOS AMERICANOS

Ofrecemos las siguientes obras

Dólares

Hispanoamérica en lucha por su independencia por varios autores	2,—
Trayectoria ideológica de la revolución mexicana por Jesús Silva Herzog	1,20
La reforma agraria en México por Emilio Romero Espinosa	1,20
El drama de la América latina. El caso de México por Fernando Carmona	2,50
Guatemala, prólogo y epílogo de una revolución por Fedro Guillén	0,80
El panamericanismo. De la Doctrina Monroe a la Doctrina Johnson por Alonso Aguilar Monteverde	1,—
Historia de la expropiación de la empresas petroleras por Jesús Silva Herzog	1,50

A los precios anteriores se agregará el coste del porte postal

Representantes exclusivos en Europa

Editions Ruedo ibérico

5, rue Aubriot, Paris 4

Ayuntamiento de Madrid

Sólo
celeb
a es
lleva
a un
de ei
más
y sui
de pi
entre
duran
escer
libros
aspec
algun
vida
cump
contr
y poli
frecu
legitir
compi
tolera
la ma
haitia
el no
largo
como
su au
• negr
y obs
mirad
humar
• negr
ción
sociec
métod
y sus
Haití,
fascis
víctim
jadore
propio
ha sei
intelec
tenebr
ideas.
Price-

René Depestre

Jean Price-Mars, el mito del Orfeo negro o las aventuras de la negritud *

Sólo faltan nueve años para que Jean Price-Mars celebre su centenario. Todo hace creer que llegará a esta edad venerable pues con sus 91 años que lleva con gracia y vigor, ha añadido un nuevo libro a una obra comenzada durante los primeros años de este siglo. Si Price-Mars es el intelectual haitiano más conocido, es también el más discutido. Su obra y sus actividades han suscitado la mayor cantidad de polémicas. Y es que existe un profundo divorcio entre lo que Price-Mars ha escrito y lo que ha hecho durante más de medio siglo de presencia en el escenario político e ideológico de Haití. En sus libros, frecuentemente se ha manifestado bajo el aspecto de un espíritu abierto, generoso, liberal y algunas veces hasta progresista, mientras que en su vida cívica es el hombre que desde 1903, llamado a cumplir puestos responsables, jamás ha protestado contra los sonados escándalos de la vida económica y política de su país. Puede decirse que con la mayor frecuencia ha ejercido sus responsabilidades y su legitimidad de sociólogo de talento ante un espejo complaciente. Director de ideas y de opiniones, ha tolerado que discípulos sin fe ni ley interpreten de la manera más absurda sus teorías. Principal iniciador haitiano del movimiento de ideas que debería tomar el nombre de «negritud», Price-Mars jamás, a lo largo de los años, ha desautorizado a aquellos que, como el tirano François Duvalier, se han servido de su autoridad intelectual para utilizar el concepto de «negritud» con fines escandalosamente demagógicos y obscurantistas. En la actualidad, basta lanzar una mirada sobre la extrema aflicción de la condición humana en Haití para ver hasta qué punto la «negritud» de Duvalier es una delirante mistificación en la que las capas más reaccionarias de la sociedad haitiana han encontrado su ideología y sus métodos de acción. La «negritud», como Duvalier y sus cómplices la aplican desde hace diez años en Haití, no es otra cosa que una forma antillana del fascismo, un neorracismo totalitario cuyas principales víctimas son los millones de campesinos y de trabajadores negros de Haití. Esto es tan cierto que el propio Jean Price-Mars, llegado al final de su vida, ha sentido la necesidad, en un acceso de probidad intelectual y de valor moral, de protestar contra la tenebrosa utilización que Duvalier ha hecho de sus ideas. Esta tardía toma de posición le ha valido a Price-Mars el ser a su vez perseguido por Duvalier:

durante un registro policiaco, los «tontons-macoutes» saquearon su biblioteca y se llevaron sus manuscritos inéditos. De este modo, treinta y nueve años después de la aparición de ese libro, la «negritud» de Price-Mars vuelve a él como un boomerang que ensombrece los últimos días de su larga existencia.

Jean Price-Mars nació en 1876 en el pueblo del Gran Río del Norte. Sus padres eran gente sencilla, honrada, inclinados a buscar en la Biblia los elementos de una moral de la vida cotidiana. Muy pronto perdió a su madre, y fue su padre quien se ocupó de su primera educación. Hizo sus estudios primarios en el colegio «Gregoire» de Cabo Haitiano. Después se trasladó a Puerto Príncipe, la capital del país, donde en 1895 obtuvo en el Liceo Petion su diploma de bachiller. Ese mismo año, como beneficiario de una beca del Estado haitiano, fue a París para emprender estudios de medicina. Pero cinco años después, habiendo sido suprimida la beca, tuvo que regresar a Haití dejando inconcluso sus estudios. No fue sino hasta 1923 que pudo hacer su doctorado en la Facultad de Medicina de Puerto Príncipe. Pero a partir de 1903 comienza para Price-Mars una carrera de diplomático que debería durar más de medio siglo. Secretario de Embajada en Berlín a los 27 años, todavía ocupaba el cargo de Embajador en París a los 85 años. Cumplió misiones en los Estados Unidos y en varios otros países. También ha representado a Haití en las Naciones Unidas y en un gran número de encuentros internacionales de carácter político o científico. Candidato a la presidencia en 1930, fue vencido por Stenio Vincent, pero fue elegido senador. Echado del Senado en 1932, conoció años de retiro estudianto, antes de reaparecer en el escenario político en la década de 1940. En 1941, cuando Jacques Roumain fundó el Buró de Etnología, Price-Mars fue encargado de la dirección de este organismo que, de acuerdo con el espíritu revolucionario de Roumain, estaba llamado a estudiar desde un punto de vista estrictamente científico el pasado del pueblo haitiano y los diversos factores históricos que han condicionado el desarrollo cultural de la

1. Prólogo a *Así habló el Tío*, obra del famoso sociólogo haitiano Jean Price-Mars, en proceso de edición por la Casa de las Américas.

nación. Pero después de la muerte prematura de Jacques Roumain en 1944, Price-Mars, llamado a cumplir otras funciones, dejó el Instituto de Etnología bajo el control absoluto de Lorimer Denis y de François Duvalier, quienes lo desviaron de su misión científica e hicieron de él rápidamente el centro de difusión de sus divagaciones ideológicas. En 1957, Price-Mars presidió en la Sorbona los trabajos del Primer Congreso de Escritores y Artistas Negros. Presidió también el II Congreso que tuvo lugar en Roma del 26 de marzo al 10 de abril de 1959. Elegido presidente de la « Sociedad Africana de Cultura », es considerado por sus admiradores como « uno de los padres de la negritud en el mundo negro ».

En 1928, Jean Price-Mars reunió bajo el título de *Así habló el Tío*, los textos de las conferencias que había pronunciado a partir de 1920, en plena ocupación militar del país por los tropas de la infantería de marina de los Estados Unidos de Norte América. El libro tuvo una enorme resonancia sobre las generaciones de intelectuales que entonces despuntaban, pues las invitaba a desembarazarse de « prejuicios que los ataban y lo constreñían a las imitaciones triviales del extranjero ». Les proponía utilizar « materiales que están a su alcance, a fin de que de sus obras se desprenda, al mismo tiempo que un gran soplo humano, ese perfume áspero y cálido de nuestro terruño, la luminosidad asombrosa de nuestro cielo y ese yo no sé qué de confiado, de cándido y de enfático que es una de las características particulares de nuestra raza ». Así habló el Tío fue recibido con entusiasmo como la mejor defensa y la mejor ilustración de la cultura nacional haitiana que haya sido nunca antes intentada por un intelectual del país. El libro llegaba en el momento en que los jóvenes haitianos que entonces tenían talento sentían, bajo la odiosa ocupación extranjera, la necesidad de romper definitivamente con la imitación estéril de las corrientes estéticas importadas de París y de correr los riesgos y peligros de la gran aventura de una literatura y de un arte estrechamente articulados a las realidades y a los sueños de Haití. Por esa misma época, Normil Sylvain, uno de los nuevos talentos del país, hablaba de despertar en nuestros intelectuales el « gusto por la cultura nacional » y justificaba esa preocupación por el hecho de que « llegados después de siglos de literatura francesa, con la cabeza pesada, los oídos llenos de música escuchada, deban olvidarse las cadencias conocidas y sabias, las imágenes recibidas de los otros, leer en el libro de la naturaleza y descubrir el mundo con nuestros ojos ». En *Así habló el Tío*, Jean Price-Mars, atropellando con fuerza los prejuicios y los tabús de la mediocre burguesía haitiana, osó descubrir Haití, el pueblo haitiano y su folklore, el vudú y su compleja mitología, con ojos nuevos e inteligentes. He ahí el verdadero mérito del libro, y es sin duda ello que hace su valor científico y

literario y lo que aún lo hace digno de ser conocido fuera de nuestro país. Realizó brillantemente el primer inventario coherente de la herencia africana de Haití. Abrió el camino a numerosas investigaciones científicas, cuyo objeto deberían ser el vudú y el folklore haitianos. También tenía la gran virtud de proponer una nueva articulación de la expresión literaria y artística a las singularidades de la vida haitiana. Este esfuerzo de enraizamiento del pensamiento y del arte en nuestra realidad nacional, eran tanto más necesarios cuanto que los miembros de la oligarquía haitiana, en su mayoría arrodillados a los pies del ocupante yanqui, manifestaban el más profundo disgusto respecto a todo lo que en Haití lleva la marca indiscutible de la civilización africana. Contra toda verosimilitud, los burgueses haitianos, sobre todo cuando eran mulatos, no cesaban de presentar a Haití como no se sabe qué « faro de la latinidad en América » y se dedicaban a una cacería cultural furtiva, cosmopolita e incolora, en los vagos dominios de las culturas dominantes del terrible occidente cristiano...

Sin embargo esta obra de Price-Mars, si bien esclarecía admirablemente los orígenes y las tradiciones africanas del pueblo haitiano, olvidaba estudiar nuestros problemas sociales y culturales en sus relaciones estrechas con el desarrollo de una sociedad diferenciada por la lucha de nuevas clases surgidas de la revolución que libera a Haití en 1804 después de más de doce años de acciones armadas contra el poder colonial francés. Price-Mars también perdió de vista el hecho de que el aporte africano mestizó en contacto con los elementos culturales dejados por la colonización francesa, integrado a una base económica nueva, removido por un largo proceso nacional, había dotado al pueblo haitiano de una formación psíquica, muy distinta, en sus rasgos esenciales, tanto de la cultura africana como de la francesa. Por no haber diferenciado claramente este fenómeno de mestizaje cultural, que también se manifiesta en el vudú, Price-Mars ha hecho posible las extrapolaciones extravagantes, las interpretaciones fantasiosas, las contorsiones ideológicas, a las que se han dedicado después en Haití los malos lectores de *Así habló el Tío*, como Duvalier y los otros defensores de la negritud totalitaria. De este libro rico en observaciones a menudo justas, de análisis prudentes y sinceros, de observaciones pertinentes concernientes a la psicología del pueblo haitiano, ellos deducirían a toda prisa que es el factor étnico, racial, lo que fundamenta el carácter nacional de una cultura, y no las condiciones de desarrollo histórico propias a cada país. He ahí el carácter mistificador del concepto de la « negritud » cuando niega la evidencia de la lucha de clases y de la diversidad de condiciones materiales de evolución, y considera la sensibilidad creadora de los pueblos negros como un bloque cultural homogéneo e intercambiable en sus manifestaciones...

taciones expresivas. Esto es descuidar la importancia de las nuevas relaciones de clase que después de la trata y de la abolición de la esclavitud, se constituyeron en Haití y en los otros países de América de formación multirracia. La herencia africana, tras una larga cohabitación con elementos culturales venidos de Europa, sumergida en una vida económica nueva, ha desembocado en una formación psíquica, en particularidades psicológicas, en formas de alienación, en estados de conciencia distintos en sus características y en sus contenidos de África a la vez que de Europa. A pesar de su cuna común (África-Europa), las culturas de Haití, de Cuba, del Brasil, de la Guadalupe y de otros pueblos del Caribe, presentan características nacionales propias, en razón de su constitución histórica sobre territorios diferentes, en el seno de una vida económica y social que responde a factores no menos específicos. Para ser efectiva, y homogénea, la comunidad de cultura supone comunidad de territorio, de idioma, de vida económica y de formación psíquica. Esto no contradice, sin embargo, la existencia de numerosos rasgos comunes en el fondo de la psicología de diversos pueblos de América cuya cultura nacional participa de la doble herencia africana y europea. Y entre estos rasgos, sin duda el más evidente y el más decisivo es el proceso de mestizaje cultural, al cual ha sido sometida durante largo tiempo la formación de nuestras respectivas culturas nacionales: es la existencia, en la historia de nuestras diversas y singulares culturas, de un proceso de elaboración sincrética de elementos europeos, africanos e indios. Los errores que frecuentemente se cometen cuando se trata de apreciar en su justo valor diversos aportes europeos, africanos e indios, habitualmente son el resultado de una falsa interpretación del conjunto de la cuestión nacional en un país subdesarrollado, de una incompreensión de las relaciones dialécticas e internas que existen entre los numerosos índices y factores que definen la

categoría histórica que es la nación. Pues es evidente que no es el hecho de pertenecer a una misma raza, ni el color de la piel, la forma de la nariz o el espesor de los labios, ni el desenraizamiento brutal, la « diáspora » consecutiva a la trata, lo que determina el carácter nacional de una cultura, sino las condiciones concretas de vida, las condiciones de desarrollo histórico propias de cada pueblo. En Haití, África manifiesta su presencia a través de un conjunto de percepciones, de representaciones, de reflejos, de particularidades psicológicas, de formas de alienación religiosa, de experiencias de trabajo, de tradiciones orales, de ritmos de danzas y de canciones que se traducen en el vudú, en el arte-sanado, en el cultivo de la tierra, en el folklore, en la estructura de la lengua que habla el pueblo haitiano (el créole) y en otras manifestaciones de la sensibilidad y de la vida psíquica del pueblo, que son el resultado de un largo proceso de mestizaje y de sincretismo culturales. África en primer término, Europa después, están presentes en la conciencia social y en las costumbres del pueblo haitiano como la expresión mestiza, sincrética, en perpetuo cambio, de las diversas condiciones de existencia social que los haitianos han conocido antes de la trata, durante la época trágica de la esclavitud y bajo el régimen semifeudal y semicolonial producto de la revolución de 1804. Así, sería un grave error en cuanto a Haití se refiere (al igual que en cuanto se refiere a los otros países que participan de una doble herencia cultural) considerar separadamente, aisladamente, la « cultura africana » o la « cultura francesa » o también la « cultura india ». Y es un error mucho más grave aún hablar de « cultura negra » o de « cultura blanca », o de otras categorías fantasmagóricas, insabibles, mistificadoras que aparecen en aquellos que, debido a su idealismo filosófico o a su egoísmo de clase, separan la evolución de las ideas del desarrollo económico y social propio de cada pueblo.

La negritud en el poder en Haití *

En Haití, toda una escuela de pseudosociólogos que se ha titulado pomposamente « Escuela Histórico Cultural Les Griots »¹ se ha dedicado a esta empresa de mistificación ideológica. Los hombres de esta siniestra « escuela », François Duvalier y los otros « tontons-macoutes » del espíritu que congestionan la Facultad de Etnología de Haití, siempre han saludado

* Texto ampliado de la intervención de René Depestre en el Congreso Cultural de La Habana, enero de 1968.

1. La palabra griot indica en África Occidental al trovador encargado tradicionalmente de la difusión de las canciones, de los poemas y de los cuentos populares.

en Price-Mars a su maestro en el pensar, su guía espiritual, su mentor intelectual, y siempre han considerado a **Así habló el Tío** como el primer manifiesto de su «negritud», el punto de partida de su concepción del poder, de su ideología política y de sus métodos terroristas de acción.

«El eje de nuestra acción, escribían Duvalier y Lorimer Denis, ha estado constantemente orientado en el sentido de una detección metódica de los elementos biopsicológicos del hombre haitiano a fin de extraer de ahí la materia de una doctrina nacional, que por anticipación al proceso biológico del hombre haitiano apresuraría la fusión indispensable a la expansión del genio haitiano en todos los órdenes de la actividad humana». Traducido al lenguaje llano, esto querría decir simplemente que ellos entienden articular su acción política a un factor étnico, al concepto de la «negritud» que, todo a lo largo de la vida atormentada de la nación ha sido frecuentemente la forma asumida por la lucha de clases en las conciencias. Este concepto de la «negritud» fue, en un momento dado de la historia de la descolonización, la respuesta afectiva del hombre negro explotado y humillado, frente al desprecio global del colono blanco. Lo mismo que el colono blanco, partiendo de su situación privilegiada en la sociedad esclavista y colonial había epidermizado su pretendida superioridad biológica, de igual modo el negro en función de su condición de oprimido y de paria, su condición de hombre alienado en su propia piel, fue llevado, según una perspectiva totalmente distinta, a la epidermización de su lamentable situación histórica. Así la negritud, en su mejor acepción, era la operación cultural mediante la cual los intelectuales negros de África y de las dos Américas tomaban conciencia de la validez y de la originalidad de las culturas negro-africanas, del valor estético de la raza negra y de la capacidad de sus pueblos respectivos de ejercer el derecho a la iniciativa histórica que la colonización había suprimido completamente. La negritud, en su sentido más aceptable, hasta legítimo, era originalmente la toma de conciencia del hecho de que el proletariado negro está doblemente alienado: **por una parte alienado** (al igual que el proletariado blanco) **en tanto que ser dotado de una fuerza de trabajo que se vende en el mercado capitalista; por otra parte, alienado en tanto que ser de pigmentación negra, alienado en su singularidad epidérmica.** La negritud era la conciencia de esta doble alienación y de la necesidad histórica de superarla a través de una praxis revolucionaria. No hay que olvidar que por el hecho del dogma racista, a los ojos de la gran mayoría de blancos, el crimen permanente del negro (además de su situación de proletario) era el de **lesa-color.** Esta odiosa mistificación ideológica es todavía el arma a que se sigue recurriendo en los Estados Unidos, en África del Sur, en Rhodesia, etc., contra los negros. La singularidad epidérmica del hombre negro o mestizo, en lugar de ser considerada por lo que es, es decir, una de las casualidades objetivas que pululan en la historia de la humanidad, se convierte en la conciencia de todos los negreros, de todos los racistas de la tierra, en una **esencia maléfica**, en la señal de un mal absoluto del ser social, del negro, en la marca y el estigma de una inferioridad sin remisión. Se dio una

significación metafísica y estética tanto al color del negro como al color del blanco y se decretó para la eternidad, como un derecho divino, que sólo el « negro » es un hombre de color y que el « blanco » participa del privilegio de la luz, que como dice Sartre, la « blancura de su piel era la luz condensada », y que era su destino histórico esclarecer todo el resto de la humanidad con las virtudes luminosas de su piel.

La preocupación comercial de **cosificar** al negro encuentra sus coartadas y sus pretextos en ese largo proceso colonial de epidermización de la situación histórica de los pueblos negros. « El concepto de negritud, escribe Fanon, era la antítesis afectiva si no lógica de ese insulto que el hombre blanco le hacía a la humanidad. Esa negritud lanzada contra el desprecio blanco se ha revelado en ciertos sectores como la única capaz de suscitar prohibiciones y maldiciones. Debido a que los intelectuales negros se encontraban ante todo enfrentados al ostracismo global, al desprecio sincrético del dominador, su reacción fue admirarse y cantarse... ».

La negritud, tanto en la literatura y en el arte como en la etnología y la historia, fue en sus comienzos una forma de rebelión legítima, un movimiento de ideas, una corriente de la sensibilidad noblemente opuesta a las manifestaciones del despreciable dogma racista en el mundo. Fue la colonización lo que con hierro, fuego y sangre había abierto en los flancos mismos de la historia universal la sangrienta contradicción **blanco-negro**, para disimular y para justificar las relaciones de explotación económica. La negritud planteaba la necesidad de superar esa contradicción, no por una nueva operación mítica, sino a través de una acción, de una praxis revolucionaria colectiva. Desgraciadamente, con la mayor frecuencia el concepto de la negritud se utiliza como un mito que sirve para disimular la presencia en el escenario de la historia, de burgueses negros que en Haití y en numerosos países de África se han constituido en clase dominante, y que como toda clase que oprime a otra, necesita de una mistificación ideológica para disimular la verdadera naturaleza de las relaciones establecidas en la sociedad. Actualmente, en 1967, el concepto de negritud, encubre con la mayor frecuencia una operación mistificadora semejante, tanto en Haití como en África y en otras partes, y se emplea con fines opuestos a los que legitimaron la aparición de este movimiento del espíritu y de la sensibilidad de los intelectuales negros de los dos continentes. En la actualidad, entre los mistificadores ya sean negros o blancos, la negritud implica la idea absurda de que el negro es un hombre dotado de una naturaleza humana particular, dotado de una esencia que no pertenece más que a él y que, en calidad de tal, está llamado, según un publicista como Janheinz Jahn², a dar a Europa, y al occidente en general, no se sabe qué « suplemento de alma » que necesitaría ahora la civilización occidental. Para el presidente del Senegal, el poeta Leopold Sedar Senghor, « la emoción es negra, como la razón es helénica » y partiendo de esa afirmación absurda, opone la « espiritualidad africana », considerada como un

2. Janheinz Jahn : **Muntu, el hombre africano y la cultura neoafricana.**

bloque emocional, a la « racionalidad blanca », también considerada como un hecho global, monolítico. De este modo, todas las contradicciones de clase son diluidas en la abstracción de la negritud, y los burgueses negros de África y de América pueden, con toda seguridad, con la bendición del neocolonialismo, explotar a los trabajadores negros en nombre de una común espiritualidad. Esa misma igual concepción de la negritud la encontramos en la ensayista belga Lilyan Kesteloot³ que ha hecho una tesis de doctorado que trata de demostrar que la « negritud es un en-sí », una esencia particular, un estado permanente que no es necesario superar. Lilyan Kesteloot, como otros « especialistas » europeos de la negritud, encierran al negro en su negrura y al blanco en su blancura. « El alma negra, escribe, así entendida, es de todos los tiempos y no ha sido superada » como lo ha pretendido Sartre y otros que fueron influidos por él. Como tampoco lo ha sido el alma esclava, el alma árabe, o el espíritu francés.

Para Lilyan Kesteloot, la negritud es irreductible. Es una « psicología característica que se debe a una civilización original, a cuyo elemento se añaden las cicatrices de la « Pasión » de la raza, que sin duda seguirán estando impresas durante largo tiempo en la memoria colectiva ». Para singularizar aún más el « negro », Lilyan Kesteloot se preocupa por anunciar el mundo que « el africano es espontáneamente poco sensible al espíritu cartesiano », y si se va a crear lógica elemental e insolente, el africano debe ser aún más espontáneamente alérgico a los métodos marxistas de análisis y a la razón dialéctica. Todas estas habladerías en torno al concepto de negritud, definen en realidad un inaceptable « sionismo negro », es decir una ideología que, lejos de articularse en una empresa revolucionaria de desalienación y de descolonización de África y de las dos Américas negras, no logra ya disimular que ella es una de las columnas que sostienen las astucias, las trampas y las acciones péfidas del neocolonialismo. Frantz Fanon tenía razón al decir que la « verdadera desalienación del negro implica una toma de conciencia de las realidades económicas y sociales. Pues si existe un complejo de inferioridad ello se debe a un doble proceso : económico, primero ; y después por interiorización o mejor, por epidermización de esa inferioridad ». Para todos los negros oprimidos de África y de América, la superación de este doble proceso alienante, tiene un nombre e implica una actividad muy concreta : **hacer la revolución**. Separada del contexto histórico de la revolución en el conjunto del Tercer Mundo, separada arbitrariamente de las exigencias inmediatas de la lucha tricontinental, global, de los pueblos subdesarrollados contra el imperialismo y el neocolonialismo, la **negritud** se ha convertido en una noche donde todos los gatos son pardos... y en favor de la cual se trata de alejar a los pueblos negros del deber de hacer la revolución.

3. Lilyan Kesteloot : **Los escritores negros de lengua francesa : nacimiento de una literatura**. Universidad Libre de Bruselas. Tesis de doctorado en Filología romana.

Las aventuras de la negritud

Haití es actualmente el país en que mejor se pueden seguir las **aventuras de la negritud**, porque nuestro país es el lugar del mundo en donde, como ha dicho Aimé Césaire ella « se ha puesto de pie por primera vez » y donde al presente ella es la ideología de que se nutre la tiranía más monstruosa de la historia contemporánea. Es por esto que una crítica del concepto de negritud, a la luz de la espantosa experiencia haitiana, puede tener una significación eficaz para todos los negros oprimidos del mundo.

Se sabe que toda ideología, por su representación de lo real, por los objetivos que persigue, tiende a dar a las aspiraciones particulares de una clase, un valor imaginario. Marx llamó **mistificación** a este proceso de deformación de la realidad. En Haití, los seudociólogos como Duvalier, estudiando el papel de la negritud en nuestra historia nacional, siempre han considerado este concepto en sí mismo, en lugar de analizarlo en sus relaciones con la historia real de las relaciones sociales. Separando la cuestión racial del desarrollo económico y social de Haití, asignándole un carácter absoluto, mítico, han rebajado nuestra historia a una sucesión caótica de conflictos únicamente étnicos entre los mulatos y los negros quienes, desde los albores de nuestra primera independencia han formado la oligarquía dominante del país. Esto es también lo que se produce cuando, en un plano más general, se separa el dogma racista del desarrollo real de las diversas sociedades coloniales. De ahí se llega a considerar la historia de los pueblos colonizados como una sucesión de conflictos raciales entre los « blancos » y los « negros ». En el caso de Haití, la cuestión del color, lejos de ser el factor determinante de la evolución de la sociedad haitiana, no ha sido más que la **forma mistificadora** que, en la conciencia de dos aristocracias rivales, sirve para disimular los intereses y los móviles reales de la lucha de clases.

En Haití, el antagonismo entre mulatos y negros encuentra sus orígenes históricos, su base económica y social, en la sociedad esclavista de Santo Domingo (nombre de Haití en la época de la colonización francesa). Los mulatos, debido a que estaban ligados por la sangre a la clase de los colonos blancos, formaban, ya en tiempos de la esclavitud, una casta privilegiada en relación a la gran masa de los esclavos negros. Legalmente eran **libertos** u hombres de color libres. Gozaban de una situación jurídica que les permitía desempeñar un papel dinámico en la economía de la colonia. Esto los llevó de modo natural a querer ser ciudadanos completos y a compartir el poder con los colonos blancos. Estos últimos se opondrían violentamente a esta aspiración. Entonces los mulatos se aliaron a la masa esclava (negros) que luchaba por la abolición de la esclavitud, por una revolución que emanciparía a toda la sociedad colonial. Negros y mulatos formaron juntos un ejército de liberación nacional que, bajo la dirección de Toussaint Louverture primero, y después de Dessalines, Petion, Christophe, al cabo de una lucha extremadamente violenta, se apodera del poder y echa a los colonos franceses de la parte occidental de la isla.

Inmediatamente después de la proclamación de la Independencia (1804), las peripecias de la revolución agraria enfrentaron las dos capas étnicas que habían dirigido la lucha de liberación nacional. Los mulatos se erigieron en herederos de los antiguos propietarios blancos y en numerosos casos no vacilaron en exhibir títulos de propiedad falsos. La capa dominante de generales y de oficiales negros no se los toleró. « Antes de tomar las armas contra Leclerc exclamó Dessalines (el general en jefe de la revolución), los hombres de color, hijos de blancos, no aceptaban en absoluto la sucesión de sus padres; ¿Cómo es que, después de haber echado a los colonos, sus hijos reclaman sus bienes? ¿No tendrán por tanto nada los negros, cuyos padres están en África? ». Este drama agrario, puesto en evidencia por Dessalines, abrió en la vida nacional haitiana la **contradicción mulato-negro** que en la conciencia tanto de los burgueses mulatos como en la de los burgueses negros siempre ha desempeñado el papel ilusorio de cortina de humo que esconde los móviles verdaderos que hacen actuar a unos y a otros contra los intereses del pueblo haitiano. La fe en el color reemplaza al verdadero color de la dominación de unos y otros sobre la gran mayoría de haitianos que son negros.

Esa **cuestión de color** es una **realidad social** muy importante de la historia de Haití. Es sabido que Marx al mismo tiempo que negaba el papel decisivo de los dogmas espirituales en el proceso histórico de una sociedad determinada, los consideraba sin embargo **realidades sociales** que si bien no pueden cambiar el curso general de la historia, tienen la posibilidad de modificar sus contornos, su ritmo, sus modalidades. Es por esto que la cuestión de color, « la ideología colorista » es una realidad social que en tanto que tal, ha influido en el desarrollo de nuestra historia nacional, y en ciertos momentos de grave crisis social, ha modificado el ritmo y las modalidades de la lucha de clases en el país. A partir de 1946, siendo la sociedad haitiana presa de una crisis general, debida fundamentalmente al embargo de la economía del país por los norteamericanos, la cuestión de color ocupa de nuevo proscenio en el escenario económico y político, siempre para ocultar el contenido real de la lucha de clases. Los pequeños burgueses negros como Duvalier, quienes a partir de 1946, aliados a los latifundistas negros y a los « compradores » mulatos controlan el poder político sirviéndose históricamente de la « negritud », han tratado de hacer creer a las masas negras que ellas están ahora en el poder y que la « revolución duvalierista » (**sic**) es una brillante victoria de la « negritud ». Todos los hechos monstruosos de la administración duvalierista, desde hace diez años, no hacen más que destruir a los ojos del pueblo haitiano las imágenes engañosas de esa siniestra mitología.

La espantosa dictadura de Duvalier ha llevado a los haitianos a cambiar la idea que durante largo tiempo se habían hecho de ellos mismos. A sus ojos, Haití ha dejado de estar cuajada dentro de la figura mítica que en la escuela, desde siempre, se ha impreso pacientemente en la conciencia de cada niño haitiano. ¡ Haití, **primera república negra de los tiempos modernos, patria ideal y mítica del hombre negro, cuna y paraíso de la negritud!**

Los haitianos han descubierto, con sufrimientos inauditos, que en un sistema semicolonial, el poder, ya esté en manos de negros, de blancos, de mulatos o de indios, sigue siendo invariablemente un instrumento de deshumanización feroz del hombre y de sus sueños más humildes. Desde hace diez años más que nunca antes, los haitianos ven de lo que son capaces los hombres de piel negra o mestiza como ellos cuando defienden con hierro y fuego los intereses de una minoría de privilegiados y los de un imperialismo totalitario. Los haitianos se percatan del hecho de que la glorificación de no importa cuál raza, es un absurdo infinito que siempre encubre sangrientos desórdenes que atentan contra la unidad de especie humana. Los haitianos ven negros y mulatos tiranos, criminales, sinvergüenzas, obscurantistas, nazis, **tontons-macoutes**, porque precisamente ellos no tienen ninguna **esencia particular** y son burgueses como los otros, y a la hora de la dictadura terrorista del capital pueden ser culpables de crímenes tan espantosos como los que ayer cometía Hitler en los campos de concentración de Europa, o como los que cometen hoy en día los hombres del Pentágono yanqui en los dos Viet-Nam. Naturalmente la tiranía de Duvalier ofrece una caricatura monstruosa de la negritud, y no hay que concluir por ello que este concepto estaba llamado fatalmente a desembocar en una empresa de aniquilación de la condición humana. El socialismo es una doctrina de liberación del hombre, pero el **nacional socialismo** fue un instrumento de exterminación del hombre. Todo depende de la utilización que una clase social dominante haga de una ideología para disimular designios bajamente egoístas. Actualmente los burgueses negros que conservan sus privilegios por las intrigas del neocolonialismo en Africa y en América, se han apresurado a apoderarse del concepto de negritud para hacer de él su arma ideológica porque precisamente ellos saben que este concepto en un momento dado de la lucha contra la colonización, en los libros de Price-Mars, de Dubois, de Césaire, de Jacques Roumain, de Richard Wright, de Langston Hughes, de Claude McKay, de Guillén, de Jacques S. Alexis, de Cheikh Anta Diop, de Frantz Fanon, etc., este concepto ha expresado con fuerza el doble carácter de la alienación de los negros oprimidos. La toma de conciencia de los pueblos negros, en este siglo, ha pasado por diversas etapas ideológicas. Durante la primera etapa, en las obras de los etnólogos, de los sociólogos al igual que en la de los escritores y artistas, la alienación del negro oprimido no se define solamente por un conjunto de factores objetivos, pues el dogma racista definía la condición del negro por el factor del color, que si es objetivo a los ojos del blanco racista, es vivido por la víctima del racismo como una dolorosa y cruel subjetividad. En el trabajador blanco la conciencia de clase puede ser articulada únicamente a un criterio económico objetivo, a la naturaleza de la ganancia capitalista, pues el sentimiento de superioridad de clase que el burgués blanco manifiesta respecto al obrero blanco, no hace intervenir un factor racial, no lo toca en su propia carne. En el trabajador negro, sobre la conciencia de clase, por el hecho mismo de la empresa colonial y por las coartadas que ésta se había forjado, se había

inculcado una toma de conciencia racial. Esta es una **realidad social** que nadie puede negar y que ha encontrado su expresión literaria, artística, en el movimiento de la negritud.

Como a la opresión económica y social de la colonización se había añadido una opresión racial, **un mito que golpeaba al negro oprimido en su yo íntimo, que lo alienaba en su piel y en su corazón, y hasta en su sangre que se decía negra**, es normal que el ser humano que ha sufrido por siglos semejante insulto a su humanidad, haya cedido con todas sus fuerzas telúricas a la tentación de dirigir contra el cielo obscuro la antorcha de su subjetividad herida. Toda una rica literatura nació de esta operación que Jean-Paul Sartre, en un célebre ensayo, **Orfeo Negro**⁴, ha descrito como «un descenso a los infiernos esplendorosos del alma negra». Y Sartre añade: «Yo llamaría «órfica» a esta poesía, puesto que este descenso infatigable del negro en sí mismo hace pensar en el Orfeo que va a reclamar Euridice a Plutón». Pero este texto excepcionalmente brillante de Jean-Paul Sartre definía el concepto de negritud en 1948 es decir, hace de esto veinte años. En esa época, a donde quiera que se dirigiera la mirada podía verse que el Orfeo Negro era sobre todo cortador de caña, cocinero, barrendero, carbonero, limpiabotas, palafrenero, limpiador de letrinas, muchacho de mil empleos subalternos, brazos y músculos para cualquier cosa, para desembarazar todo, para enguajar todo, para nivelar todo, por el bienestar de los colonos blancos. A donde quiera que se mirara, se veía al Orfeo Negro sacando del fuego las castañas destinadas a la gran burguesía colonial blanca.

En Africa el Orfeo Negro no compraba acciones en las minas del Alto Katanga, no se juntaba con los peores aventureros y tontons-macoutes de la alta finanza internacional (mezcla belga, francesa, norteamericana, inglesa, germana occidental), para también opoderarse de acciones muy rentables a costa de la sangre vertida de Patricio Lumumba. ¡En veinte años el agua del Congo ha corrido bajo muchos puentes, y no es sólo con la gran poesía lírica de Aimé Césaire que la negritud ha descendido al mar! La negritud de Césaire era una paciencia dinámica que podía horadar «la carne del cielo y de la tierra», era una explosión de la conciencia rebelde del negro oprimido. Era un devenir abierto sobre las exigencias concretas del movimiento de liberación nacional. Y Sartre, al final de su inolvidable ensayo planteaba la siguiente pregunta: «¿Qué sucedería si el negro despojándose de su negritud en beneficio de la revolución, no quisiera ya considerarse más que como un proletario? ¿Qué sucedería si no se dejara definir ya más que por su condición objetiva?». Veinte años después la propia marcha de la historia da la respuesta a estas preguntas. Decimos a Jean-Paul Sartre: ¡Mire a Cuba y tendrá la respuesta! Mire cómo la negritud se ha incorporado a la revolución socialista y cómo ha encontrado su superación a través de un proceso histórico en que el blanco y el negro y el mulato han cesado de ser opuestos uno

4. Jean-Paul Sartre: «Orfeo Negro». Situaciones III.

a otros y donde el drama de su destino se ha desenlazado en una misma y esplendente verdad humana: la revolución. Este proceso real (y no ya solamente mítico) de descolonización, de desalienación, de todos los hombres colonizados, este proceso de humanización de las relaciones humanas tiene ahora por teatro tres continentes, y es solamente él, y no ya la negritud, lo que moviliza todas las paciencias de los pueblos subdesarrollados; es él lo que quita a todos los mitos sus encantos mágicos y perniciosos; es él la forma más alta de conciencia de sí, y permite al hombre colonizado negro, blanco, indio, amarillo, lanzar a la faz de la tierra el postulado supremo de la razón en el Tercer Mundo: **¡ Hago la revolución, y por tanto existo !** Es debido a que semejante postulado corresponde a una necesidad histórica universal que el **Tío Price-Mars**, a los 91 años, ha salido de su largo silencio culpable y ha hecho saber al tirano negro Duvalier que la única palabra que tiene un sentido humano ahora en Haití, es aquella que da razón a la indignación y a la rebeldía organizada del pueblo haitiano oprimido. Que se nos permita añadir que si hay un sitio donde el Orfeo Negro es seguro que encuentre a la Eurídice que ha perdido, éste no está ya en algún infierno mítico, sino en la revolución que es la única capaz de destruir, con la misma fuerza del pueblo, todos los infiernos que los hombres han construido para los hombres; en la revolución que es la única capaz de devolver a Eurídice a todos aquellos que la aman y la ansían; la revolución es el gran dios creador del hombre nuevo y del mundo liberado donde está llamado a vivir el nuevo Orfeo Negro que, como se sabe, habla con el mismo acento que Ernesto Che Guevara quien, en su glorioso testamento, ha dejado a los hombres del Tercer Mundo un radar para guiar la verdad y el sol hacia el corazón de todos los pueblos de la tierra. **¡ El nuevo Orfeo Negro será revolucionario o no será !**

La Habana, 12 de noviembre de 1967

Cuadernos de Ruedo ibérico necesitan ayuda urgente de todos sus amigos

La publicación de nuestra revista —que hoy alcanza su número 17— es el resultado de un gran esfuerzo en todos los planos para vencer los obstáculos que se oponen a ella.

Sólo mencionaremos aquí las intervenciones de todo tipo de las autoridades españolas para impedir la difusión de Cuadernos de Ruedo ibérico y sus inevitables secuelas: muchos de los lectores potenciales ignoran todavía su existencia, el número de suscriptores es insuficiente, las pérdidas de envíos grandes, los gastos de expedición muy onerosos, los descuentos considerables y los cobros lentos.

Silenciamos otras dificultades no menos importantes —quizá más descorazonadoras— que hemos logrado vencer en gran parte.

Señalamos que Cuadernos de Ruedo ibérico es hoy la única revista española de formación política, de abierta oposición, independiente de grupos y partidos políticos, y que este carácter original nos obliga a continuar publicando sus fascículos.

Adversarios y disidentes —cada cual a su manera— reconocen aquel carácter y alrededor nuestro surgen, sobre todo a partir de los últimos números, cada vez más numerosas aprobaciones. Hemos conquistado una autoridad en la opinión pública. Y quizá estos hechos hayan contribuido a hacer mayores cada día los obstáculos con que hemos tropezado desde el principio y que provocan hoy una grave crisis financiera.

Tenemos, sin embargo, la voluntad de seguir asumiendo firmemente nuestra función. Pero para que Cuadernos de Ruedo ibérico sigan siendo lo que fueron hasta hoy —y con mayor razón para mejorarlos— es indispensable que doblemos el número de nuestros suscriptores, es imprescindible que obtengamos ayudas de nuestros lectores.

Lector amigo : si consideras que Cuadernos de Ruedo ibérico deben seguir siendo publicados, si estimas que deben ser mejorados, ayúdanos en la medida de tus posibilidades

Ayuda CRI. Segunda lista

Número	Francos	Donante	Número	Francos	Donante
2	100,—	Francisco Carrasquer	150	220,—	Pinilla
20	200,—	Paul Arthur Bundy	153	120,—	Anónimo
22	1 500,—	Anónimo	171	150,—	A.G.

Manuel Maldonado-Denis

Modelo de colonialismo y el colonialismo como modelo

Puerto Rico

De todos los países en la cuenca del Caribe, Puerto Rico es sin duda el más «celebrado» por los Estados Unidos. Se entiende lo de la celebración. Ningún otro país en el Caribe se halla, como Puerto Rico, bajo el dominio directo de la potencia imperialista más poderosa del mundo. Nuestra isla es, pues, un modelo, un paradigma de lo que el colonialismo —tomado en su sentido clásico— significa para el desarrollo —o más bien el subdesarrollo— de un país, así como un espejo, una especie de cuadro hecho a grandes rasgos de lo que sucedería a los demás países del Caribe si los Estados Unidos lograran imponerle a éstos el modelo de Puerto Rico como base o punto de partida para su desarrollo económico. Los propios dirigentes norteamericanos, al referirse a la isla, la califican como una «vitrina» para el resto del mundo, como un «puente» entre las dos culturas del hemisferio. Este entusiasmo desbordante se explica. Detrás de la frase rimbombante yace el control férreo de toda nuestra vida colectiva por los intereses económicos, militares y políticos del país capitalista más avanzado del mundo.

I. Las primeras tres décadas de dominación imperialista (1898-1930)

En consecuencia del Tratado de París de 1898, Puerto Rico pasó a los Estados Unidos como parte de los despojos reclamados por el vencedor de la guerra hispa-

Es una pobre isla encarcelada, van y vienen los días cenicientos vuela la luz y vuelve a las palmeras, la noche viaja en su navío negro y allí sigue, allí está la encarcelada la isla rodeada por el sufrimiento.

Pablo Neruda.

noamericana. Con la invasión norteamericana de nuestro territorio se iniciaba un nuevo capítulo en nuestra larga historia de país colonizado. Cuba obtuvo su independencia —aunque mediatizada. Puerto Rico pasaría a formar parte de los Estados Unidos en calidad de «territorio» —léase colonia— de éste. Las consideraciones que motivaron la toma de nuestro territorio de manos españolas deben ser vistas en el contexto de la teoría, puesta en boga desde aquel entonces por los círculos imperialistas norteamericanos, de que el Caribe habría de ser «el Mediterráneo norteamericano». En ese contexto Puerto Rico enmarcaba bien. Su posición estratégica era tal que podía servir como base de operaciones navales y militares en el Caribe. Además, las corporaciones azucareras norteamericanas tenían sus miras puestas en nuestra isla. Anexar a Puerto Rico, intervenir a Cuba, Haití y la República Dominicana cuando los intereses de los Estados Unidos estuviesen en peligro, todo ello era parte de un plan maestro para la dominación imperialista del continente que prevalecía —y aún prevalece— en los círculos dirigentes del imperialismo norteamericano.

El marco político fijado para la dominación de Puerto Rico fue un gobierno militar (1898-1900) y luego una Carta Orgánica aprobada por el Congreso norteamericano mediante la cual los poderes de legislar para el pueblo puertorriqueño se ejercerían

desde Wáshington (Ley Foraker de 1900). Así se garantizó, no sólo el control directo de nuestro país por el Congreso norteamericano en el ejercicio de sus facultades legislativas, sino la entrada forzada de nuestro país por el marco restrictivo de las tarifas arancelarias norteamericanas. De esta manera se garantizaba el mercado puertorriqueño para los productos manufacturados provenientes del Norte y se limitaba radicalmente nuestra capacidad para comerciar con otros países a través de tratados comerciales recíprocos. La camisa de fuerza del colonialismo nos imponía así, en 1900, una ley de embudo que perdura hasta nuestros días: obligados a comprar en el mercado más caro del mundo, nuestros productos en cambio se veían sujetos a la desigual competencia de un mercado más desarrollado y eficaz. Como si ello fuese poco, el gobierno militar establecido entre 1898 y 1900 devaluó la moneda puertorriqueña, obligando a los puertorriqueños a cambiar cada peso por sesenta centavos de dólar. Ello contribuyó a la ruina de innumerables agricultores —sobre todo caficultores— y empobreció aún más al ya empobrecido pueblo puertorriqueño.

Según la autorizada exposición de los Diffie, el café, seguido por el tabaco, constituía el renglón mayor de exportación de la isla en el año 1898. Del área cultivable total de Puerto Rico (área total: 3 435 millas cuadradas = 2 198 400 acres) el 41 % estaba dedicado al café, el 15 % a la caña de azúcar, el 32 % a comestibles y sólo el 1 % al cultivo del tabaco. La tierra estaba distribuida en forma mucho más equitativa que en Cuba, según un censo hecho al respecto y citado por los Diffie: para 1899 los agricultores puertorriqueños eran dueños del 93 % del total de las fincas existentes de forma tal que en Puerto Rico «un gran número de personas pertenecientes a la población rural

eran dueños de sus hogares y residentes permanentes de la isla.»¹ Puede afirmarse que la tarifa arancelaria norteamericana sepultó al café como producto principal de exportación de Puerto Rico y puso en su lugar al «Rey Azúcar». No siendo los Estados Unidos un productor de café, este producto no fue «protegido» por la tarifa arancelaria. El mercado tradicional para este producto, que era el español, se limitó radicalmente como consecuencia del cambio de **status** político. Los intereses azucareros norteamericanos, por el contrario, pudieron beneficiarse grandemente por el hecho de que el azúcar entraría a los Estados Unidos libre de tributación. Lo mismo sucedió con el tabaco y los frutos menores.

Este cambio marchó de la mano con la concentración acelerada de nuestro territorio en manos de corporaciones absentistas norteamericanas, dedicadas primordialmente a la explotación del cultivo de la caña de azúcar, del tabaco, y de los frutos menores. La economía del pequeño agricultor dueño de su finca cedió el paso a la economía del monocultivo y del latifundio —con todas las consecuencias que el cambio en cuestión apareja. El campesino de la montaña, arruinado, se va a ver aceleradamente despojado de su tierra y lanzado al mercado de trabajo en las grandes factorías azucareras absentistas. Un recuento de la situación tres décadas después (1930) nos ofrece una idea de la magnitud del cambio. Tomando el área total de 2 198 400 acres, el cuadro en la distribución de tierras en 1930 era la siguiente: la industria azucarera aumentó el número de acres cultivados de 70 000 (1899) a 250 000, siendo ello el equivalente al 44 % del área total cultivable. De este total el 60 % se hallaba en manos de corporaciones norteamericanas, mientras que el 85 % del tabaco y el 31 % de los frutos menores hallaban también en manos absentistas.

Los cambios ya enumerados tuvieron una influencia marcada en el desarrollo de nuestras clases sociales. Puede notarse claramente que el surgimiento y desarrollo de una burguesía nacional, con fuentes de riqueza relativamente autónomas, apenas logra despegar del suelo. Las corporaciones azucareras —en las primeras tres décadas después de la invasión norteamericana— absorben para sus accionistas la parte principal de nuestra riqueza. Bajo el manto protector de las leyes aprobadas por el Congreso de Washington, podían crecer y multiplicar su riqueza sin más limitaciones que aquellas impuestas por ellos mismos o por las fluctuaciones del mercado mundial.

Para todo propósito práctico poco importó, desde el punto de vista del poderío económico de aquellos intereses que rapazmente devoraban nuestras mejores tierras, una reforma política inconsecuente de la primera Ley Orgánica, conocida como la Ley Jones o segunda Ley Orgánica (1917). Mediante la primera de estas leyes, el poder mediatizado de nuestra legislatura colonial se hallaba aún más recortado con la disposición de que sólo la Cámara de Delegados sería electa popularmente, mientras que el gabinete del gobernador nombrado por Washington sería a su vez nombrado por las autoridades metropolitanas. La segunda ley orgánica que acabo de mencionar conservaba al gobernador colonial como un funcionario nombrado por el presidente de los Estados Unidos —y con él los miembros más importantes de su gabinete— pero disponía que las cámaras legislativas serían electas en su totalidad por los puertorriqueños. Claramente de corte reformista, esta legislación que emanaba de la metrópoli meramente liberalizaba un poco el régimen colonial vigente pero sin atreverse a tocar la raíz de nuestra situación de pueblo dependiente. Además, una medida —opuesta por los

puertorriqueños a través de sus representantes pero no obstante impuesta al pueblo de la isla— haciendo a todos los ciudadanos puertorriqueños ciudadanos norteamericanos y obligándolos a servir obligatoriamente en las fuerzas armadas de la metrópoli fue aprobada por el Congreso de Washington como parte de la ley mencionada. Así se garantizaba, no sólo la utilización de la juventud puertorriqueña en las guerras iniciadas por los Estados Unidos, sino también la continuada presencia en nuestro suelo de los norteamericanos y de sus planes asimilistas.

Así, pues, el poder de nuestra legislatura colonial —limitado al ámbito de lo puramente local— ofrecía en las primeras tres décadas de este siglo un espectáculo tan triste como el que ofrece actualmente. Supeditada, recortada en cuanto a sus poderes, irrisoriamente limitada por la madeja de leyes aprobadas en Washington, dirigidas en forma directa o indirecta a intervenir en nuestra vida colectiva, la legislatura colonial no hacía sino **parler**, entregarse a la retórica intoxicante de los pronunciamientos estériles.

Los propios partidos políticos eran muestra de esta esterilidad funcional reflejada tan cabalmente por la legislatura en donde se hallaban representados. Desde el siglo XIX se habían manifestado en Puerto Rico tres tendencias respecto a la condición política de nuestra isla: el asimilismo o anexionismo a ultranza, el autonomismo, y el independentismo. Entre estas tres tendencias, el autonomismo es quien logra, a raíz de la invasión norteamericana, su más grande éxito político: la concesión de la casi natimuerta Carta Autonómica concedida por la Corona española en 1897.

Durante las primeras décadas de la domi-

1. Bailey y Justine Diffie: *Porto Rico: A Broken Pledge*, New York, Vanguard Press, 1931, p. 21-22. Véase también a Harvey S. Perloff: *Puerto Rico's Economic Future*, University of Chicago Press, 1947.

nación norteamericana las tres posiciones básicas enunciadas vuelven a repetirse. Y una vez más el reformismo autonomista prevalece por sobre el anexionismo de una parte y el independentismo de la otra. No obstante, es de notar un hecho importante: el Partido Unión de Puerto Rico (autonomista) que controla la legislatura colonial durante las primeras dos décadas de este siglo pretende reconciliar dentro de sí a elementos de las tres tendencias ideológicas mencionadas, aunque inclinándose en la práctica por el reformismo oportunista de su líder máximo, Luis Muñoz Rivera. Esta política contemporizadora significó una tendencia a una concesión tras otra a la metrópoli, a cambio de reformas puramente políticas tales como la que se logra con la segunda ley orgánica a que ya hice alusión. Como consecuencia de ello nuestro primer gran líder independentista de este siglo, José de Diego, concibe la necesidad de la formación de una organización netamente independentista, aunque su muerte prematura (1918) impide la fruición de sus propósitos libertadores.

De Diego, aunque militaba dentro del Partido Unión de Puerto Rico junto a Muñoz Rivera, seguía también la vía reformista, pero sus metas eran claras: la independencia de Puerto Rico sería la finalidad última hacia la cual debía dirigirse nuestro pueblo. De contenido netamente nacionalista, su prédica fue radicalizándose con los años, aunque nunca llegó a propugnar en forma abierta —como lo haría más tarde Albizu Campos— la vía insurreccional como camino para la liberación de Puerto Rico. En 1920 un grupo de patriotas puertorriqueños funda el Partido Nacionalista Puertorriqueño, constituyéndose así por primera vez en la historia de Puerto Rico un partido dedicado exclusivamente a la lucha por la independencia de la isla. La idea de De Diego ha cobrado concreción institucional.

Es necesario señalar, sin embargo, que es esta una agrupación sin una base popular abarcadora de los grupos y sectores más explotados por el sistema imperialista mundial. Por el contrario, las masas obreras y campesinas se aglutinaban mayormente alrededor del Partido Socialista, organización fundada a fines del siglo pasado por el líder obrero Santiago Iglesias Pantín. Es muy importante entender este proceso de divergencia creciente entre la lucha social reivindicadora de los intereses del pueblo y la lucha por la independencia. La agrupación fundada por Iglesias es, para comenzar, de carácter anexionista, siguiendo de cerca la línea del reformismo obrero propugnado por Samuel Gompers en los Estados Unidos. De hecho el movimiento obrero en Puerto Rico nace ya lastrado con la vinculación —más bien la supeditación— al movimiento obrero norteamericano de tipo reformista, hecho histórico cuyas consecuencias para el desarrollo de una conciencia revolucionaria en Puerto Rico no puede bajo ningún concepto empañarse. La lucha independentista, de otra parte, es la bandera de grupos de intelectuales y profesionales y su vinculación con los sectores populares es bastante tenue. En su esfuerzo por contrarrestar la insidiosa propaganda que nos declara incapaces económicamente para la independencia, los grupos que propugnaban dicha fórmula política se vieron a menudo en el equivocado papel de recalcar el elemento político por sobre el económico. Las masas marchaban así por un lado y los grupos independentistas por otro.

Al resonar por todo el mundo el estrépito de la Gran Depresión la situación en Puerto Rico es extremadamente precaria. La depresión, con su azote despertador de conciencia, logra romper el cerco que separaba a los propulsores de la independencia de las masas populares. Los diez

años que componen la década que va del 1930 al 1940 son decisivos para nuestra historia de pueblo y para el decurso de la lucha por nuestra liberación nacional. Vale la pena que le dediquemos unas cuartillas a este vital periodo histórico.

II. Echando nuestra suerte (1930-1940)

¿Y Puerto Rico?
mi isla ardiente,
para ti todo ha terminado.
En el yermo de un continente
Puerto Rico, lúgubrementes,
bala como un cabro estofado.

Luis Palés Matos (1937)

Según lo expuesto anteriormente, Puerto Rico se halla, al filo de la Gran Depresión, bajo las siguientes circunstancias: un gobierno colonial ejercido desde la metrópoli por el congreso norteamericano; concentración de las tierras y de las riquezas en manos de corporaciones norteamericanas; surgimiento y desarrollo del movimiento obrero puertorriqueño en estrecha vinculación y subordinación al movimiento obrero norteamericano de corte reformista; crecimiento y desarrollo de una conciencia independentista dentro de partidos que aglutinaban las tres fórmulas políticas tradicionales (Unión de Puerto Rico) o a través de la formación de un partido con ese único fin (Partido Nacionalista, 1920), pero básicamente desvinculada del movimiento obrero puertorriqueño; continuación de una política contemporizadora y de tipo reformista, inclinada más hacia el autonomismo que hacia las otras fórmulas políticas de parte de los partidos que ejercen el poder dentro de la legislatura colonial (Unión de Puerto Rico, Alianza Puertorriqueña). Muerto De Diego la independencia de Puerto Rico se había convertido en un balón político para la búsqueda de votos. La esterilidad de la política dentro del

constrictivo ámbito colonial se manifestaba en las luchas intestinas por controlar una asamblea legislativa cuyos poderes limitados eran compensados —en la visión estrecha de los políticos de oficio— por el control del presupuesto insular.

En este contexto desmoralizador y desmoralizante nos encontramos al comenzar la década del treinta. Con la proximidad de las elecciones de 1932 el país se halla atravesando por una aguda crisis económica. El descontento entre las masas es grande. La independencia cobra fuerzas. La agitación nacionalista se hace cada vez más patente. Mientras tanto, en la metrópoli la década mencionada verá el acceso de Franklin D. Roosevelt al poder y las reformas del Nuevo Trato no dejarán de tener un serio impacto en la colonia. Nuestro gran poeta Luis Palés Matos expresará su enajenación frente al espectáculo deprimente que le toca presenciar al escribirnos acerca de un pueblo que «se muere de nada» y que «lúgubrementes, bala como un cabro estofado». De igual forma expresará su descontento un líder radical que comienza su carrera política en la segunda parte de la década del veinte haciendo prédica socialista y nacionalista. Poeta y periodista, hijo del notable líder político Luis Muñoz Rivera, Luis Muñoz Marín escribe artículos en las revistas y periódicos de la metrópoli y de Puerto Rico condenando al colonialismo y la explotación que padece Puerto Rico a manos de los Estados Unidos. Y en el 1930 el Partido Nacionalista elige presidente de dicha colectividad a un joven abogado y fogoso orador cuya prédica por la independencia de Puerto Rico lleva el sello revolucionario. Frente al independentismo reformista de Muñoz Marín y de otros líderes independentistas de aquel entonces, Pedro Albizu Campos adoptará una postura de intransigencia radical frente al destino de Puerto Rico: su antimperial-

lismo militante abre una nueva página en la historia política de Puerto Rico, historia política que —con la excepción de De Diego en sus últimos años— se había distinguido por la vacilación, la contemporización y el oportunismo político. Creo que no exagero al afirmar que este periodo de vital importancia para nuestra vida de pueblo no puede entenderse cabalmente sin analizar la gestión histórica de Muñoz Marín y de Albizu Campos desde una perspectiva histórico-social. Veamos.

En el 1932 una coalición compuesta por el Partido Republicano (anexionista) y el Partido Socialista (de igual tendencia) llega al poder en las elecciones celebradas en dicho año. Gobernará hasta 1940. El partido principal de oposición en ese momento lo es el Partido Unionista, partido cuya orientación manifiesta es esencialmente independentista. El Partido Nacionalista, que comparece por primera y única vez a las urnas, no logra elegir un solo representante a las cámaras. Muñoz Marín milita en ese momento dentro del Partido Unionista. Su prédica nacionalista radical se evidencia en su declaración, previa a las elecciones de 1932, en el sentido de que votará por el Partido Unionista y por la candidatura de Albizu Campos. Pero hasta ahí Muñoz Marín en su prédica independentista. Mientras Albizu Campos se lanza a la lucha frontal contra el sistema colonial imperante, Muñoz Marín se acomoda a la vía reformista dentro del orden existente. A partir de 1932 los campos quedarán claramente deslindados: Muñoz Marín se moverá cada día más hacia una solución meliorista, abandonando a partir de 1938 su ideario independentista y limitándose a abogar por un mejoramiento de las condiciones económicas poniendo la cuestión de la condición política de Puerto Rico «entre paréntesis», mientras que Albizu Campos emprenderá el camino insurreccionario que conducirá

a su encarcelamiento en 1936, encarcelamiento que al transcurrir del tiempo se extendería por más de treinta años.

En gran medida el éxito que corona los esfuerzos de Muñoz Marín mediante el triunfo de su criatura: el Partido Popular Democrático (PPD) en las elecciones de 1940, debe entenderse a la luz de lo que le antecede. En primer lugar está el hecho de que Muñoz Marín —a pesar de que su partido se hallaba en la oposición en la legislatura colonial— mantenía estrechos vínculos con la administración de Roosevelt en Wáshington. Su influencia respecto a algunos programas de ayuda del gobierno federal norteamericano, dirigido especialmente a los grupos más indigentes de la población puertorriqueña, fue de hecho decisiva. Basta leer el libro de Thomas Mathews **Puerto Rican Politics and the New Deal** para percatarse de este hecho. Muñoz Marín tenía acceso directo a la Casa Blanca y su trasfondo «liberal» durante sus años mozos en Greenwich Village fue de gran ayuda para él. Añádase a todo esto el inmenso caudal de popularidad que su prédica le granjeó entre los campesinos y obreros, sobre todo cuando ésta se basaba sobre la tesis de que la independencia vendría tan pronto como Puerto Rico resolviese sus problemas económicos más urgentes.

Albizu Campos, de otra parte, recalca el elemento político por sobre el económico en su intento de destruir la prédica confucionista que posponía la solución de nuestra situación colonial basándose en que ésta debía estar subordinada a la solución de nuestros más urgentes problemas económicos. Guiados por un nacionalismo romántico los nacionalistas puertorriqueños que siguen a Albizu Campos descuidan el proceso lento y trabajoso de organizar las masas populares. De otra parte el liderazgo de Albizu Campos —dado su extraordinario magnetismo personal y su

inclinación hacia el autoritarismo— es esencialmente de tipo unipersonal. El imperio se mueve rápidamente contra él y sus principales seguidores. De hecho su prédica iba ganando demasiados adeptos y ya se estaba convirtiendo en un símbolo de la resistencia sin dobleces al sistema colonial imperante. Varios actos de violencia perpetrados por los nacionalistas alrededor del 1935 convierten a Albizu Campos en un individuo demasiado peligroso para el imperialismo norteamericano. Mientras la mano « liberal » de Roosevelt se extiende para mostrar a Muñoz Marín el camino expedito hacia el poder, se cierra como se había cerrado con Sandino, y Albizu Campos —conjuntamente con todo el alto liderado del Partido Nacionalista— va a dar a la cárcel de Atlanta, condenados por « conspirar para derrocar el gobierno norteamericano por la fuerza y la violencia ». En 1938 —dos años antes de tomar el poder su partido— y mientras Albizu Campos languidece en una prisión federal— Muñoz Marín anunciará al pueblo puertorriqueño que la condición política o **status** del pueblo puertorriqueño no estará en discusión en las elecciones de 1940. Con el visto bueno de la metrópoli llega al poder el Partido Popular Democrático bajo el lema de Pan, Tierra y Libertad, donde Libertad quería decir —para la mayor parte de los que siguieron a Muñoz Marín— independencia.

(En sus primeros momentos, el PPD parece haber logrado la síntesis entre las demandas de reivindicaciones sociales y la lucha por la independencia. Pero dicha síntesis no durará mucho. A partir de 1944 el propio Muñoz Marín se encargará de deshacerla.)

Comenzaba una nueva era en la historia política del Puerto Rico del siglo XX. El país continuaba bajo la misma situación económica ya descrita, así como dentro del marco político a que ya hice alusión (Ley Jones de 1917). No obstante, un movi-

miento esperanzador, guiado por una prédica anticolonialista y esencialmente nacionalista asomaba su faz por primera vez en Puerto Rico. Nadie hubiese podido predecir en aquel momento que la coyunda colonial —veinte y pico de años más tarde— sería aun más férrea que la padecida durante las primeras tres décadas de este siglo. Sólo Albizu Campos tuvo la visión sibilina de oponerse a lo que se aproximaba. Pero su voz —encerrada en una ergástula del imperio— ya no podía hacer vibrar como otrora a las multitudes puertorriqueñas. Con la bendición imperialista llega Muñoz Marín al poder en 1940. Nuevas y más sutiles formas de dominación imperial esperan a nuestro pueblo.

III. ¿ La suerte está echada..? (1940-1967)

¿ Cómo estás, Puerto Rico,
tu de socio asociado en sociedad ?

Nicolás Guillén
(Canción puertorriqueña)

Con esa incesante repetición de lo trillado que le caracteriza, Muñoz Marín afirma hoy en todas partes que la independencia de Puerto Rico es una imposibilidad. Su propósito evidente —aparte del de desprestigiar la independencia ante los ojos del pueblo puertorriqueño— es la de proveerle una justificación ideológica a su más acariciada « creación » : el « Estado Libre Asociado de Puerto Rico ». En adición, el más prominente ideólogo del colonialismo en el Caribe pretende justificar otra de sus « creaciones » : el « industrialismo por invitación » o programa de « Operación Manos a la Obra », que bajo la dirección de la Administración de Fomento Económico ha dejado muy atrás, como una copia pálida y enclenque de lo existente, aquella dependencia económica que aquejaba a Puerto Rico durante la década del treinta y que el propio Muñoz

Marín había combatido como un ejemplo de « absentismo rampante » para introducir una dependencia económica aún más férrea, aún más abarcadora que la que jamás experimentó la isla durante las primeras cuatro décadas de este siglo. Y para rematar lo antes dicho, el líder puertorriqueño ha extendido su bendición a todo el aparato militar y policiaco —inclusive 13 bases militares entre las cuales hay dos con armamentos termonucleares— que el imperio norteamericano tiene en este su Gibraltar del Caribe.

Los historiadores oficiosos y oficiales del régimen que nos regenta desde el 1940 quieren hacernos creer que en esta fecha comienza una nueva era en Puerto Rico. Y tienen razón. Con la salvedad de que no la tienen por lo que ellos dicen, sino porque en esta nueva era de la historia de Puerto Rico el partido en el poder ha recorrido un camino de 180° en términos ideológicos: de un partido con una ideología progresista —nunca fue realmente socialista —e independentista, el PPD se ha tornado en un partido defensor a ultranza del capitalismo norteamericano y del colonialismo económico y político, mientras ha abandonado categóricamente a la independencia como solución al problema colonial de Puerto Rico.

En el 1944, el PPD obtiene una aplastante victoria en las elecciones. Fortalecido por este hecho, Muñoz Marín comienza su campaña antindependentista. Albizu Campos y el liderazgo nacionalista se hallan presos. Los restantes han muerto o son perseguidos tenazmente por la policía secreta colonial y norteamericana (FBI). El PPD ha logrado convertirse en un gran movimiento popular que aglutina los sectores campesinos, obreros y profesionales. Bajo el liderazgo unipersonal de Muñoz Marín el PPD decreta que no se puede ser independentista y pertenecer al PPD al mismo tiempo. En respuesta a dicha aseve-

ración muchos de los independentistas que militaban en el PPD y que habían seguido a Muñoz creyendo que este llevaría al país a la independencia fundaron un nuevo partido, el Partido Independentista Puertorriqueño (PIP), comprometido con la lucha electoral como medio de alcanzar la independencia de Puerto Rico. El Partido Republicano (anexionista) se hallaba en ese momento pasando por una grave crisis que le había debilitado considerablemente.

Las elecciones de 1948 tiene como resultado otro copo para el partido de Muñoz Marín. En este año el Congreso norteamericano concede una de sus dádivas: podemos elegir —luego de 50 años de dominación imperialista— un gobernador colonial puertorriqueño. La autoridad del Congreso en materia legislativa continúa tan irrestricta como bajo las dos primeras leyes orgánicas. El 1948 es además un año en extraño importante por otra razón: Muñoz Marín pone a Teodoro Moscoso en la dirección de la Administración de Fomento Económico y se lanza formalmente la « Operación Manos a la Obra » (Operation Bootstrap). La esencia de este operación consiste en conceder exención contributiva a las empresas extranjeras (léase norteamericanas) que se establezcan en la isla por un periodo de hasta 17 años, proveer a dichas empresas de todas las facilidades —tales como carreteras, edificios, fuerza hidroeléctrica, etc.— necesarias para que puedan funcionar eficazmente, y brindarles un mercado de mano de obra abundante y barato. La « salvación » de Puerto Rico afirmaba —y aún afirma— Moscoso, consiste en abrir al país sin limitaciones de clase alguna a los inversionistas norteamericanos. El resultado de esta política ha sido la entrega precipitada de nuestro patrimonio nacional a los intereses de los grandes inversionistas norteamericanos. No hay duda de que

el sueño lúbrico del imperialismo norteamericano sería el de convertir a la América latina en un continente donde sus gobernantes emprendiesen una « Operación Manos a la Obra ». Como caso extremo de penetración imperialista, Puerto Rico es el caso límite hacia donde deben mirar los pueblos latinoamericanos. El otro es Vietnam...

Pero el 1948 es significativo aún por otro motivo. En 1947 Albizu Campos regresa a Puerto Rico luego de haber cumplido una condena de diez años en la prisión de Atlanta, Georgia. Los estudiantes universitarios le invitan a hablar en la Universidad en 1948. El rector de la Universidad, Jaime Benítez, niega el permiso amparándose en el carácter « político » de la actividad. Los estudiantes se declaran en huelga. Benítez —con la anuencia de Muñoz Marín— hace invadir la Universidad de policías y cierra las aulas. Más tarde expulsa a más de cien estudiantes huelguistas y a varios profesores. La « calma » es restaurada a través de la intervención policiaca del recinto. El movimiento estudiantil universitario es emasculado y la lucha estudiantil es retrasada —con el beneplácito del PPD— por más de dos décadas. Ya en su primera actuación electoral el PIP logra un total de 60 000 votos, convirtiéndose en el segundo partido importante de Puerto Rico. La campaña antindependentista de Muñoz Marín se torna más virulenta ante este hecho.

Con el retorno de Albizu Campos la lucha independentista vuelve a plantearse en lucha electoral versus lucha insurreccional. Dos años más tarde, el 28 de octubre de 1950, los nacionalistas atacan contra el gobernador Muñoz Marín e intentan tomar algunos pueblos en el centro de la isla. El gobierno de la colonia hace un extraordinario despliegue de fuerza. La represión desatada por la policía estatal

y por la Guardia Nacional —un organismo militar supeditado a las fuerzas armadas norteamericanas— es feroz. Miles de independentistas son detenidos. Albizu Campos es encarcelado nuevamente. Muñoz Marín rehúsa declarar el estado de sitio y informa al gobierno de la metrópoli que la situación se halla bajo control. En efecto el atentado nacionalista —carente de una base popular— es reprimido brutalmente en unos pocos días. Nadie debió llamarse a engaño: la colonia más protegida del Caribe no iba a derrumbarse mediante actos de gran heroísmo —pero que no se asentaban sobre una base amplia de carácter popular. En realidad lo que los nacionalistas pretendieron impedir mediante el tronar de sus pistolas era que se perpetrara el primero de los grandes fraudes que Muñoz Marín tenía reservado para nuestro pueblo. En 1950 el Congreso norteamericano aprobó una ley —conocida como Ley 600— donde se autorizaba a los puertorriqueños a redactar una constitución. Pero esta « constitución » dejaba intacto el poder que el propio Congreso de la metrópoli tenía en materia de legislación para Puerto Rico, dándose así el enorme despropósito de una « Convención Constituyente » donde el pueblo puertorriqueño carecía de los poderes más elementales para regir sus propios asuntos sin interferencia de la metrópoli. Es decir, que la Ley 600 y la Constitución del « Estado Libre Asociado de Puerto Rico » aprobada en 1952 era un hábil juego mediante el cual se pretendía borrar —mediante un nombre pomposo— la condición colonial de Puerto Rico. En realidad había razones más profundas aún determinantes de este curso de acción. La ONU andaba ya pidiendo la descolonización de los territorios dependientes. Los Estados Unidos —que en aquel momento controlaban a la ONU aún más que lo que la controlan hoy— fueron ante el alto organismo inter-

nacional en 1953 y lograron una resolución favorable a sus intereses: de acuerdo con esta resolución Puerto Rico era un país con «gobierno propio» y los Estados Unidos no estarían obligados en lo sucesivo a rendir informes a la ONU sobre la isla. De nada valió la argumentación en contra de los países socialistas y neutralistas ni la de la oposición independentista en Puerto Rico. Al aprobarse la Constitución del ELA mediante referéndum en 1952, el paso dado por los Estados Unidos ante la ONU servía para remachar —confiriéndole legitimidad— al **status** colonial de Puerto Rico.

De ahí en adelante la situación de la isla no ha cambiado. El decantado gobierno propio se limita a facultades puramente locales, pero el Congreso de los Estados Unidos se reserva los poderes básicos sobre áreas tan vitales de nuestra vida colectiva como: reclutamiento militar (los jóvenes puertorriqueños están obligados a servir en las fuerzas armadas norteamericanas y, de no hacerlo, pueden recibir pena de prisión por 5 años); defensa (los norteamericanos tienen 13 bases militares en la isla —dos de ellas termónucleares— y el Pentágono es el más grande latifundista que tenemos, ocupando más de 100 000 acres de nuestra tierra cultivable); policía secreta (el FBI y la CIA funcionan con autorización del Congreso norteamericano en Puerto Rico); aduanas; correos; inmigración (no somos los puertorriqueños quienes determinamos quien entra y quien sale de la isla); salarios mínimos; marina mercante (Puerto Rico no tiene marina mercante y sólo puede transportar sus mercancías en barcos de matrícula norteamericana); comunicaciones (todo programa de radio o televisión tiene que ser aprobado por la Comisión Federal de Comunicaciones en Washington); relaciones internacionales; aeronáutica civil; etc.

De la manera más sucinta posible describió este «poder ilimitado» del Congreso Yamil Gadib en su testimonio ante la Comisión para el estudio del **status** político de Puerto Rico, en representación del Congreso Puertorriqueño Anticolonialista. Cito la parte relevante de su ponencia:

«En virtud de ese poder ilimitado, el Congreso recluta nuestras juventudes y las envía a la guerra, determina quiénes pueden entrar y salir de nuestro territorio mediante las leyes de inmigración y emigración; mantiene aquí un tribunal federal que procesa y enjuicia a puertorriqueños bajo leyes federales; controla la radio y la televisión y sin su anuencia no puede erigirse en nuestro país una torre emisora ni enviarse o recibir mensaje alguno a través de estos medios de comunicación. Censura libros y obras de arte a través de sus agentes en las aduanas federales; controla nuestro comercio y nuestra economía mediante el monopolio, hasta donde es posible hacerlo, como mercado consumidor. Mantiene un absoluto e increíble control sobre los fletes marítimos y aéreos entre Estados Unidos y Puerto Rico que le impone a nuestro país un sobreprecio calculado entre 40 y 50 millones de dólares anualmente.

Interviene con exclusividad en las leyes sobre quiebra, naturalización y ciudadanía. Mantiene poder ilimitado de expropiación de nuestras tierras y nuestras propiedades, y aunque pudiera alegarse que ese poder no lo ha ejercido siempre en forma abusiva, el hecho de no existir limitación alguna a este respecto, es inequívoca señal de que nuestro territorio y nuestra riqueza están a merced y siguen siendo posesión y pertenencia de los Estados Unidos. Controla la delegación aérea y marítima. Dirige con exclusividad las relaciones exteriores. Nos prohíbe fijar nuestros propios aranceles por el artículo 3º de la Ley

de Relaciones Federales, reservándose para sí la única arma que podríamos esgrimir para proteger nuestras empresas de producción contra competencias ruinosas de los poderosísimos productores de Estados Unidos, llevándonos a la paradójica situación de que un país pobre compre a los precios del país más rico del mundo; a que en el intercambio de mercadería tengamos anualmente una balanza desfavorable para nosotros en una suma que fluctúa entre 250 y 300 millones de dólares y que nuestra balanza de pago haya sido, sistemática y endémicamente, adversa a Puerto Rico desde que los norteamericanos pusieron pie en nuestro suelo.

Mantiene el Congreso control sobre la industria azucarera. No nos permite intervenir en los tratados comerciales que negocia Estados Unidos con otros países, ni aún en aquellos aspectos que nos afectan adversamente; controla correos y moneda y establece las determinaciones fundamentales sobre las normas que rigen en el negocio bancario. Cubre tierra, mar y aire puertorriqueños con su ejército marina y aviación sin siquiera tomarnos el parecer ni el consentimiento para encubrir las apariencias de un sistema que tiene la pretensión de ser democrático.

Puede sostenerse, en fin, que está en manos del Congreso de los Estados Unidos casi todo lo que directa o indirectamente afecta la vida de Puerto Rico. »

Luego de esa exhaustiva enumeración de facultades no creo necesario añadir nada. Dejo al lector perspicaz el juicio que le merezca el gobierno propio de que disfruta nuestra isla.

Esta carencia de poderes, esta indefensión casi absoluta a que nos condena el colonialismo marcha de la mano —no podría ser de otra manera— con la explotación económica de Puerto Rico por los capitalistas norteamericanos. Como se verá a conti-

nuación, la dependencia económica de la isla es de tal naturaleza que aun economistas no independentistas se han visto obligados a dar la voz de alerta.

Como indiqué anteriormente, el programa de industrialización de Fomento es un programa que tiene como base la concepción de una exención contributiva a todas las empresas que se establezcan en Puerto Rico por un periodo que puede durar hasta 17 años. En el 1966 el 78 % de estas empresas eran norteamericanas. El rendimiento neto de estas empresas es astronómico, como podrá apreciarse por el hecho de que su aportación a la economía puertorriqueña —y así lo admite el propio gobierno colonial en su propaganda— es esencialmente la de los salarios que éstas pagan a los obreros en sus fábricas. Los dividendos que estas empresas pagan a sus accionistas superan por mucho lo que empresas equivalentes pagan por sus operaciones en otros países del mundo. Un organismo oficial, la Junta de Planificación, nos indica en su **Informe Económico al Gobernador para 1966**, y al referirse al hecho de que en Puerto Rico no existe una « generación espontánea de ahorro », que « en la distribución funcional de los ingresos predominan fundamentalmente los salarios, las transferencias unilaterales (por ejemplo, compensaciones del Seguro Social o el sistema de desempleo) en contraposición con el pago de dividendos e intereses y otras retribuciones de capital. Hay una razón principal que produce estos resultados: **la gran parte de las ganancias industriales que aunque se originan en Puerto Rico salen fuera y no afluyen como en otros países a las unidades familiares en forma de dividendos.** » (El subrayado es nuestro.) Traducido al lenguaje corriente esto quiere decir que los inversionistas norteamericanos sacan de Puerto Rico más —mucho más— de lo que invierten. De la misma fuente logramos la

siguiente información: en 1965 el rendimiento de capital de Puerto Rico en el exterior fue de 26,9 millones de \$, mientras que el rendimiento de capital del exterior en Puerto Rico fue de 238,9 millones de \$. Por ende la salida neta en términos de rendimiento de capital fue de 212,0 millones de \$ en 1965.

Otro tanto puede decirse respecto al capital financiero. Citamos otra vez fuentes oficiales. En 1960 la deuda externa financiera neta de Puerto Rico, es decir, después de haber deducido el capital en manos puertorriqueñas pero invertido afuera en valores, era de 573 millones de \$ mientras que en 1965 era de 1 280 millones de \$: los intereses totales externos en 1965 fueron de 44,9 millones de \$, y se espera que para 1975 estos intereses suban a 241 millones de \$. Como dice el Informe citado, « sólo en concepto de intereses la economía de Puerto Rico pagará una cantidad neta equivalente al 3,3 % de la producción nacional », aunque no dice que estos intereses irán a engrosar los abultados bolsillos de los bonistas de Wall Street. No obstante, el Informe al Gobernador dice más adelante: « En Puerto Rico de cada 100 millones de \$ de deuda total pública, 95 millones de \$ se deben al exterior y sólo 5 millones de \$ están en manos de acreedores locales. »

De lo dicho puede notarse claramente que se trata no únicamente de una continua y persistente emigración de nuestra riqueza hacia la metrópoli, sino también de que el capital financiero norteamericano extrae de nuestro país enormes cantidades de dinero por concepto de intereses que nunca más vuelven a la isla. Luego no debe extrañar a nadie que en 1965 el secretario de Comercio de Puerto Rico afirmase que nuestra balanza de pagos arrojaba un saldo desfavorable para nuestro país de 228 millones de \$. Puerto Rico se halla en un proceso precipitado de descapitaliza-

ción que de continuar nos dejaría sin fuentes nacionales de formación de capitales y que es un corolario lógico del acelerado proceso de entrega de nuestro patrimonio nacional a intereses norteamericanos. He ahí el fruto más amargo del colonialismo desembozado de la era de Muñoz Marín.

A todo esto el gobierno colonial replica que la isla tiene actualmente un ingreso **per capita** de aproximadamente 900 \$ anuales. Pero lo que no dicen es cómo queda distribuido ese ingreso. En 1960, y tomando como base el censo del gobierno federal norteamericano, el 47,9 % de las familias puertorriqueñas recibía menos de 1 000 \$ de ingreso al año, mientras que el 31 % de las familias recibía menos de 500 \$ al año. Esto —bueno es añadir— dentro del marco de una economía donde el costo de vida es considerablemente mayor que el costo de vida en la metrópoli. José Luis Vázquez Calzada, prominente demógrafo puertorriqueño, acaba de publicar un trabajo donde afirma que si tomamos como criterio de la pobreza el de 3 000 \$ anuales por familia —que es el imperante en la metrópoli— el 60 % de las familias puertorriqueñas caerían bajo esa clasificación. (Nótese la desigual comparación entre los criterios de « pobreza » en un país altamente industrializado y los que deben utilizarse en un país subdesarrollado como el nuestro.) Pero la situación es aún peor si tomamos en consideración como queda distribuido el ingreso en Puerto Rico. El doctor Vázquez nos informa en su estudio que el 20 % de las familias más adineradas recibían el 51,1 % del ingreso personal total en 1963, mientras que en el extremo opuesto el 20 % de las familias más pobres recibieron sólo el 5 % del ingreso personal total. La situación de la pobreza imperante en Puerto Rico es hasta tal punto alarmante que el gobierno colonial se vio precisado a suprimir un

informe sobre la pobreza en Puerto Rico que le fue solicitado al economista norteamericano Herman Miller. Copia de dicho informe —obtenido clandestinamente por el Movimiento Pro Independencia— demuestra cuán hueco es el decantado « progreso » de Puerto Rico, no empecé su papel de « vitrina » para el mundo latinoamericano. El gobierno colonial y el de la metrópoli continuamente manipulan las estadísticas para demostrar que el « paraíso » puertorriqueño es muy superior al « infierno » cubano.

Otro aspecto importante de la condición colonial de Puerto Rico es el desempleo. Las cifras oficiales son en el sentido de que el desempleo en Puerto Rico es de un 12 % a un 14 % de la fuerza obrera. Sin embargo el economista norteamericano Hugh Barton —un funcionario de gobierno local— llegó a afirmar en unas vistas celebradas en el Congreso norteamericano el 3 de enero de 1966 que en Puerto Rico el desempleo alcanzaba la astronómica cifra de 30 % de la fuerza de trabajo. Este es uno de los más ricos venenos de explotación de que dispone el imperialismo norteamericano en Puerto Rico: la superabundancia de fuerza de trabajo y un « ejército de reserva » de trabajadores que ellos pueden escoger a su antojo. Dejemos que hable en ese sentido el *Wall Street Journal* del 27 de diciembre de 1966, toda vez que este reportaje refleja cómo el inversionista norteamericano ve a Puerto Rico en términos de posibles inversiones. « La alarmante tasa de desempleo », dice el portavoz de *Wall Street*, « que se estima entre un 12 y un 30 %, está ayudando a atraer las industrias de los Estados Unidos en lo que puede considerarse un record, dada la escasez laboral que afecta a nuestro país. » Pero ésta no es la única razón por la cual estas industrias han iniciado su carrera hacia Puerto Rico. El artículo añade que: « De una parte, los impuestos personales

y sobre la propiedad, además de los arbitrios y pagos por licencias, son suspendidos a menudo por un periodo de hasta 17 años, dependiendo del producto de una compañía y de cuanto ésta ayuda a la industrialización del área. En adición, el gobierno puertorriqueño concede subsidios generosos para todo, desde transportación hasta entrenamiento. » El lector juzgará por qué la « Operación Manos a la Obra » es tan célebre y celebrada entre los círculos industriales y financieros de la metrópoli.

No cabe duda de que para sostener toda esta estructura económica la metrópoli le da algo a su colonia más « pacificada ». Cuando el vicepresidente Humphrey vino a Puerto Rico el año pasado, nos recordó que los Estados Unidos habían gastado 350 millones de \$ durante el 1965, contribuyendo así al éxito de nuestra « revolución pacífica ». Esto quiere decir que en sus diferentes programas para construcción de carreteras, hospitales, escuelas, etc. —para hablar sólo de los que gastan aquí en asuntos pacíficos— el gobierno federal invierte en nuestra isla aproximadamente 1 000 000 de \$ por día. Si tomamos en consideración lo que extraen del país tanto sus empresas como sus bancos —para no hablar del hecho de que el Pentágono no paga por el uso de los 100 000 acres que ocupa de nuestro territorio ni un solo centavo al gobierno colonial— no podemos sino concluir que esta ayuda —dado lo que reciben a cambio— es en verdad irrisoria. Pero hay algo más. Los Estados Unidos tienen otra forma de subvencionar nuestra economía. Se trata del programa de alimentos excedentes que el pueblo agudamente ha bautizado con el nombre de « mantengo ». Pues bien, de acuerdo con estadísticas dadas a la publicidad por el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos 901 502 personas recibieron excedentes de alimentos en 1966.

Siendo la población de Puerto Rico de dos millones y medio (aproximadamente) puede notarse que 1 de cada 2,5 personas en Puerto Rico se ven forzados a aceptar excedentes alimenticios del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos. Como en la India y otros países, este hecho es convertido en capital político por los que confieren la « dádiva ».

(Nuestro país tiene además la « buena fortuna » de haber sustituido a La Habana como centro turístico del Caribe. Además de la mafia, la prostitución, las drogas y la disolución de nuestra cultura autóctona, fuimos visitados en 1966 por un total de 723 500 turistas que gastaron 139,6 millones de \$ como parte de nuestro programa turístico. Ese es otro renglón importante en nuestra economía subvencionada.)

Según la clásica tesis de Lenin, el imperialismo como fase superior del capitalismo se caracteriza por cuatro cosas : ocupación e intervención de un país por otro más avanzado industrialmente ; explotación de la materia prima del país intervenido para beneficio del país imperialista ; apertura de un mercado para los productos manufacturados excedentes de la metrópoli ; aprovechamiento de una mano de obra barata y abundante que sirva para compensar el relativo mejoramiento de la clase obrera dentro de la metrópoli. La tesis de este artículo —como lo indica su título— es que Puerto Rico es una colonia en el sentido clásico y, como tal, capaz de enmarcar perfectamente dentro de los criterios establecidos por Lenin.

El lector habrá captado sin duda a lo largo de este artículo cómo Puerto Rico sigue siendo un país intervenido militar, económica y políticamente por los Estados Unidos. Mientras en otros países se habla de neocolonialismo aquí hay que hablar de colonialismo, punto. En cuanto a Puerto Rico como mercado la cuestión es inaudita. Somos el quinto consumidor de los Esta-

dos Unidos en el mundo entero. Aunque suene increíble este pequeño país consume más productos norteamericanos que Brasil, Venezuela o México, para mencionar sólo a países latinoamericanos. En cuanto a mano de obra abundante y barata ya hemos visto cuál es la situación. Baste con decir que aquí los salarios son mucho más bajos que los que paga la metrópoli a sus obreros.

Quedan las materias primas. Y aquí nos confrontamos con que un mito ha sido propagado desde hace mucho tiempo dirigido a señalar nuestra pobreza de materias primas como fuente de nuestra pobreza. ¡ Como si la caña de azúcar, el café y el tabaco no fuesen materias primas ! Pero todo el andamiaje del mito se ha venido abajo con el descubrimiento de ricos yacimientos de cobre —cuyo rendimiento se calcula en 3 millones de \$— así como el níquel y cobalto —que se calcula rendirán también 3 millones de \$. Por mucho tiempo el gobierno colonial mantuvo en secreto esta información. Cuando la dieron a la publicidad ya habían hecho acuerdos secretos con la Kennecott y otras grandes compañías mineras norteamericanas para ceder a éstas el monopolio de la explotación cuprífera en Puerto Rico. La magnitud de esta transacción es uno de los casos más escandalosos de entrega del patrimonio nacional que se halla realizado en país alguno. Baste con indicar que el ingeniero Gerardo Navas Dávila —que fue expresamente a Chile para estudiar cómo funciona la industria del cobre allí— estima que de una inversión total de 100 millones de \$ las corporaciones mineras que explotarán estos yacimientos derivarán ganancias netas de 2 019 000 000 de \$ (dos mil diecinueve millones). De todo esto el gobierno puertorriqueño sacará la irrisoria suma de aproximadamente 75 millones de \$ —sin contar el costo de las tierras baldías y de la contaminación

del ai
conse
simila
nickel
Actua
ha co
Puerto
es lo
establ
tescas
y de
miso
Interic
Phillip
se ha
otras
do su
Las g
fabulo
con
Refini
entre
mó g
acaba
quiere
en es
netas,
impue
Creo
expue
de e
Camp
ejerce
utiliza
interv
Puerto
nuest
debe
• natu
han p
regen
ración
del p
sable
succe
norte

del aire y del agua que esto traerá como consecuencia. Es de esperarse que algo similar suceda con los yacimientos de nickel y cobalto.

Actualmente el programa de Fomento se ha concentrado en el establecimiento en Puerto Rico de industrias pesadas. Esto es lo que se gesta en este momento: el establecimiento en nuestra isla de gigantesas compañías refinadoras de petróleo y de sus derivados, traídas aquí con permiso especial del Departamento de lo Interior de los Estados Unidos. Ya la Phillips Petroleum, y la Commonwealth Oil se han establecido en Puerto Rico. Hay otras —Unión Carbide, Sunoco— esperando su oportunidad para coger su tajada. Las ganancias de estas corporaciones son fabulosas, como era de esperarse. Baste con señalar que la Commonwealth Oil Refining —que cuenta a Teodoro Moscoso entre sus accionistas y ejecutivos— informó ganancias netas para el trimestre que acaba de finalizar de 4 millones de \$. Ello quiere decir que esta compañía —si sigue en este ritmo— podrá informar ganancias netas, para sus accionistas, libres de impuestos, de 16 millones de \$ anuales. Creo que no es menester remachar lo ya expuesto. Vale la pena cuando hablamos de esto recordar una frase de Albizu Campos: «A ningún imperio conviene ejercer su poder directamente, sino que utiliza para ello a los naturales de país intervenido.» Así ha sido en el caso de Puerto Rico. La situación increíble de nuestro país a estas alturas del siglo XX debe entenderse en el contexto de aquellos «naturales del país intervenido» que se han puesto al servicio del imperio que nos regenta. Luis Muñoz Marín y toda la generación que le acompaña en el uso y abuso del poder en Puerto Rico son los responsables ante la historia por lo que está sucediendo en Borinquen. El imperialismo norteamericano no se ha visto obligado

a intervenir directamente con su fuerza militar en Puerto Rico —no tiene que repetir lo que ya hizo en 1898— porque ha encontrado líderes en Puerto Rico dispuestos a hacerles el trabajo. La táctica de la metrópoli es vigilar de cerca a todos los independentistas a través de su FBI y CIA pero sin mostrar su mano muy directamente. Por medio de una política de miedo, coaccionan a los más pusilánimes y silencian mediante prebendas económicas a los más vulnerables. El verdadero propósito que les anima es destruir las últimas fuentes de resistencia del pueblo puertorriqueño para entonces anexionar a Puerto Rico a los Estados Unidos como un Estado de la unión norteamericana. El Partido Popular de otra parte en encarga de manipular la opinión pública para lograr una mayoría en unas elecciones coloniales que a nada conducen.

La propaganda y la educación bajo la colonia son instrumentos poderosos de adoctrinamiento en manos de aquellos que desean perpetrar el *statu quo*. La «mentalidad colonialista» que se ha creado en Puerto Rico, las actitudes de sumisión y de ciega admiración de los Estados Unidos creadas y procreadas por este sistema hacen difícil la creación de una conciencia popular antimperialista. Aquí la metrópoli y sus acólitos controlan todos los medios de coacción y de persuasión. En la isla el sistema imperialista muestra su verdadera faz monolítica, impermeable. Puerto Rico —como la antítesis de Vietnam— parece ser la respuesta al sueño norteamericano de un país perfectamente «pacificado». La nueva lucha independentista, iniciada por el Movimiento Pro Independencia (MPI) ante la debacle del PIP en las elecciones de 1960 y del 1964, es la más eficaz respuesta del pueblo puertorriqueño al reto de la «pacificación». Aunque operando bajo las condiciones más adversas posibles el MPI ha logrado crear un movimiento

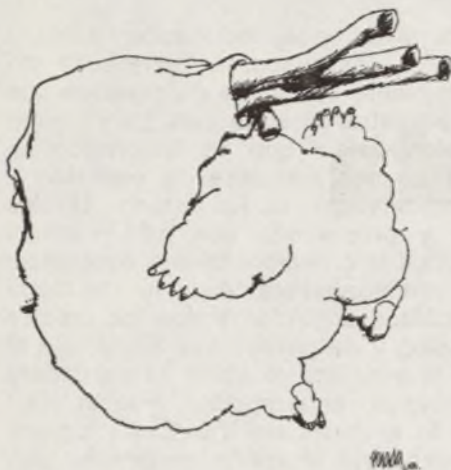
vigoroso y bien organizado que plantea la solución del problema puertorriqueño desde una perspectiva radical. Los independentistas son la única fuerza que se rebela contra el imperialismo norteamericano en Puerto Rico. Pero es necesario lograr una más amplia base popular, conseguir el apoyo de los campesinos y obreros puertorriqueños para lograr la liberación nacional de Puerto Rico. La independencia de Puerto Rico es la única esperanza que queda para el pueblo puertorriqueño si es que este no quiere ser absorbido totalmente por la penetración del imperialismo norteamericano en connivencia con sus sirvientes nativos.

A los hermanos de España y a la América

Nuestra que sufre como nosotros frente a un mismo enemigo le recordamos las palabras pronunciadas por Albizu Campos en 1926 : « Nuestra situación dolorosa bajo el imperio de Estados Unidos es la situación que pretende Norteamérica imponer a todos los pueblos hermanos del continente. Nuestra causa es la causa continental. » Y les exhortamos también a parafrasear la frase del Apóstol Martí haciéndola aplicable a Puerto Rico : « Para el Puerto Rico que sufre, nuestra primera palabra. »

San Juan de Puerto Rico

1º de mayo de 1967



undo
te a
las
pos
bajo
itua-
oner
onti-
nen-
ara-
ién-
a el
nera

Rico
1967

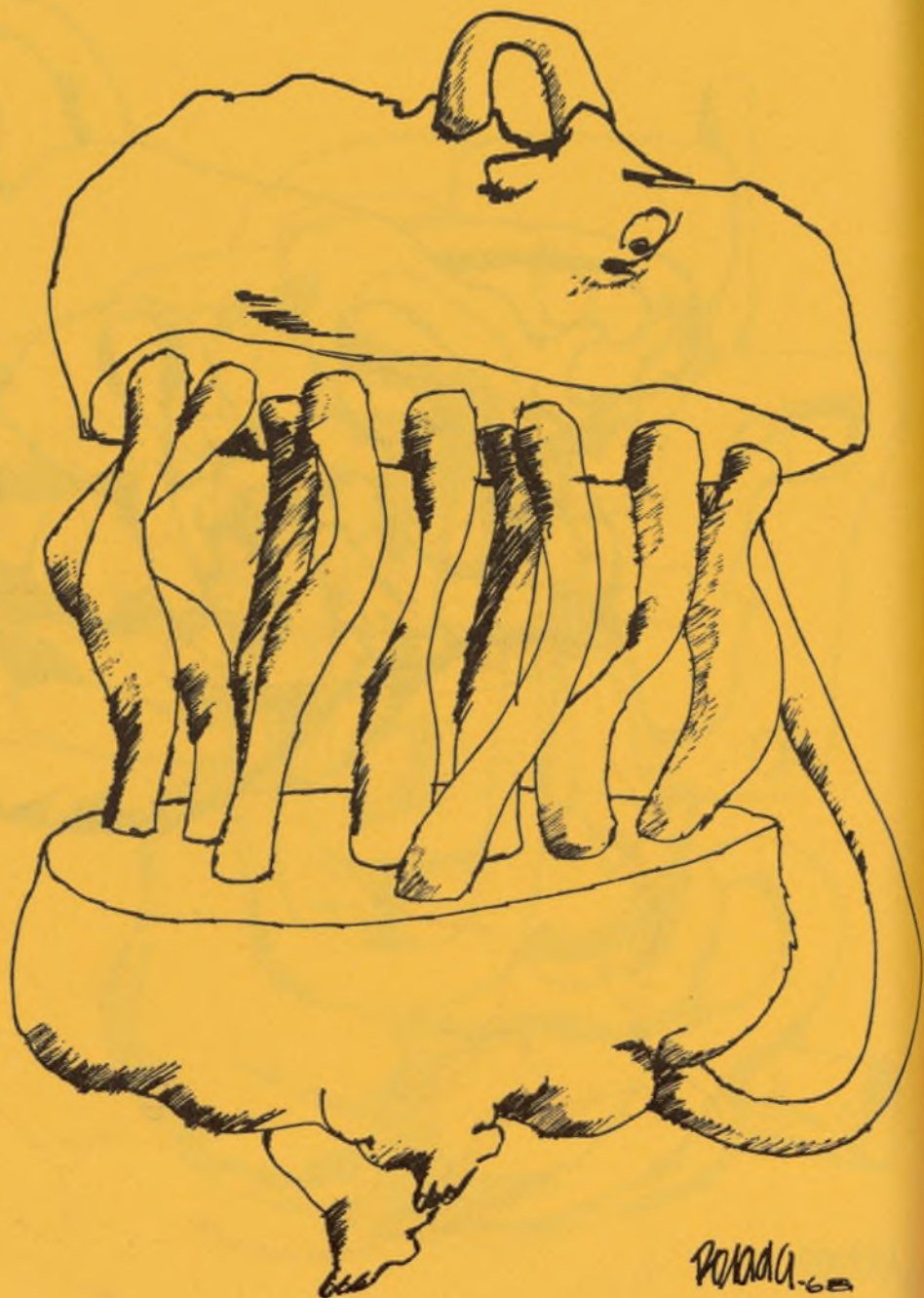
7 dibujos **de** **Posada**



Pomodoro



PONDA-68.





Picasso
68.





ROCKA 68



Picasso 68

Ayuntamiento de Madrid

Un término

Conocer no es lo mismo que saber.
Quien aprendió escuchando ; quien padeció o gozó ;
quien murió a solas.
Todos andan o corren, mas van despacio siempre
en el viento veloz que ahí los arrastra.
Ellos contra corriente nadan, pero retroceden,
y en las aguas llevados, mientras se esfuerzan cauce arriba,
a espaldas desembocan.
Es el final con todo en que se hunden.
Mar libre, la mar oscura en que descansan.

El pasado : «Villa Pura»

Aquí en la casa chica,
tres árboles delante, la puerta en pie, el sonido :
todo persiste, o muerto,
cuando cruzo. Me acuerdo : « Villa Pura ».
Pura de qué : del viento.
Aquí ese niño puso
en pie el temblor. Aquí miró la arena
muerta,
el barro como un guante,
la luz como sus pálidas mejillas
y el oro viejo dando
en el cabello un beso
sin ayer. Hoy, mañana.

Las hojas han caído, o de la tierra al árbol
subieron hoy
y aún fingen
pasión, estar, rumor. Y cruzo
y no dan sombra,
pues que son. Y no hay humo.

Velar. Vivir. No
puedo,
no debo
recordar. Nada vive. Telón que el viento mueve
sin existir. Y callo.

Como Moisés es el viejo

Como Moisés en lo alto del monte.

Cada hombre puede ser aquél
y mover la palabra y alzar los brazos
y sentir como barre la luz, de su rostro,
el polvo viejo de los caminos.

Porque allí está la puesta.
Mira hacia atrás : el alba.
Adelante : más sombras. ¡ Y apuntaban las luces !
Y él agita los brazos y proclama la vida,
desde su muerte a solas.

Porque como Moisés, muere.
No con las tablas vanas y el punzón, y el rayo en las alturas,
sino rotos los textos en la tierra, ardidos
los cabellos, quemados los oídos por las palabras terribles,
y aún aliento en los ojos y en el pulmón la llama,
y en la boca la luz.

Para morir basta un ocaso.
Una porción de sombra en la raya del horizonte.
Un hormigear de juventudes, esperanzas, voces.
Y allá la sucesión, la tierra : el límite.
Lo que verán los otros.

Samuel Feijóo

El soldado Eloy

Eloy nació en el valle de Vega Vieja, de padres campesinos; su madre, una mulata hacendosa y sonriente; el progenitor, un gallego fornido que se jactaba de haber colocado más polines de ferrocarril en la zona de San Juan a Potrerillo que hombre alguno sobre la tierra. Eloy resultó el quinto hijo de una prole que llegaría a nueve.

Desde muy niño Eloy conoció la brega campera. Se vio obligado a trabajar con rudeza, desde el ordeño, a las frías dos de la madrugada, donde tenía que «apoyar» terneros, hasta la guataquea, la aradura, la venta de leche en el lejano pueblo. Poco colegio tuvo Eloy. Su madre le enseñó malamente las primeras letras. Su padre, analfabeto que no se conformaba a su ignorancia, sufría por la carencia de escuela en el valle.

El gallego decía a menudo a su mujer:

—Si los muchachos pudieran estudiar un poco saldrían de esta esclavitud de la pega en el campo... Aquí van a soltar la vida trabajando y no pararán en nada...

Pero no llegaba maestro alguno al valle de Vega Vieja. Si venía la pareja de la Guardia Rural, jineteando gordos caballos, recibiendo saludos y obsequios —un guanajo, un par de pollos— de los amedrentados campesinos, viendo a los rurales con ancestral temor... Si, venía el político de mucha sonrisa y mucho abrazo, buscando votos y prometiendo obras que nunca se realizaban.

Y fue uno de estos políticos, bien vestidos y de doble cara, quien, años después, al ver tras los harapos de Eloy un cuerpo robusto, el mismo de su padre, le propuso a la familia:

—Si me consiguen cien votos en la zona de Vega Vieja se lo acoloco de soldao... Pero dando y dando. Me traen las cien cédulas y se lo acoloco con el Coronel.

Aquella promesa sonó en los oídos de Eloy como lluvia de primavera sobre maíz sediento. Era irresistible. Aunque se opusieron reparos, conociendo la mentirosa boca del político, la familia al fin dispuso criterio.

—Si se coloca de soldao el muchacho está completo. Poco trabajo y un cheque. Ropa y comida libre, y algo del sueldo pa ayudarnos un poco...

Pero al prudente gallego no le gustaba el asunto:

—Ser soldado es la última carta de la baraja. Desde el cabo hasta el teniente lo tratan a la patá... Ahí no va a estudiar nada, ahí se va a achantar, ni se educa ni na, a lo mejor se porta como la mayoría...

Pero nadie le hizo caso. La familia se lanzó a buscar votos y comprometió a medio mundo en Vega Vieja, y más allá de aquellas tierras. El resultado fue sorprendente: más de cien cédulas. El político fue avisado, recogió las cédulas, y pocos días después volvió con el nombramiento de Eloy. Abrazó al joven guajiro, y le dijo, entregándole un sobre:

—Dando y dando. Aquí está tu destino. Toma este sobre y preséntate en la Comandancia de Las Villas.

Satisfecho tras nuevos abrazos a todos, se marchó llevándose al nuevo soldado. Eloy portaba un jolongo chico, conteniendo una muda de ropa interior de lienzo, un par de medias, una camisa y un pantalón de andar. Vestía una guayabera de dril crudo, la de los domingos, y unos pantalones gruesos, con rodilleras bien marcadas a pesar del brillante almidón.

Ya en la Comandancia fue asignado en el Cuartel de Santa Clara. Allí amistó con soldados, campesinos como él, y se adaptó fácilmente a la disciplina del oficio. Y se sintió feliz, orgulloso de su uniforme kaki, de las armas que portaba, que le aseguraban una autoridad nueva. Comprendió su importancia y amó su posición que le sacaba de la miseria y el trabajo sin más destino que un mal bohío y una lucha con la tierra sin recompensa.

Al principio ayudó con algunos pesos a sus padres, a los que fue a visitar con su uniforme nuevo, deslumbrando a la familia y a la vecindad con su rifle y sus arreos de soldado, con botas brillosas y con un cutis que ya había blanqueado.

Eloy era feliz.

Pero el prudente padre gallego le preguntó:

—¿Estudias?

—Todavía... —le respondió el hijo.

—Mal vas... Así serás un ñame con corbata. Bien vestio y limpio por fuera y por dentro un brutazo...

Se separaron con risas. Y Eloy se fue al cuartel de la ciudad y siguió su vida igual, sin que estudiase, pues padecía de desgano para la lectura, y, además, su vida le era fácil. Como había conocido el valor de un peso, no lo malgastaba. Y siguió ayudando a sus padres hasta que conoció a Eulalia.

El poco dinero se fue hacia ella, en regalos, en convites. Y, una noche, se la raptó. Alquiló cuarto, lo amuebló malamente, y Eloy comenzó entonces a sufrir escaseces económicas. Quería a Eulalia y velaba por que nada le faltase.

Un atardecer, en que salía franco del cuartel, le dijo el teniente Valladares.

—No te puedes ir. Mañana vamos a un desalojo en Río Chiquito...

Eloy no comprendió bien el asunto, pero obedeció, como siempre. Primero que nada, así le habían enseñado, a obedecer ciegamente a sus superiores. Envío un recado a Eulalia y se resignó.

Al alba, salieron a caballo a los campos. Al entrar en la naturaleza bravia, de monte y sabana solitaria, brillando al sol mañanero, cantando los judíos, volando las auras, oliente a bejuco y a hoja tierna, Eloy sintió el regocijo de su infancia; tornaba a lo suyo. El sol del pleno campo le hacía bien. Cabalgó alegre. Tarareó una décima.

A las seis horas de camino llegaron a Río Chiquito.

Allí los vio a la puerta del bohío. Rotos los vestidos, los rostros delgados y secos, los pies descalzos, los niños semidesnudos en los brazos. Los ojos marchitos. Mudos los labios.

El Teniente les dijo :

—Tienen que irse. Están desalojados...

El jefe de la familia le respondió humilde :

—No sabemos dónde ir...

El Teniente los replicó :

—Lo sentimos, de verdad que lo sentimos. Pero la ley es la ley. Tiene que salir...

Un anciano le dijo :

—La ley es injusta. Siempre pagamos la renta...

El Teniente repuso :

—Yo tengo el mandamiento judicial aquí... que es lo que vale. La tierra no es de ustedes y tienen que irse. Vayan cargando los trastes en la carretica porque venimos aquí a hacer cumplir la ley...

Eloy miraba el desalojo, en silencio, turbado. Vio a los delgados brazos hacer esfuerzos para subir a la carreta las destartaladas camas de hierro, el escaparate donde faltaban dos tablas al fondo, la mesa de pino, donde el comején roía, tres taburetes, una despintada cunita, bultos de ropa, un arado de madera, la piedra de filtrar el agua, la tinaja... y pensó en su familia, pensó que aquello pudiera ocurrirle también.

Y Eloy se inquietó.

Escoltaron a los desalojados hasta una guardarraya de cocoteros, y después que les vieron perderse en un callejón lejano, volvieron al bohío y lo quemaron, según les ordenó el Teniente.

Eloy, con un tizón en la mano, con su piel brillando en el incendio, se turbaba.

En el camino, de regreso, mientras avanzaba al brusco trote de su caballo, ya la naturaleza no le pareció tan bella. Se sintió culpable. Pensó en los campesinos desalojados, en la suerte que les esperaba en campos donde el trabajo no existía. Expuestos al rigor del largo « tiempo muerto »...

Cuando llegó al cuartel, se sentía mal. Y esa noche, en los brazos de Eulalia no halló contento.

Su otra misión desagradable ocurrió en la zafra. Hubo una huelga de obreros, a los cuales no se les pagaban justos salarios. Su destacamento llegó al batey del Ingenio paralizado. Eloy, junto a otros soldados, prendió algunos obreros. Los sacó de sus casas y les hizo subir a varios camiones para su traslado a las cárceles de la ciudad. Los vio de cerca, algunos eran campesinos como él. Se justificaban.

—Estamos en huelga porque no se nos hace justicia...

—Trepn al camión... por las buenas... —les dijo severo el Teniente.

Ningún obrero se resistió ante las armas apuntadas contra ellos. Subieron al camión con la mirada firme. Eloy les vio partir, con cierto escozor en las entrañas.

Ese mismo día patrulló los cañaverales. Rifle en mano andaba por las

guardarrayas, listo a disparar contra cualquier huelguista que pretendiera incendiar las cañas.

Al siguiente día, de posta en un ángulo del batey solitario, se le acercó un niño :

—Guardia, mamá está mala y hay que llevarla al médico. Ayúdeme a levantarla. No hay nadie por aquí. Todos se han ido...

Eloy entró a un rancho y levantó del suelo a una mujer enflaquecida.

—Padece de ataques... —dijo el niño.

—¿Y tu padre? —preguntó Eloy.

—Está preso...

Eloy lo miró, inquieto. La mujer desmayada respiró sordamente. Estiró sus miembros. Abrió los ojos. Eloy le preguntó de inmediato :

—Su marido, ¿dónde está...?

—Es huelguista. Está preso... —murmuró la mujer.

Eloy miró la choza, vio la miseria, la que él conocía, de su propia choza. Vio el fogón destartado, con su olla de barro, las sillas desfondadas, las camas con su trapos.

—Está preso —repitió el niño.

Eloy engordaba. Su vida le era fácil. No pedía más. Era la suya vida de simple rutina, muy distinta de la ruda labor del campo donde se viera sin ropas limpias, sin buenos zapatos, sin dinero... No hubiera cambiado su condición de soldado por nada en el mundo. El conocía de frente la miseria y sus días desesperados. De allí, de su uniforme y su sueldo no lo sacaba nadie. Ni su Eulalia siquiera. Ni el hijo de dos años quizá. Allí estaba protegido. Allí no había altibajos. Cobrar el cheque, cumplir su rutina y vivir... Ninguna otra idea le preocupaba demasiado. Ni la política, ni los abusos, ni los crímenes. Estaba a salvo. El mundo era así, y él tenía una posición en el mundo, la de soldado. Y eso le bastaba. Pero a veces no olvidaba a los desalojados, al niño del huelguista.

En el mundo que le rodeaba, no le iba todo bien al gobierno. Habían ocurrido levantamientos en las montañas contra sus crímenes. El despotismo obtenía su cosecha natural, y ya los soldados salían a combatir a los rebeldes en los montes. Los días ya no eran quietos. La guerra era una realidad amarga, que tenía que afrontar. Eloy no era cobarde. Eloy sabía obedecer. Eloy fue al frente.

Eulalia le colgó al cuello medallas religiosas. La hizo aceptar un detente con el corazón de Jesús bordado por ella en rojo para que lo resguardara de la muerte, le dio la « oración del Justo Juez » para que la leyera y portara. Y Eloy lo aceptó todo sonriendo. Besó a su hijo al despedirse, y a Eulalia, llorosa, la apretó contra su pecho.

Eloy sabía que los rebeldes luchaban contra un mal gobierno. Se decía : « todos los gobiernos son malos, y con cualquiera tengo que servir ».

Y aceptaba fatalmente su destino. El mundo era muy complicado para él. « ¿ Qué voy a hacer ? » —pensaba. Su Teniente le acompañó a las operaciones de guerra, guiando su destacamento. A los seis días de fatigosa marcha ya estaba en su objetivo.

—Ojalá que esto se acabe pronto —dijo Eloy a su amigo, el soldado

Julián, guajiro como él, mientras se cocinaba el rancho de campaña bajo un yagrumal al pie de una loma.

—Sí... Pero esto va pa largo... Aunque contra nosotros no hay quien pueda. Contra el ejército no se puede...

Eloy sonrió, un tanto tranquilo. El aire soplaba fresco entre las hojas de las yagrumas cobijándoles.

Vio cercanas las cumbres. Divisó las auras volando, altas, como puntos negros que se movían contra un firmamento azul prusia. « Allá arriba —se dijo indeciso— ahí están. »

Al amanecer iniciaron la subida.

Caminaban lentamente. Una avanzadilla se abría paso. Detrás marchaba el grueso de la fuerza, en fila india, bien espaciada, para no dar ventaja a los tiradores ocultos en el monte. Detrás de cada tronco acechaba la muerte. Eso lo sabían bien los cansados soldados.

A las cinco horas de marcha, al pie de un cerruelo, levantaron campamento. Una de las primeras postas le correspondió al soldado Eloy. Se apostó detrás de una roca, ante un valle lleno de palmas y neblinas. A lo lejos se veía el mar, una franja azul pálido.

Su compañero de guardia le dijo :

—A la verdad que ningunas ganas tengo de estar metio por estas bejuqueras...

—Sí. Yo también. Aquí no se me ha perdido na —contestó Eloy.

Y ambos miraron el horizonte, buscando un posible indicio de los rebeldes. Al anochecer comenzaron los tiros. Nadie durmió bien. Tiros, que venían nadie sabía de dónde. Las postas nerviosas que disparaban. Los nervios tensos.

Al alba continuaron el recorrido fatigoso, de monte en monte, sobre abras, por desfiladeros. Hacía frío, caían lloviznas. Una niebla constante difumaba los árboles. La lluvia en las hojas de los árboles, el fango. Los soldados charlaban entre sí :

—No se ve na.

—¿ Por qué no bajamos ya... ?

—Que vengan otros y que se chiven en esta persecución...

Al amanecer tuvieron un gran fuego. Un grupo de rebeldes los tiroteó de improviso. Cayeron soldados delanteros, sorprendidos por una balacera que no partía de punto fijo alguno. Eloy los vio pasar, con los rostros pálidos, quejándose.

El Teniente, revólver en mano, se les acercó.

—Ahora nos toca a nosotros ir adelante... ¡ Arriba !

Y Eloy fue a la vanguardia.

Un día después entró en batalla. Cuando descendían por un trillo de altas malvalocas las balas les alcanzaron. Cayeron tres compañeros. Eloy disparó al frente, al monte delantero, sin saber a quién. A su lado las ametralladoras abrían fuego a un enemigo invisible : las guerrillas.

El Teniente se les encimó :

—Al monte, vamos a ese monte, ¡ allá dentro están... !

Los soldados avanzaron. A toda carrera. Antes de llegar al monte frontero algunos habían rodado por la yerba. Eloy llegó. Se internó, el rifle

listo a disparar. Pero no veía a nadie. Avanzaba.

Junto a un tronco de yaba lo halló. Era un barbudo, un hombre joven. Yacía pegado al tronco, inmóvil. Eloy se le acercó, cauteloso. Vio la sangre. « Me lo llevo prisionero » —se dijo. Se lo echó en los hombros. Pesaba poco. Era un hombre delgado, el uniforme roto y sucio. Eloy caminó unos cordeles. Se cansó. Cuidadosamente recostó al herido en la yerba mientras cobraba fuerzas. Escuchó. No se oía un disparo ya.

—Tengo sed... Dame agua.

Eloy le apuntó a los ojos. Pero vio en ellos la fiebre y la indefensión.

—Agua...

Eloy le miró. Era un rostro campesino, como el suyo, un rostro sufrido. El herido bebió en la cantimplora que Eloy le tendió.

—Gracias...

—De nada —dijo Eloy.

Y no supo qué hacer.

—Creo que estoy grave —dijo el herido.

—No, no lo estás...

—De ésta no escapo...

Eloy pensó : « si llevo prisionero a este guajiro, de seguro que lo asesinan. El Teniente lo mata. Ya mató a dos sólo porque no supieron decirle dónde estaban los rebeldes ».

—¿ Qué edad tienes... ?

—Diecinueve años —dijo el herido.

Eloy pensó : « si me lo llevo lo mata el Teniente. Lo voy a dejar aquí. Que la suerte lo ayude. De todas maneras no va a vivir mucho porque tiene un balazo de Springfield en la barriga... »

El herido le interrogaba con la mirada. Lo veía pensar. Sabía que su suerte se jugaba.

—Ven con nosotros, soldado, ven...

Eloy no respondió. Dudaba. No quería a su Teniente ni aceptaba al gobierno. Indeciso, no sabía qué hacer.

—Ven con nosotros... —repetía el herido— me cargas y yo te guío...

Eloy se levantó y dijo :

—Te voy a perdonar, eras guajiro como yo. Escápate en cuanto puedas.

—No puedo, soldado, no puedo escapar. Si te vas, mátame, no quiero morir aquí... solo. Llévame donde está mi gente y ven a la revolución...

Eloy no dijo nada. Volvió las espaldas al herido. Salió del montecillo.

—Ya no contábamos contigo —le dijo un soldado amigo—. Nos sorprendieron. Tenemos dos muertos.

Aquella noche ningún soldado durmió. Se esperaba un ataque por sorpresa. Eloy, desvelado, pensaba : « Yo me fuera, pero Eulalia y el hijo... Pero empezar a pasar trabajos ahora... Después que ya estaba asegurado en la vida... A pasar miseria otra vez en los campos... El herido no era malo. ¿ Vivirá todavía ? A la verdad que lo debí haber matado, para que no sufriera más. Pero eso sí que no puedo hacerlo. »

Al amanecer hubo rancho. Eloy separó dos plátanos burros, una lata de

leche condensada, unas galletas. Y, a la primera oportunidad, se internó en el monte.

Allí estaba, más pálido aún. Deliraba con la fiebre.

—Toma, te traigo galletas y plátanos, y una lata de leche...

—Pero el herido no lo reconoció.

Eloy se dijo : « si lo cargo ahora no sé dónde llevarlo. Aunque me quisiera ir con él ya no me puede orientar... »

Se vio rodeado de rifles.

El Teniente gritó :

—¡ Hay que ahorcar a los dos... A los traidores hay que ahorcarlos... !

—Eloy vio las sogas, el lazo. No intentó defensa alguna.

Cuando la tropilla se volvió, un asistente miró atrás a ver si los dos cuerpos ya no se estremecían, y los halló movidos por el ventarrón que bajaba de la Sierra.

El Teniente observó a su confuso asistente.

—El soldado Eloy nunca me gustó —dijo mientras se rascaba una ceja—. No era hombre seguro...

El asistente calló. Cruzaron un riachuelo, que la fuerte brisa llenaba de arrugas. Cubría sus orillas una fina arena gris. El Teniente se arrodilló ante sus aguas y se remojó la ceja, donde la picadura de un mosquito había levantado escocedora roncha.

España contemporánea

HUGH THOMAS

La guerra civil española

Nueva edición corregida y aumentada

800 páginas

30 mapas

48 F

GERALD BRENAN

El laberinto español.

Antecedentes políticos y sociales de la guerra civil

330 páginas

9 mapas en colores

24 F

MIJAIL KOLTSOV

Diario de la guerra de España

500 páginas

141 documentos fotográficos

33 F

STANLEY G. PAYNE

Falange. Historia del fascismo español

276 páginas

24 F

IGNACIO FERNANDEZ DE CASTRO

De las Cortes de Cádiz al Plan de Desarrollo

412 páginas

36 F

JUAN MARTINEZ ALIER

La estabilidad del latifundismo

440 páginas

7 mapas

17 documentos fotográficos

42 F

STANLEY G. PAYNE

Los militares y la política en la España moderna

498 páginas

39 F

DANIEL ARTIGUES

El Opus Dei. 1

184 páginas

21 F

ROBERT G. COLODNY

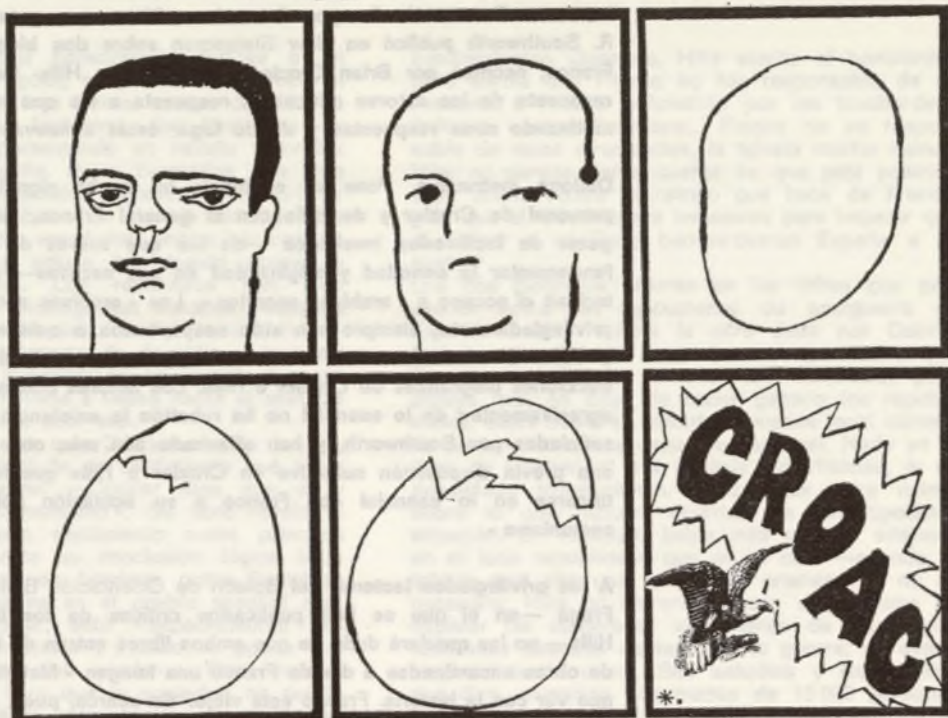
El asedio de Madrid

en prensa

5 rue Aubriot Paris 4

METAMORFOSIS

de MANOLO



*. LA VERDAD ES SIEMPRE ESTUPIDA. M.F.I.

Dibujo de Ges

¿Una polémica a la inglesa?

Hace unas semanas las páginas de la revista inglesa *New Statesman* fueron escenario de una polémica que interesará por más de un motivo a nuestros lectores. Fue motivada por la nota crítica que nuestro amigo Herbert R. Southworth publicó en *New Statesman* sobre dos biografías de Francisco Franco, escritas por Brian Crozier y por George Hills. Esta nota provocó la respuesta de los autores criticados, respuesta a las que contestó Southworth, motivando otras respuestas y dando lugar éstas a nuevas réplicas.

Diálogo instructivo. Pone en evidencia un hecho significativo: la amistad personal de Crozier y de Hills con el general Franco, que les ha permitido gozar de facilidades inusitadas —de las que ambos de alaban, quizá para fundamentar la seriedad y originalidad de sus escritos— en su investigación, incluso el acceso a «archivos secretos». Los «archivos secretos», consultados privilegiadamente, siempre han sido sospechosos a quienes no tienen acceso a ellos. Southworth señala errores, incoherencias, falsedades en las construcciones biográficas de Crozier e Hills. Los autores criticados han respondido agresivamente; en lo esencial no ha rebatido la existencia de las deficiencias señaladas por Southworth, y han afianzado aún más otro hecho indiscutible: una previa disposición subjetiva en Crozier e Hills que les conduce a identificarse en lo esencial con Franco y su actuación política: el «odio al comunismo».

A los privilegiados lectores del Boletín de Orientación Bibliográfica de Manuel Fraga —en el que se han publicado críticas de los libros de Crozier e Hills— no les quedará duda de que ambos libros entran de lleno en la categoría de obras encaminadas a dar de Franco una imagen «histórica» que nada tiene que ver con la historia. Franco está viejo. Se acerca, pues, el momento en que, como el Cid, sólo pueda ayudar a su régimen «después de muerto». Tentación grande para sus herederos y amigos de hacer de él ya un héroe epónimo. Quizá a los mismos les venga después la comezón de hacer de él un buco expiatorio sobre el que proyectar las responsabilidades del grupo.

Es interesante la polémica porque pone de manifiesto que también en medios ingleses surgen unas formas de discusión pública —nos referimos concretamente a las cartas de Crozier e Hills— que recuerdan las que, con frecuencia, aparecen en la prensa franquista, incluida la opusdeista, con la diferencia de que *New Statesman* está prácticamente abierto a la respuesta, a la defensa.

He aquí las razones que han motivado la publicación íntegra de aquella polémica en nuestra revista.

Herbert R. Southworth

Su hombre en Madrid

Sea simplemente una coincidencia curiosa o un gran portento de la época, es en sí mismo noticia el hecho de que en los tres últimos meses de 1967 se hayan publicado en Inglaterra dos biografías de Francisco Franco, presentando un retrato favorable del envejecido Caudillo. Estas biografías han sido escritas por dos periodistas ingleses, Brian Crozier y George Hills. Ambos han tenido considerable experiencia en asuntos españoles, ambos han conversado con Franco y ambos han tenido acceso a «archivos secretos». Los resultados han sido desalentadores. La investigación histórica realizada por ambos escritores ha sido incompleta, más incompleta aún la de Crozier que la de Hills, y la interpretación de esta investigación incompleta fue, en el caso de Crozier llevada a veces hasta el absurdo y, en el caso de Hills, peor aún.

El punto de vista con que Crozier aborda la biografía de Franco es el de un sentimiento que autor y personaje comparten —Crozier dice que él y Franco «odian al comunismo». Su libro revela la inadecuación de este sentimiento como principio político: llevado hasta su conclusión lógica hace ver virtudes heroicas en hombres como Francisco Franco y vicios serviles en el pueblo español que, según asegura Crozier, está «especialmente mal dotado para la democracia». Franco se opone «al desorden» en favor del «orden». Pero aunque Crozier comprende bien que la sociedad no puede tolerar los desórdenes provocados por protestas sociales, tales como los que tuvieron lugar en la primavera de 1936 en España (de los que Crozier da una falsa descripción, falsa en su conjunto y falsa en los detalles), al mismo tiempo puede comprender que otro tipo de desórdenes (no siempre reconocidos como tales) como, por ejemplo, ese medio millón de muertos —por lo menos— en la guerra civil, sean necesarios para contener las protestas sociales.

El interés de Hills por la persona de Franco es más indirecto que el de Crozier. Su interés primordial es defender y explicar el papel de la Iglesia católica en la guerra civil y después de ella. Defiende cada uno de los actos de Franco pero, detrás de esta línea de defensa, se cuida de separar cuidadosamente a la Iglesia de los actos de Franco. Mientras Crozier niega disparatadamente que los alemanes

bombardearan Guernica, Hills admite el bombardeo pero afirma que Franco no fue responsable de él. Presenta a Franco enfurecido por los bombardeos italianos contra Barcelona... Franco no es responsable de estas atrocidades, la Iglesia mucho menos. Hills no parece darse cuenta de que esta posición suya atenta contra el retrato que hace de Franco. ¿Es qué el Caudillo era impotente para impedir que el Führer y el Duce bombardearan España a su gusto?

Los dos biógrafos difieren en las cifras que presentan sobre las ejecuciones de postguerra en España. Crozier acepta la cifra dada por Gabriel Jackson de 200 000 republicanos ejecutados por Franco después de terminar los combates, pero arguye que, en caso de haber ganado los republicanos, éstos hubieran matado al menos igual número de nacionalistas. Los españoles son así. Nada en el libro de Crozier, ni sus análisis superficiales, ni su desaliñada investigación, le califican para opinar sobre lo que hubiera ocurrido en tan hipotética situación. En realidad, había más caridad cristiana en el lado republicano que en el otro —cuando la Iglesia está con uno la caridad cristiana ya no es necesaria. Hills, al enfrentarse con el problema de explicar las numerosas ejecuciones de prisioneros realizadas después de terminar la guerra, se evade negándolas de plano. Sus estudios y experiencia, nos dice, muestran que menos de 10 000 personas fueron ejecutadas. (Yo creo personalmente que la cifra de Jackson es inferior a la realidad. De una sola prisión de Madrid fueron sacados y fusilados más prisioneros de los que Hills acepta como cifra total. Más de 35 000 fueron ejecutados sólo en Barcelona desde 1939 a 1941.) Al defender a Franco en este punto, lo que intenta en realidad Hills es proteger a la Iglesia que nada hizo para impedir tal matanza. Pero Franco siempre había matado a sus prisioneros. En 1922, ensalzó públicamente a un corneta que, al descubrir a un moro escondido tras una roca, lo hizo prisionero, lo mató de un balazo y le cortó una oreja. Este tipo de guerra colonial era el único que conocía Franco. Ni Crozier ni Hills mencionan en sus libros este incidente revelador. Ni Crozier ni Hills comprenden lo bastante a la Falange Española para describir el papel desempeñado por Franco en el desarrollo del fascismo en

España. Crozier califica a la Falange de «partido revolucionario de izquierdas» y Hills la llama «quasi-fascismo». Ambos autores se equivocan claramente al relatar los acontecimientos de abril de 1937 en Salamanca (el «incidente Hedilla», que dio a Franco control político sobre España) hasta en detalles tan simples como las fechas. Crozier, se basó en la descripción superficial hecha por Stanley Payne en su *Falange*; Hills se basó en la autodefensa de Hedilla. Crozier opina que la izquierda debería agradecer a Franco el haber quebrantado al fascismo español. Franco no desmanteló a Falange. Este grupo político estaba bien avanzado en su camino hacia el olvido —nunca consiguió elegir ni un solo diputado a Cortes— cuando Franco y el vacío político de la derecha española, vacío revelado por la guerra civil, revigorizaron al Movimiento. Pero esta Falange resucitada fue incapaz de funcionar eficazmente como movimiento fascista debido a la ruina económica y a la desunión social y política provocada por la guerra civil. No fue Franco quien dio al fascismo español el golpe de gracia, sino que se lo dieron los desembarcos aliados en el norte de África y la derrota posterior de Hitler y Mussolini. Y es que el movimiento fascista español nunca concebía su acción futura sino en concierto con las «jóvenes y dinámicas naciones» es decir, con la Italia fascista y la Alemania nazi. Es cierto, sin duda, que Franco no creía en el fascismo. Franco no tiene creencias políticas más allá del obscurantismo católico español del siglo pasado. Pero utilizó al movimiento fascista español para sus propios fines. Fue el dirigente del movimiento fascista, y la gente que sufrió el horror de la represión probablemente hubiese recibido escaso alivio al saber que Franco realmente no creía en los principios del movimiento político que estaba utilizando.

Hills afirma que Franco probablemente nunca planeó con seriedad aliarse con las potencias del Eje. Pero entonces, ¿por qué escribió una carta a Hitler el 3 de junio de 1940? En esos momentos ni el mismo Mussolini había entrado todavía en la guerra. De hecho, Franco esperó hasta el 10 de junio, día en que Mussolini declaró la guerra, para enviar la carta. El emisario, general Vigón, habló con Hitler y Ribbentrop el 16 de junio. El 19 de junio el embajador español en Berlín presentó a los nazis las reivindicaciones españolas de parte del botín. Hills explica: «Se sabía de antemano que Hitler no concedería esas peticiones porque primero tenía que conservar la fidelidad de Francia mientras galanteaba con España...» La defensa de Hills es demasiado impaciente. Cuando las peticiones españolas fueron presentadas el 19 de junio todavía no se había firmado el armisticio con Francia. ¿Y cómo podía Franco, aun con toda la astucia que Hills le atribuye, conocer la evolución futura en Francia? Parte de esta astucia de Franco ha contagiado a

Hills quien, en este punto de su relato, comprensiblemente evita precisar las fechas. Crozier es aún menos preciso que Hills y ni siquiera menciona estos acontecimientos de junio de 1940. En la interpretación que Hills hace de estos acontecimientos hay un vacío. El 2 de junio, cuando Franco escribió su carta, el 10 de junio, cuando envió a su emisario, el 19 de junio, cuando presentó sus peticiones. Franco no sufría presiones alemanas para entrar en la guerra. En esos momentos era Franco quien «galanteaba con Hitler». ¿Por qué? Simplemente porque él y los falangistas que le rodeaban pensaron que había llegado la hora de una gran redistribución del poder en Europa y del botín colonial. Desde hacía cuatro años la prensa nacionalista española había estado rogando para que llegara este momento. Francia estaba derrotada e Inglaterra, sin duda, caería después. Franco no podía esperar ningún beneficio de la victoria de Hitler en caso de mantenerse al margen.

En su carta a Hitler del 3 de junio, Franco anotaba que Alemania y España ya habían luchado juntas durante la guerra civil contra los mismos enemigos, verbigracia, contra Inglaterra y Francia. La tesis, que Franco y Serrano Suñer repetían una y otra vez en sus negociaciones con Hitler, de que la guerra civil española fue en realidad parte esencial de la segunda guerra mundial, comprensiblemente escapa a la atención de Crozier como de Hills. En su memorándum del 19 de julio, en donde detallaba su propio precio, el Caudillo hacía una sugerencia: Se podría preparar a España para entrar en el conflicto con «suministros de alimentos, munición, gasolina y material de guerra, que de seguro estarán disponibles en los depósitos de guerra de Francia». Sin ninguna duda ni Crozier ni Hills se refieren a esta sugerencia aparentemente cobarde, por respeto a Franco, pero desde el punto de vista oportunista del Caudillo su petición no era cobarde ya que la guerra civil española y la segunda guerra mundial le parecían una misma cosa. El ya había combatido contra ingleses y franceses en la misma España.

El 15 de agosto, Franco hizo algo muy curioso en un hombre, que según Hill, había hecho a propósito peticiones exorbitantes a Hitler. Escribió a Mussolini: «...comprenderá usted la urgencia con que le escribo para pedirle que apoye estas aspiraciones para alcanzar nuestra seguridad y grandeza, a cambio de lo cual puede usted absolutamente contar con nuestro apoyo para su expansión y su futuro.»

Si la oferta de Franco a Hitler no era sincera, ¿por qué complicó aún más el problema haciendo intervenir en él a Mussolini? Hay además otro testimonio interesante al respecto; el del general Halder, jefe del Estado Mayor general alemán quien escribió en su diario a fines de agosto: «Gibraltar: Franco

quería al principio intervenir solamente cuando Inglaterra hubiese sido derrotada porque tiene miedo al poderío inglés. Ahora desea atraerse al Führer, ponerse a nuestro lado.»

En el memorándum del 18 de junio se encuentra también esta frase: «Si Inglaterra continuase la guerra después que Francia hubiese cesado de combatir, España estaría dispuesta a entrar en la guerra tras un corto periodo de preparación de la opinión pública.» ¿No es evidente que en junio de 1940, Franco creyó que Inglaterra sería derrotada, que la guerra iba a terminar?

Tanto Crozier como Hills presentan a Franco como un taimado negociante en sus relaciones con Hitler. Alegaba el hambre, la ruina de la economía, la carencia de vagones de ferrocarril, la escasez de petróleo, la hostilidad de la población, como otras tantas razones para posponer su decisión de entrar en la guerra. Pero éstas no eran hábiles excusas. Eran la realidad más cruda. Franco no estaba intentando engañar a Hitler, como pretende Crozier. Estaba simplemente exponiéndole la desagradable verdad, una verdad confirmada por los documentos alemanes e italianos. Ni siquiera es cierto, como supone Hills, que Franco engañara a Hitler con sus constantes afirmaciones de que planeaba entrar en la guerra, siempre algo más adelante. Franco quería compartir los frutos de la victoria en caso de una victoria del Eje. Pero nunca le fue posible entrar en la guerra sin demasiados riesgos en los momentos en que el Eje parecía ganarla. La incapacidad de Franco para entrar en guerra al lado de Hitler y Mussolini —debida a la ruina de la economía y a la desunión social y económica del país—, no dependía de la voluntad de Franco. Su incapacidad era la consecuencia de los tres años de resistencia republicana y si alguien quiere agradecer que Franco no entrara en la guerra no es a Franco a quien hay que dar las gracias, a pesar de la insistencia aduladora con que Crozier señala que «es imposible exagerar la contribución de su habilidad y paciencia a la victoria aliada.»

New Statesman, 29 de diciembre de 1967

Franco

Me estaba preguntando cuando lanzaría el *New Statesman* su andanada contra mi *Franco* y por fin llegó. Pero yo había esperado que ustedes emplearan a alguien *sérieux* para hacerlo, y no al propagandista archirrepublicano y torturador de Franco, autor nada menos que del libro *El mito de la cruzada de Franco*. Sin embargo, supongo que todo esto es una diversión limpia y sana que mi colega biógrafo George Hills pensará lo mismo. **Brian Crozier.**

Mucho agradecería a Herbert R. Southworth me presentara pruebas de su cifra de 35 000 ejecuciones realizadas solamente en Barcelona desde julio de 1939 a 1941. En realidad, no me ha leído bien. Yo sugerí en mi libro que se llevaron a la práctica 10 000 ejecuciones en España entre julio de 1939 «y 1940», y basé mi suposición en interrogatorios hechos a personas, en su mayoría de simpatías izquierdistas, en Barcelona, Madrid, Valencia, Sevilla, Bilbao y otras varias localidades menores. Yo concedo que posiblemente hubo muchas más a partir de 1941, pero insisto en que citar cualquier cifra es pura adivinanza. Los 200 000 ejecutados que cita el profesor Jackson es una cifra sospechosa no sólo por las razones que ya señalé en mis notas, sino por esta otra razón: la población total sujeta en esa época por razón de su edad a la atroz ley de responsabilidades políticas oscilaba entre 6 y 8 millones de personas. Es imposible precisar más. Si uno de cada 30 o cada 40 de esas personas hubiese sido ejecutada, España hubiera estado sometida a un reinado del terror de proporciones stalinianas, cuyo recuerdo hubiera sobrevivido durante la década de 1950 cuando yo investigué el asunto, y se mantendría también hoy día. No estoy defendiendo a Franco: la ley era contraria a los derechos humanos y Franco carga con la total responsabilidad, fueran 10 000 o 200 000 las ejecuciones. Pero si hay que expresar un juicio, mejor es basarlo en los hechos que en los mitos. Si el señor Southworth conoce a la España moderna tan bien como parece implicar, no se sorprenderá de que mi libro haya revelado algunos hechos tan desagradables para los admiradores de Franco como otros lo son para los correligionarios políticos de Southworth.

La historia del corneta es sospechosa no sólo porque la han contado de varios oficiales franceses y españoles en Marruecos, sino también porque los cornetas del ejército español (como en el inglés) de la época iban desarmados y ¿qué estaba haciendo un corneta lejos del comandante de la compañía a cuyo lado debe mantenerse según el reglamento? (Varias otras historias similares aparecen dadas como hechos en la «biografía» escrita por el joven Luis Ramírez y publicada por los editores parisinos de los libros sobre España de Southworth, pero al examinarlas con más detalle aparecen tan fantásticas como los elogios a Franco en cuanto oficial de la Legión que Arturo Barea presenta como una ficción en su libro pero luego han sido citados con frecuencia.)

Franco y Hitler: Un examen minucioso y detallado de cada una de las etapas en las relaciones entre estos dos hombres hubiera hecho que un libro que ya era largo se duplicara. Las gestiones de junio de 1940 tuvieron menos importancia que las realizadas durante el invierno de 1940-1941, que yo describo con detalle basándome en citas de los

discursos y cartas de Franco, que le desacreditan más a los ojos de los aliados que sus actos del mes de junio. La selección hecha por Southworth de los Documentos sobre la Política Exterior Alemana excluye aquellos que demuestran que Franco estaba bien informado sobre la situación militar de Francia y sobre los términos en que su viejo amigo Pétain estaba dispuesto a negociar antes del 19 de junio, día en que se pidió a España que actuara como intermediario entre la Francia derrotada y la victoriosa Alemania. En el momento del colapso de Francia, sin ninguna duda Franco quería recibir su parte en el botín, si es que botín había. Lo que yo afirmo es que Franco en esos momentos y más adelante continuó **diciendo** y escribiendo que estaba deseoso de entrar en la guerra junto a las potencias del Eje, pero al mismo tiempo presentaba siempre alguna excusa para no hacerlo así. La frase del general Halder de que «tenía miedo al poderío inglés», puede ser sin duda utilizada para dar aún mayor validez a lo que yo escribí —que un balance de las pruebas existentes sugiere que Franco nunca intentó realmente, salvo quizás en una ocasión, intervenir en la guerra al lado del Eje—, de la misma manera que el resto de la frase podía servir para debilitar mi conclusión.

Southworth pregunta: «¿Es qué el Caudillo era impotente para impedir que el Führer y el Duce bombardearan España a su gusto?» La respuesta parece ser que sí, de la misma manera que el general republicano español Vicente Rojo fue incapaz de impedir que sus excelentes planes militares se vieran frustrados por los generales rusos de la república. George Hills.

New Statesman, 5 de enero de 1968

Hills y Franco

El señor Crozier quizás no lo sepa, pero ser o no *sérieux* son palabras mayores en París. Quizás escribió su libro con un espíritu de «diversión limpia y sana», pero ni mi crítica de su libro ni nada de lo que yo he escrito sobre la trágica historia de la república española puede ser calificado de pasatiempo. No leí mal el texto del señor Hills referente a las ejecuciones de postguerra en España. En la página 360 escribe que sus «interrogatorios efectuados durante años... me han llevado [sic] a la conclusión de que no pudo haber más de 10 000 ejecuciones y que la cifra verdadera puede ser incluso considerablemente más reducida». Reniega de esta afirmación cuando dice en su carta que «yo concedo que posiblemente hubo muchas más a partir de 1941». ¿Por qué el señor Hills

no sabe cuántas personas fueron ejecutadas después de la guerra? En su libro escribe (p. 12): «No sólo se me permitió investigar en los archivos militares sino que todo lo que consulté a otros ministerios recibió respuesta directamente o bien a través del Ministerio de Información.» ¿Hizo esa pregunta? Si no la hizo fue desleal con sus lectores y si la hizo debe publicar la respuesta.

Un análisis de las cifras dadas en un libro publicado en España en 1942 por el padre Martín Torrent, capellán de la prisión celular de Barcelona desde 1939 a 1942, indica que 35 000 hombres y mujeres fueron sacados de la cárcel y fusilados. Esta cifra no me parece exorbitante. España no sufrió, como sugiere el señor Hills, «un reinado del terror de proporciones stalinianas», sino un reinado del terror con las proporciones de una cruzada cristiana. Este acontecimiento terrible ocurrió en la Europa occidental bajo auspicio de cristianos. Este es el hecho que debe ser encarado, el hecho que inquieta al señor Hills como inquieta a tantos sacerdotes jóvenes en la España de hoy. El señor Hills enfrentado a este y otros problemas morales, tiene el hábito inconveniente, que comparte el señor Crozier en frecuentes ocasiones, de ampararse tras una referencia a la Europa oriental.

El señor Hills hace lo mismo en su carta al hacer una curiosa comparación entre el bárbaro ataque de los alemanes contra Guernica y el también bárbaro ataque de los italianos contra Barcelona, con el asesoramiento ineficaz —y esto es una simple conjetura suya— pero no bárbaro de los militares rusos. ¿Es qué realmente piensa que estos dos casos se compensan? El sentido de la ecuanimidad del señor Hills muy a menudo está desequilibrado. ¿No escribió en su libro: «La prensa española durante la guerra no se refirió a la persecución de los judíos lanzada por Hitler; y tampoco a la persecución de la Iglesia católica»? Al fin y al cabo, seis millones más o seis millones menos, ambas persecuciones fueron iguales.

El señor Hills dice que la historia que conté del cornetín que mató a su prisionero moro (al parecer estaba desarmado), le cortó una oreja como trofeo y fue felicitado por Franco, es una historia «sospechosa». Esta es una grave acusación. Como el señor Hills sabe, la historia aparece en la página 177 del libro *Diario de un bandero*, libro publicado en 1922 y firmado por Francisco Franco. Después de relatar esta anécdota, Franco señaló en su libro: «No es ésta la primera hazaña del joven legionario». El libro aparece citado en la bibliografía del señor Hills; en su texto lo cita algunas veces. El *Diario* es un texto básico para cualquier biografía de Franco y el señor Hills lo ha debido leer muchas veces. Pero el señor Hills no sólo ocultó esta pequeña anécdota asquerosa —perjudicial a Franco— a sus lectores, lo que difícilmente parece honrado.

sino que cuando yo me refiero a ella, él en su carta dice que es «sospechoso». ¿No será más bien «sospechoso» el hecho de que tanto Crozier como Hills hayan suprimido esa anécdota en sus libros?

El punto crucial de las conversaciones entre Hitler y Franco fue en aquel momento pudieron haber conducido a España a entrar en la guerra. Serrano Suñer escribió en 1947 que la única ocasión en que España podía haber entrado en la guerra fue en los momentos de la derrota de Francia. Después de ello los documentos alemanes han confirmado esta opinión. El historiador alemán Detwiler califica las gestiones de Franco con Hitler en esa época de «la oferta española» (*das spanische Angebot*). Ese período que el señor Hills difumina deliberadamente fue el único momento en que Franco dio muestras de impaciencia por entrar en la guerra. Creyó que podía acabar rápidamente y que quizá lograra algunas ventajas sin dar nada a cambio. Más adelante, nadie —ni siquiera Franco— sabe de seguro lo que hubiera hecho Franco en caso de que Hitler hubiese aceptado sus peticiones. Lo que podemos hacer es valorar toda la información disponible, y no entresacar lo que conviene, como hacen los señores Hills y Crozier. El señor Hills se ampara basándose en la información que quizás el «viejo amigo» de Franco, Pétain, le hubiera dado antes de inclinarse ante los nazis el 19 de junio. Pero aunque Franco hubiera conocido hasta los menores pensamientos de Pétain el 19 de junio, no hubiese podido conocer los términos del armisticio francoalemán porque el mismo Pétain no los conoció hasta las 22,30 horas por lo menos de la noche del 21 de junio. Pétain no estaba en condiciones de «negociar» con Hitler, como imagina el señor Hills. Hitler presentó sus condiciones y los franceses firmaron. Tres días antes de esta firma, Franco informó de nuevo a los nazis que entraría en la guerra si recibía, entre otros recompensas, territorios que pertenecían, al menos nominalmente en esa época, al gobierno de su «viejo amigo» Pétain. *Sérieusement* a su disposición. Herbert R. Southworth.

New Statesman, 19 de enero de 1968

Franco

El señor Southworth quizás piense que esta carta demuestra que finalmente me hizo tomarle en serio. Que lo piense. Por otro lado, algunos de sus lectores (del *Statesman*) pueden tomarle a él en serio y al menos a ellos les debo algunos comentarios. Primero, ¿por qué dije que no era *sérieux* (palabras mayores, según dice)? Lo dije, no tanto porque fue un pro-

pagandista de los republicanos hace una generación, sino porque sigue siéndolo. Es como contemplar descuidadamente a un dinosaurio bien muerto en el Museo de Historia Natural y ver de repente que empieza a bailar; o como ver a *King Kong* por cuarta o quinta vez. Es interesante, incluso grotesco, un poco escalofriante pero difícilmente *sérieux*. Al fin y al cabo uno sabe que es sólo una argucia (mi referencia a una «diversión limpia y sana», concierne a su crítica, no a mi libro). Más *sérieusement*, aun sin poner en duda los conocimientos del señor Southworth ni su competencia, simplemente dudo de su buena fe. ¿Es qué es posible que, con su famosa colección de más de 7 000 libros sobre España y su bien conocida capacidad de recordarlo todo, no haya aprendido absolutamente nada nuevo en los últimos 30 años? Si ello es así, la analogía con el dinosaurio es válida. Pero si no lo es su buena fe debe ser puesta en duda.

¿Quién pudiera creer, después de leer la crítica del señor Southworth y su carta del número del 19 de enero, que yo obtuve promesas de cooperación de las autoridades españolas aunque dejé bien claro que ésta no sería una biografía aduladora más y qué no iba a tolerar censura previa ni a dejar leer el texto antes de su publicación? Si hubiese hecho el elogioso retrato de Franco que el señor Southworth dice haber encontrado en mi libro, habría pensado que los editores españoles estaban batallando unos contra otros, con aprobación oficial, para traducirlo al español. No estoy informado de que haya ocurrido así aunque confío que, con el tiempo, el público español tendrá la oportunidad de leer mi libro. Mi libro, en la práctica, está tan lejos de ser una biografía «oficial» o «aprobada», que incluso la edición inglesa ha sido declarada exclusivamente *tolerada*, lo que significa que las librerías no deben tener más de tres de mis libros en almacén. Afortunadamente para mí, la mayoría de mis otros críticos, entre los que se encuentran historiadores de mucha mayor reputación que el señor Southworth, han sido honrados y su abrumador veredicto ha sido que yo he descrito «hasta las verrugas» de Franco.

Tratemos, sin embargo, de ser más concretos aunque sea bastante difícil, ya que la crítica del señor Southworth consistía, por mitades casi, en medias verdades y en denuesos. Dice que yo negué «disparatadamente» que los alemanes bombardearan Guernica. En realidad, yo declaré que probablemente no la habían bombardeado. Desde que publiqué mi libro han llegado a mis manos nuevas pruebas importantes en apoyo de esta conclusión hipotética y espero publicarlas pronto. «Disparatadamente» puede parecer así una palabra no sólo rara sino ofensiva. El señor Southworth me acusa (en su última carta) de «suprimir» la historia del corneta que cortó la oreja del prisionero. Una vez más se trata aquí de

una extraña palabra: No incluí la historia porque no me pareció tan importante como muchas de las historias que incluí. El valor de las anécdotas tiene un límite, mucho más importante es el número de ejecuciones después de la guerra civil. Realmente es bastante grotesco que el señor Southworth saque a colación la anécdota del corneta al mismo tiempo que concede que yo acepté (como más o menos sigo haciendo) la cifra de 200 000 ejecuciones citada por Gabriel Jackson. Por si viene al caso, diré que mientras estuve en Madrid repetidas veces intenté obtener una cifra oficial, pero como no me la dieron tuve que recurrir a mis propias investigaciones. Después de aparecer mi libro, sin embargo, me han dado la cifra oficial de 40 000 ejecuciones en la postguerra, cifra que tendré en cuenta en caso de reedición. Sé que no es bastante para agradar al señor Southworth, pero es al menos cuatro veces mayor que la cifra que atribuye a George Hills.

El pasaje del señor Southworth referente a la Falange y al fascismo está tan abarrotado de inexactitudes y contradicciones que hay que seleccionárselas cuidadosamente. Anotaré simplemente que, enterradas en la masa de verbalismo sofisticado del señor Southworth, se pueden encontrar estas dos frases: «Es cierto, sin duda, que Franco no creía en el fascismo» y «pero utilizó al movimiento fascista español para sus propios fines». Exacto: eso es justamente lo que dije en mi libro. El señor Southworth hace una montaña del grano de arena de la visita del general Vigón a Berlín en junio de 1940, demostrando así que ha consultado los documentos alemanes, al menos los publicados. Sin embargo, si hubiera tenido la precaución de leer los que no han sido todavía publicados, como yo hice y como todo hombre de letras perseverante debiera hacer, quizás no hubiera ignorado las pruebas mucho más importantes que proporcionan sobre las relaciones entre Franco y Hitler. Al decir esto, sin embargo, probablemente estoy siendo demasiado caritativo con Southworth. En cualquier caso nadie adivinaría, al leer su crítica, que yo si tuve esa precaución.

«Desaliñada [investigación]» es otra de las palabras que utiliza el señor Southworth como sustituto para la crítica. Una vez más está en minoría: «[Crozier] ha estudiado cuidadosamente los datos», escribió un crítico; «realmente docto y sensato», dijo otro; «diligente investigación», comenta un tercero, etc. Y por último, el señor Southworth califica mi referencia a la contribución de Franco a la victoria aliada como «aduladora». Bueno, por lo menos en este punto tengo un compañero distinguido porque más o menos fue eso lo que Churchill declaró a la Cámara de los Comunes el 25 de mayo de 1944. **Brian Crozier.**

New Statesman, 26 de enero de 1968

Franco

El señor Brian Crozier (en el número del 26 de enero) promete presentar «importantes pruebas inéditas» para demostrar que los alemanes no bombardearon Guernica. Me siento escéptico, no sólo porque hay tantas pruebas de lo contrario, sino también porque desconfío del sentido crítico del señor Crozier. El tacaño relato de la destrucción de Guernica hecho en su libro está, en todos los detalles, inspirado en lo que Luis Bolín, un consejero de prensa y oficial del ejército del general Franco, dijo en su libro. Lo dicho no representa ni el uno por ciento de la evidencia disponible. Esencialmente, se trata de la doctrina adoptada por la oficina de prensa de Salamanca en los primeros días después del bombardeo, doctrina que fue gradualmente abandonada conforme se fue haciendo indefendible. Por el momento sólo tiene dos profetas: Bolín y Crozier. El señor Crozier no alcanza a comprender el significado de la «anécdota» del corneta. Al relatar esa historia, Franco reveló ser un oficial que no sólo alentaba a sus soldados a matar a sus prisioneros y mutilar sus cadáveres, sino que tampoco veía nada censurable en recrear al público de su patria con esa historia de heroísmo. Y fue este embrutecido y brutalizador ejército de África, mandado por oficiales como Franco, el que importó a España sus métodos de guerra colonial tratando a los campesinos españoles como había tratado a los moros. El incidente ayuda a explicar la educación del hombre que, siendo jefe del Estado español, permitió la ejecución de más de 200 000 prisioneros al término de las hostilidades. Apparently el señor Crozier no incluyó esta «anécdota» en su libro porque empleó la edición de 1956 del libro de Franco, **Diario de una bandera**, y no la edición original. Esta «anécdota» que al señor Crozier no le parece «importante», les pareció lo bastante importante a los censores españoles como para suprimirla en todas las ediciones impresas desde 1936. La edición de 1922 del libro de Franco es sumamente difícil de encontrar y, a diferencia del libro del señor Crozier, no está tolerada en las librerías españolas.

El señor Crozier puede juzgar la visita del general Vigón a Berlín en junio de 1940 como le parezca. Pero lo que es inexcusable es que ni siquiera la mencione. En realidad, su libro da una descripción totalmente falsa de las negociaciones entre los españoles de Franco y los alemanes durante el verano de 1940. Dice que Berlín fue informado de las condiciones de Franco para entrar en la guerra en un mensaje fechado el 8 de agosto. Es un hecho

comprobado documentalmente que esas condiciones habían sido comunicadas ya a los alemanes el 19 de junio. El señor Crozier dice que Franco no estaba enterado, en los últimos días de agosto, de que Hitler estaba elaborando planes para atacar Gibraltar. Eso es totalmente falso. El 24 de julio, Hitler convocó al general von Richtoffen, veterano de la guerra de España, y le informó de los planes que estaban elaborándose para atacar Gibraltar, encargándole de comunicárselos a su amigo Vigón, quien a

su vez debía informar a Franco. Von Richtofen y Vigón se entrevistaron en Biarritz el 28 de julio y Vigón le dijo al alemán que fundamentalmente España tenía un gran interés en el plan. Prosiguieron luego las comunicaciones entre los dos partes sobre el asunto de Gibraltar. La manera en que el señor Crozier se refiere a este periodo es prueba de su desaliñada investigación. **Herbert R. Southworth.**

New Statesman, 9 de febrero de 1968

Algunos libros distribuidos por Editions Ruedo ibérico

Guerra civil española

Gabriel Jackson	La república española y la guerra civil (1931-1939)	(Grijalbo)	36,— F
Claude G. Bowers	Misión en España	(Grijalbo)	24,— F
Pietro Nenni	La guerra de España	(Era)	15,— F
Luigi Longo	Las brigadas internacionales en España	(Era)	24,— F
Gral. Vicente Rojo	Así fue la defensa de Madrid	(Era)	21,— F
José Peirats	Los anarquistas en la crisis política española	(Alfa)	21,— F
Ramón Garriga	Las relaciones secretas entre Franco y Hitler	(Jorge Alvarez)	27,— F
Pierre Broué	Trotsky y la guerra civil española	(Jorge Alvarez)	6,— F
Aurora de Albornoz	Poesías de guerra de Antonio Machado	(Asomante)	12,— F
George Orwell	Cataluña 1937	(DEA)	12,— F

Correo del lector

Ausencia de esquema teórico

...El trabajo de Antoliano Peña del n° 13/14 de Cuadernos de Ruedo ibérico me parece francamente lamentable, tanto por el método de trabajo utilizado, como por su aplicación, y por las conclusiones que pretende sacar. Sin pretender realizar ahora una crítica formal del citado artículo, diré solamente a título anecdótico (en lo referente al método usado

y su aplicación) que entre los « indicadores de sub-desarrollo » del campo español aparece un índice del consumo de carburantes que recoge solamente el consumo de gasolina y el del petróleo (p. 40), ignorándose al parecer que lo que consumen los tractores y en general las máquinas agrícolas es gas-oil.

Años	Gasolina		Petróleo		Gas-oil	
	Millones de l	Índice	Millones de l	Índice	Millones de l	Índice
	1960=100		1960=100		1960=100	
1960	3,0	100	45,0	100	258,6	100
1967	3,5	116	20	44	1 260,2	487,3

(Fuente : Secretaría Técnica del Ministerio de Agricultura.)

Así, tomando sólo los datos de gasolina y petróleo, se permite el articulista hacer elucubraciones sobre el estancamiento, e incluso la disminución del consumo de carburantes en el campo, cuando el consumo de gas-oil (además de ser el verdaderamente importante como combustible) se ha multiplicado casi por 5 en este periodo de 7 años.

Esto pone de manifiesto, por parte del articulista, la ausencia de esquema teórico de conjunto, pues tal estancamiento o disminución del consumo de carburantes es incompatible con el importante aumento de la maquinaria agrícola que el mismo reconoce que se ha dado. Aunque bien es verdad que pretender quitarle importancia comparando el número de tractores por ha de España con el de Francia, ignorando el importante hecho (ya apuntado en el artículo de J. Naranco del n° 13/14) de que mientras en

Francia la potencia media de los tractores es sólo de 27,1 CV*, en España es de 42,2 CV**. El hecho de que en Francia se haya dado una « mise à la disposition de la masse des petits agriculteurs, de machines miniaturisées à l'échelle de leurs besoins »***, lleva a rechazar de plano este país como modelo de mecanización racional del campo... LPD (Madrid).

* Datos de la revista Statistique agricole, « Série Etudes », número 7, septiembre de 1965.

** Datos de la Secretaría Técnica del Ministerio de Agricultura referidos a 1967.

*** Del artículo titulado « Le problème foncier, propriété du sol et entreprise agricole » de M. Gervais y C. Servolin, publicado en la revista Economie rurale, número 66, p. 28.



Daniel Artigues

el opus dei en españa

La primera visión de conjunto de una asombrosa aventura : cómo el modesto grupo religioso de 1928 se ha convertido en una poderosa organización que ha marcado profundamente la evolución ideológica y política de España después de 1939.

Sumario

I. José María Escrivá de Balaguer y Albas. Los comienzos del Opus Dei. Su acción universitaria antes de la guerra civil. El Padre Escrivá durante la guerra : 1. José María Escrivá de Balaguer ; 2. La Universidad española en 1926-1930 ; 3. La Junta para Ampliación de Estudios y la Institución Libre de Enseñanza ; 4. Angel Herrera y la Asociación Católica Nacional de Propagandistas ; 5. La « vida oculta » del Opus Dei (1928-1936) ; 6. El Padre Escrivá y su grupo durante la guerra civil (1936-1939). **II. El Opus Dei de 1939 a 1947. Desarrollo de la Obra. Implantación en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y en la enseñanza superior :** 1. La evolución del Opus Dei de 1939 a 1947 ; 2. El Opus Dei y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas ; 3. El Opus Dei y la conquista de las cátedras universitarias (1939-1947). **III. El Opus Dei, Instituto Secular. Su organización. Su espíritu. Sus métodos :** 1. Los Institutos Seculares : su naturaleza exacta ; 2. El Opus Dei, Instituto Secular ; a) Organización general ; b) Las diversas categorías de los miembros del Opus Dei ; c) Camino y la espiritualidad del Opus Dei ; d) La vida espiritual de los miembros del Opus Dei ; e) El voto de pobreza y el Opus Dei. Las finanzas de la Obra ; f) El voto de obediencia en el Opus Dei. Sus repercusiones sobre la vida profesional de los miembros de la Obra ; g) Secreto y discreción en el Opus Dei ; h) El Opus Dei, el poder y la conquista de las élites ; i) La rama femenina del Opus Dei ; j) Opus Dei, clero y Acción Católica ; k) La permanente « crisis del Estatuto » del Opus Dei ; el Opus Dei y Vaticano II. **IV. El Opus Dei de 1947 a 1957. La fase ideológica. La « Tercera Fuerza » :** 1. A la búsqueda de una ideología. La « minoría activa » de 1948 (1947-1951) ; 2. El Ministerio de julio de 1951. La « Tercera Fuerza » (1951-1955) ; 3. La crisis de 1956 y el gobierno del 25 de febrero de 1957. Libros y artículos consultados. Índice de nombres.

134 páginas

21 F



Ediciones Ruedo ibérico

Ayuntamiento de Madrid

En el sumario de este fascículo :

**Juan Carlos Curutchet : Luis Martín Santos, el fundador. 1.
●●● Ruy Mauro Marini : Dialéctica del desarrollo capitalista
en el Brasil ● René Depestre : Jean Price-Mars, el mito
del Orfeo negro o las aventuras de la negritud o Manuel
Maldonado-Denis : Puerto-Rico : modelo de colonialismo y
el colonialismo como modelo ●●● Vicente Aleixandre :
Estación última ●● Samuel Feijóo : El soldado Eloy ●●●
Herbert R. Southworth : Su hombre en Madrid ●●● Dibujos
de Posada**

En los próximos números :

**Juan Tomás de Salas : Vietnam : ¿ paz como sea o guerra
para imponer la paz? II. Análisis de clase de la crisis en
la economía norteamericana en 1966 y 1967
Chandler Thompson : La «subcultura» norteamericana
Santos Juliá Díaz : Pablo VI y la guerra del Vietnam
Quaderni Rossi : La revolución cultural socialista en China
Lucio Magri : Hacia un nuevo realismo
Raniero Panzieri : Lucha obrera en el desarrollo capitalista
Julio Cerón : Política y neocapitalismo
Juan Naranco : Los aumentos de salarios y la crisis
de la pequeña propiedad
Gerardo Núñez : España : también colonia de los trusts
europeos
Ramón Buñes : Comisiones obreras : los problemas de fondo
Andrés Vidal : Peligros y posibilidades de las Comisiones
Clara Barrondo, José Campillo, Francisco Ramón Carmona,
Ignacio Fernández de Castro e Iñigo : La emigración y Europa
Juan Carlos Curutchet : Luis Martín Santos, el fundador, II.
Florentino Martino : En torno al estilo de García Bacca**

Prix : 7 F